

The Project Gutenberg EBook of Adriana Zumarán, by  
Carlos Alberto Leumann

This eBook is for the use of anyone anywhere at no  
cost and with  
almost no restrictions whatsoever. You may copy it  
, give it away or  
re-use it under the terms of the Project Gutenberg  
License included  
with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

Title: Adriana Zumarán

Author: Carlos Alberto Leumann

Release Date: April 12, 2008 [EBook #25054]

Language: Spanish

Character set encoding: ISO-8859-1

\*\*\* START OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK ADRIANA Z  
UMARÁN \*\*\*

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed  
Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

CARLOS ALBERTO LEUMANN

Adriana Zumarán

(NOVELA)

9ª EDICIÓN

BUENOS AIRES

TALLERES GRÁFICOS "CÚNEO" CARLOS PELLEGRINI 677

1921

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.

I

La muerte de su padre permanecía envuelta para Adriana en una penumbra de lejano misterio. Había llegado a la sospecha, luego a la certidumbre, de un suicidio. El episodio se remontaba a los primeros años de su infancia. Ella recordaba confusamente el cuadro de la habitación mortuoria, el túmulo negro, el Cristo de plata; alguien la había levantado en alto, y ella vio entonces, en el ataúd, una forma larga, cubierta desde la cabeza hasta los pies con un paño blanco; sólo aparecían las manos, traídas por encima del paño, horriblemente pálidas y tiesas. Pero no le parecieron las manos de su padre. "¿Por qué le habían tapado también la cara?" pensó más tarde. Pero por nada en el mundo lo hubiera preguntado a su madre ni a persona alguna. Se lo

impidió una especie de recelo sobrecogido y la misma gravedad dolorosa del suceso. Ciertas alusiones, oídas en conversaciones íntimas, le hicieron después relacionar la tragedia con el aislamiento en que vivía--acaso desde entonces--la familia de Aliaga, y fijar su reflexión sobre la singular circunstancia de que, con la muerte de su padre, terminó toda amistad entre aquella familia y la suya, a pesar de unir las algún parentesco.

Y guardaba también esta vaga memoria: un día, durante el luto, habiendo pedido que la llevaran a casa de las Aliaga, donde con frecuencia pasaba el día jugando, su madre la reprendió con una severidad que la dejó consternada.

Después entró como interna en un colegio religioso, pasaron los años y rara vez tuvo de ellas alguna noticia. "¡Qué divina se ha puesto Laura Aliaga!"--oyó decir a una señora, en voz baja, al terminar una fiesta de caridad organizada por las damas Vicentinas. Y le dio pesadumbre pensar que acaso las había visto, sin reconocerlas. Por otra parte, le infundía cierto inexplicable temor la idea de relacionarse con ellas nuevamente.

Pero el año anterior a la época en que comienza esta historia, las había visitado aventurándose a todo y con el pretexto de la antigua amistad, cuya ruptura aparentó sencillamente ignorar.

Fue una emoción que le dejó recuerdos imborrables.

Durante las dos horas  
que la visita duró, la agasajaron con finura, demos-  
trándole cierta  
alegría solícita, que contrastaba con la idea trágica  
de su imaginación.  
Se las había figurado siempre con una actitud melan-  
cólica y en sus caras  
tristes una palidez mortal.

Era la de Aliaga una de esas familias porteñas que  
se han retraído  
rehuyendo las antiguas amistades y viviendo en una  
especie de reserva y  
de rara indiferencia para todas las cosas que agitan  
al brillante mundo  
social. La casa, interiormente suntuosa, parecía de  
masiado grande para  
las pocas personas que la habitaban. Con las tres her-  
manas vivía un  
hermano solterón, Eduardo, y una tía abuela, muy an-  
ciana ya; atacada de  
parálisis, nunca salía de su habitación.

Y la casa parecía aun más grande y más silenciosa,  
cuando Eduardo se iba  
con alguna de ellas a una estancia lejana, donde so-  
lían pasar largas  
temporadas.

Adriana se sorprendió de que a ratos la hablaran co-  
n un tono de voz  
cansada, como midiendo las sílabas y con cierta res-  
erva en la dejadez  
amable de las palabras. Le llamaron la atención sus  
manos largas y  
finas, ligeramente deformes y de una blancura extra-  
ordinaria. También  
recordaba ahora, como si los tuviera presentes ante  
sus ojos, algunos  
objetos del salón; así una mesita de caoba tallada,  
incrustada en los  
bordes con dibujos de nácar, luego dos grandes cand

elabros de cobre que  
figuraban dragones fantásticos, y una jarra de alabastro, sobre la  
cornisa de la chimenea, con pomposas flores de terciopelo lila.

Una aprensión invencible la había imposibilitado para llevar la  
conversación al recuerdo de su padre. Como la irritara su propia falta  
de audacia y excitada por la violenta curiosidad, se decidió al fin:

--Ustedes trataron mucho a papá...

Y miró a Zoraida, la mayor, con expresión de tímida simpatía. No  
parecieron en manera alguna sorprenderse. Zoraida, suspirando, cerró por  
algunos segundos sus hermosos ojos de anchas pupilas bajo la masa de  
cabellos rubios retorcidos sobre la cabeza espléndida. Le respondieron  
sin embargo de un modo evasivo.

--Tú debes acordarte de cuando él te traía aquí... el señor Zumarán era  
muy bueno... Tal vez demasiado bueno.

En seguida, después de mirarse unas a otras, se fijaron en ella con  
cierto embarazo y cambiaron la conversación.

Sin duda aquélla, la mayor de las hermanas, había sido para su padre un  
ser de adoración, el motivo amoroso de su muerte; y acaso en una viudez  
virginal, se había ella consagrado a la fidelidad y a un cariño que a  
través de la muerte perduraba por la comunicación doliente de sus almas.  
Por eso sin duda era más pálida su cara, sus ojeras

más hondas y el oro  
mate de su pelo tenía una tonalidad más antigua. Y  
aquellas sus anchas  
pupilas, con cierto brillo febril en su dulzura pro  
funda, ¿no revelaban  
también la imaginación apaciguada por una larga con  
templación visionaria  
y ajena, desde hacía muchos años, a toda suerte de  
seducciones  
mundanales?

Adriana propuso en su ánimo volver a aquella casa y  
lograr, siquiera  
con súplicas, la relación sentimental de la tragedi  
a. Se la dirían  
llorando, y ella, la hija del hombre adorado, abraz  
aría a aquella  
hermana mayor y también lloraría a su padre descons  
oladamente.

Otro episodio se asociaba también al recuerdo de su  
visita a la familia  
de Aliaga. Cuando iba a marcharse, una de ellas, ac  
aso para todavía  
retenerla, se empeñó en que debía conocer a Julio L  
agos.

--Le dejamos arriba, conversando con la abuelita, c  
uando tú viniste.

En seguida encendieron las luces de la sala y le hi  
cieron bajar. Julio  
Lagos le pareció un muchacho nada vulgar. Celebró c  
onocerla y alabó con  
insistencia, casi con inoportunidad, el espíritu si  
ngular que revelaba  
el modo de mirar que Adriana tenía.

Pero después, aun cuando ambos se prometieron amist  
ad, según el tono de  
galantería que la plática tuvo, no habían vuelto a  
encontrarse.

Aquel Julio Lagos surgía para ella cubierto por la misma atmósfera de pasión que imaginaba sobre todas las cosas relativas a la familia de Aliaga. Además, en los ojos de Julio había visto, estaba segura, brillar el amor. En realidad, no se explicaba a sí misma por qué había dejado pasar un año sin volver a la casa, cuando tantos motivos de interés la atraían.

Es verdad que Julio era, acaso, un hombre parecido a todos, sin capacidad para enamorarla ni comprenderla íntimamente. Acaso valía más no haberle vuelto a ver, para conservar, indefinidamente, esta ilusión de un hombre cuya alma podría acercarse a la suya y avasallarla con su inteligencia delicada, con su adoración ardiente y fina. Le amaría, así, de una manera más ideal, conservando en la memoria la caricia lejana de su galantería y el aire de sorpresa encantada con que había reconocido en ella un espíritu singular. Por primera vez el elogio galante de un hombre había sido exclusivamente para su alma que nadie conocía. Sí, era mejor guardar, de Julio, esta idea pura, despojada de su realidad, apartada de la vida en que toda cosa ideal se anula.

La realidad era su novio, Ricardo Muñoz. Se habían comprometido durante la última temporada en las sierras de Córdoba y ella estaba segura de no quererle. Pero le sucedía algo inexplicable: a veces pensaba en él con

un sentimiento que parecía amor y multitud de apasionadas ideas venían a encantarla. En esos momentos, dominada por un singular arranque de ternura, le escribía cartas de enamorada sumisa. Maravillada de sí misma, pensaba que el amor la había iluminado de pronto. Pero después, cuando Muñoz llegaba a su presencia, ávido y temeroso de la felicidad leída, todo el encanto se mudaba en decepción. Entonces se complacía en hacerle sufrir y de sus lindos labios sólo salían palabras de burla.

--¿Por qué--le preguntaba Muñoz desesperado--por qué no es usted la Adriana de sus cartas?

Ella, sin responder, sonreía vagamente.

Un día le comunicó que sus relaciones quedaban rotas. Fue una escena penosa. De pie, frente a Muñoz, muy seria, le tendió a un manojo de cartas. Se negaba él a recibirlas, pero como Adriana permanecía implacable, lágrimas de amargura le vinieron a los ojos.

Lejos de conmovirse, la fastidió más el llanto de Muñoz. Puso rápidamente las cartas al borde de una mesita, caminó hacia la puerta de la sala y aguardó que alguien llegase. Muñoz, ahogando los sollozos, se cubría la cara con las manos.

--¡Ah, qué tontería desagradable!--murmuró Adriana; y para que la escena no se prolongase, llamó gritando a su hermana menor :--¡Raquel! ¡Raquel!



¡Muñoz te quiere hablar!

Sin embargo, dos días después, por más que había tomado la seria resolución de no verle más, le escribió otra carta pidiéndole perdón.

Uno de los motivos que sin duda influían para decepcionarla de Muñoz, era el apoyo que su madre prestaba a éste. Su madre y una amiga de Adriana, Charito González, querían a toda costa que se formalizara el compromiso y se casaran en seguida. Esta solución le parecía a ella la muerte de todos sus ensueños... Era preferible quedarse en aquella indecisión, ante aquella perspectiva muy vaga, muy brumosa, donde podría resplandecer de pronto la luz de su vida. El matrimonio con Muñoz la aterraba. Para evitarlo pediría ayuda a las Aliaga y a Julio...

La tragedia de su padre se juntaba en su pensamiento a otras historias oídas en la reserva de alguna confidencia. Su abuelo, un hombre piadoso y sensual, se había dejado matar, sorprendido en la alcoba de su amante, por faltarle la voluntad de herir con la espada que el marido caballeresco le arrojara a las manos. Adriana se lo representaba plegando las rodillas, abatido por el golpe mortal, con los ojos cegados por la sangre de la herida y murmurando una oración, puestos los labios sobre la cruz de la espada.

¡Cuánta melancolía insinuaba en su meditación aquella historia,

ensimismada en el secreto como las cosas de la confesión! Y también así la de su bisabuelo, que suscitara una leyenda de escándalo en su tiempo y sucumbiera a la tristeza que le había dejado la muerte de una querida. Su mujer, que le adoraba con locura y con una suprema bondad le había perdonado sus desvíos, sobrellevó el doble martirio de verle morir y de escuchar el nombre de la perdida articulado por él inconsolablemente en las alucinaciones que precedieron su agonía. Después, alterada por la intensidad de su desdicha, perdido el afecto a los hijos y a todas las cosas del mundo, cambió poco a poco en misticismo su amor por el muerto y tuvo visiones extrañas de Jesús y de la Virgen. La familia había logrado que nadie conociera tan singulares circunstancias, atribuyéndolas a locura, y sin sospechar en aquellas visiones su identidad con los éxtasis celestes de las bienaventuradas.

Adriana tocaba como reliquias algunos objetos que le pertenecieran; así un crucifijo, pendiente de un pesado rosario de oro viejo. Durante largas horas, ociosa, lo acariciaba entre sus dedos, soñando, con los ojos abismados. Y una sugestión impalpable, profunda, le traía el vestigio inmaterial de voluptuosos apasionamientos y la palpitación remota de aquella pobre alma, visitada por seres angélicos, que vinieran para ofrecerle una inefable consolación.

Pero estas todas eran cosas hondamente sumidas en s

u mundo interior y de  
ellas jamás tenía ocasión de hablar con nadie.

## II

Ahora estaba, desde hacía un mes, en la estancia de su tío Ernesto Molina. Procuraba distraerse con la lectura; pero los libros, en aquella campaña despoblada, monótona, sobreexcitaban las ansiedades vagas de su corazón. Y como era imposible vencer el empeño que su madre tenía de quedarse allí, ya entrado el otoño, la compañía de sus parientes se le hizo más odiosa y pasaba las horas callada, retraída y con una gran tristeza.

Un parque de eucaliptos rodeaba el espacioso y antiguo caserón de la estancia, hecho al estilo colonial: gran patio con aljibe en el medio y un techo de tejas recaído sobre la galería exterior .

Era el señor Molina un hombre de hábitos señoriles y sencillos. Apegado al recuerdo del Buenos Aires viejo, aceptaba, sin amarras, todas las innovaciones modernas y el espíritu de las actuales costumbres. A su mujer, católica, sin misticismo, le preocupaban en cambio los avances escandalosos de la irreligión. Sus dos hijas se parecían a ella por la expresión casi enojada de los ojos, adquirida en las prácticas asiduas

del culto murmurando oraciones compungidas y contemplando el cáliz que se eleva sobre la casulla recamada en oro del sacerdote que oficia.

Era Adriana, en este ambiente, un contraste original. Ella leía novelas modernas que figuraban en el Índice, bromeaba sobre cosas sagradas y siempre discutía para escandalizar; sus actitudes tenían como una lasitud de encanto prohibido. Parecía desdeñar compasivamente a sus dos primas, que se querellaban como chiquillas, entre rezo y rezo, y que refiriéndose a ella en casa de extraños, solían repetir censurándola, con ingenuidad sentenciosa: "Es una rara, una rara".

El señor Molina era la única de aquellas personas cuya conversación no le causaba fastidio, por más que siempre tocara los mismos asuntos, con su invariable tono tranquilo, pausado, de viejo patricio, el pulgar de una mano metido en la abertura del chaleco y la otra apoyada de través en la rodilla.

Nunca dejaba de hacerla reír cuando repetía anécdotas de personajes históricos. Se trataba, con frecuencia, de alguna conversación sin importancia que él había escuchado treinta años atrás y cuya recordación resultaba trivial. Otras veces, en cambio, eran anécdotas llenas de sabor humano. Pero el señor Molina atribuía a todas sus historias el mismo grado de interés. Por lo común se interrumpía en mitad de su

relato, después de advertir: "Pero ahora ustedes van a ver". Y quedaba como ensimismado, durante algunos segundos.

--Mi abuela,--decía--fue muy amiga de doña Remedios Escalada, la mujer del general San Martín, una señora distinguidísima, muy buena moza. Sí, mi abuela siempre se acordaba de Remedios, de su genio alegre, su cara redondita, y unos ojazos que al decir de ella no los había más lindos. Pero ahora ustedes van a ver... Nunca se llevó muy bien con el general, que tenía un carácter demasiado militar, y quería vivir en su casa a la espartana. Mi abuela le criticaba mucho. Ustedes no lo han de creer, pero para ella el general San Martín fue toda la vida un bruto.

Y añadía como encantado:

--Figúrense ustedes, el Libertador de América, uno de los primeros generales del mundo. Pero mi abuela, es claro, la pobre no lo apreciaba sino por su vida en familia.

Tanto el señor Molina como su mujer, como las hijas, le producían la sensación de personas que vivían en un mundo de realidades pueriles y que hasta cierto punto carecían de verdadera alma. No concebía que en circunstancia alguna pudiera comunicarse con ellos sobre cosas relativas al corazón. Sin embargo, el señor Molina la trataba con una benevolencia incondicional, la defendía siempre y le acariciaba la cara con cariño de padre.

--Tú no la entiendes a tu hija, decía a su hermana conciliadoramente, cuando ésta demostraba su inquietud ante las ideas, las actitudes y el espíritu libre de Adriana.--Tú y yo nos hemos quedado en la vieja sociedad; ella es una chica de la sociedad nueva. Ojalá mis hijas tuvieran algo de la tuya. Pero mi mujer, con sus preocupaciones antiguas las tiene acobardadas y sujetas a una cantidad de tonterías que han pasado de moda.

La madre de Adriana callaba. El suicidio de su marido había dejado en ella una aprensión enfermiza, y cualquier insignificancia relativa a la conducta de Adriana despertaba en su corazón el recelo y la inquietud. En vida del señor Zumarán fue una señora de carácter gracioso, amiga de fiestas y relacionada con todo Buenos Aires. La terrible tragedia la cambió por completo: cerró su casa, se retrajo, envejeció tempranamente, y todas las amables cualidades de su espíritu desaparecieron con los restos de una belleza física notable. Adriana ignoraba que aquella su madre, tan aprensiva, tan apocada, tan sin alma, no era sino una sombra de la antigua mujer.

\* \* \*

Ese día, a la hora de la siesta, se llegó paso a paso por la avenida de eucaliptos, húmeda y cubierta de hojas secas, a sentarse en el palo transversal de la tranquera. El sol reía en la llan

ura, toda verde,  
inacabablemente verde, y como cortada en la lejanía  
por el límite del  
cielo azul. Algunos animales, en aquel mar de verdu  
ra, aparecían como  
manchitas de color ocre o negro.

Mientras su mirada se perdía en la inmensidad de la  
llanura, empezó a  
recordar, casi con extrañeza, las circunstancias en  
que se había  
comprometido con Muñoz.

Vívidamente brillaron en su recuerdo las incidencias  
de un viaje a la  
provincia de Jujuy; el largo tren, arrastrado por la  
máquina jadeante,  
trepaba con fatiga la pendiente, arrojando coronas  
de humo que se  
diluían sobre la transparencia del aire; y todo el  
paisaje giraba  
desplazando lentamente las vastas montañas.

Cuando el tren paraba en las solitarias estaciones  
del trayecto, ella  
bajaba a conversar con las "cholas", descalzas, and  
rajosas, que le  
vendían empanadas, caña de azúcar y santitos de bar  
ro pintados de rojo.

La impresionó, sobre todo, una escena religiosa en  
la montaña. Por un  
camino escarpado, a la oración, descendía llevada e  
n andas la imagen de  
la Virgen, vestida de seda azul y con un disco de o  
ro, oblicuo sobre la  
cabellera renegrida, larga como un manto. El monte  
hundía su pico oscuro  
en el cielo lívido. Penumbras indecisas iban cayend  
o sobre la procesión,  
y ésta avanzaba al compás de una música continua, g  
emebunda; cuando al

cabo de un recodo la pendiente, brusca, se empinaba  
, los hombres que  
llevaban las andas se detenían, para sostener con un  
brazo la Virgen  
oscilante, y entonces sobre la cabellera renegrida  
el disco de oro  
relucía. Larga hilera de gente seguía atrás, levantando  
murmullo de  
rezos apagados por el lloriqueo rítmico del violín  
o la nota opaca y  
rotunda del tambor. En esta hilera de cabezas sumisamente  
agachadas, que  
bajaban formando en el flanco de la montaña como una  
cinta negruzca, de  
vez en cuando se iluminaba con el claror del crepúsculo  
una cara que  
miraba al cielo con los ojos ensoñados.

Y aquella humilde procesión, bajo la media luz del  
ocaso, en una región  
tan oculta por la serranía abrupta, parecía brotar  
como tosco misticismo  
de la naturaleza misma del paraje, dulce, pacífico,  
triste.

¿Comprendió Muñoz aquellas emociones? Sólo le oyó algunos  
comentarios  
demasiado semejantes a reflexiones que ella había leído  
alguna vez. La  
fatigó en cambio con su apasionamiento celoso y adusto.  
Por eso ahora  
recordaba casi con encono su primer cariño por él y  
sus cartas de amor.  
En su imaginación propensa a exagerar los rasgos chocantes,  
la cara de  
Muñoz asomó con las cejas más juntas y más anchos los  
labios de gesto  
sensual y altivo. Todos sus pensamientos se ennegrecieron.  
Ideas malas,  
apoderándose de su alma, la penetraban de una dolorosa  
voluptuosidad.  
Otras caras aparecían en su memoria, deformadas, gr



otescas, las caras de  
otros que también la habían ilusionado algo, pasaje  
ramente.

Volviendo a la casa, por el mismo camino húmedo, ba  
jo los eucaliptos,  
se encontró con su madre. Entonces sintió crecer in  
comprensiblemente su  
exasperación. Era viernes, día de recibo en casa de  
Charito González, su  
amiga más adicta, quien le había escrito pidiéndole  
con el mayor ahínco  
que no faltara a la reunión.

--Mamá,--dijo con brusquedad,--yo quiero irme hoy.

--Ya te dije que no.

"Ah, le gusta verme morir aquí de tristeza", pensó.  
"Ojalá nos ocurra  
una desgracia".

Y sintió la necesidad maligna de que una desgracia  
sobreviniera, en  
realidad, atraída por su augurio diabólico.

Saltando y cantando sus dos primas salieron a la ga  
lería. Acababan de  
vestirse y sus trajes claros y sus cabellos rubios  
brillaban al sol.  
Parándose repentinamente ante Adriana, recobraron l  
a habitual expresión  
seria y grave; luego, en el tálburi cuyas riendas l  
es entregaba un peón  
de la estancia junto al veredón, reflexionaron vaga  
mente en aquella  
extraña muchacha con quien jugaran tanto de criatur  
as, y que ahora, por  
más que hablaran con ella todos los días, les parec  
ía un ser cuyo  
espíritu oscuro no penetrarían jamás.

Pero un tren había parado en el pueblecito inmediato a la estancia; media hora después, al chasquido de un látigo, bajo los eucaliptos, en el extremo de la avenida, osciló la capota de un break. Eran Raquel y Fernando. Este traía para su madre malas noticias. Un campo que ellos poseían al norte de la provincia, acababa de incendiarse y habían muerto casi todos los animales. Fernando, sin bajar del break, refería esto con cierto aire de indiferencia y hasta con buen humor, mientras Raquel exclamaba, sacándose el tul de la cara:

--¡Qué pena para mamá!

Adriana vio venir a su madre y corrió hacia ella, muy alegre: "¡Una desgracia, mamá!" Pero al decir esto se sobrecoigió por la idea de su propia perversidad.

--¡No hay que exagerar las cosas!--le gritó Fernando bajando rápidamente del break.

Raquel miró a su hermana fijamente.

--¡Oh, qué alma la tuya!

El acento de su voz traducía desazón y resentimiento. Pero no provenía su despecho de aquella inoportuna alegría de Adriana, sino de un motivo mucho más grave para ella.

--¡Hiciste una de las tuyas!--exclamó cuando las dos se hallaron solas. No creas que te reproche nada. Le has coqueteado a Castilla sabiendo que

él me festejaba. No me importaría, no tengo celos, te lo juro, pero lo que has hecho me demuestra que no soy nada para ti, que me desprecias, y si es así ya no quiero ser tu hermana.

Bajo la frente que asomaba como un triángulo de fin a blancura entre los mechones del cabello lacio, los hermosos ojos verdes de Raquel brillaban de indignación. Y en el tono de sus palabras había un deseo doloroso de hacerle sentir la maldad de su acción.

Pero Adriana miró a Raquel con una sonrisa dulce y como sorprendida.

--No vale la pena de pelear por un presumido como Castilla.

--Un motivo no puede faltarte para tus acciones odiosas; ya tienes el vicio de hacerlas.

El sufrimiento interior que la expresión resentida de Raquel había suscitado en su espíritu, se anuló en seguida bajo la violencia de esta última frase. Como su hermana quisiera marcharse, la retuvo.

--Yo no podría sino reírme--le replicó--de cualquier muchacho que se parezca a Castilla. No me engañes con esa facilidad tuya, que cada año tienes una nueva ilusión y haces una nueva conquista.

--Pues yo prefiero engañarme y no engañar, como tan deslealmente engañas tú a Muñoz. En la primera ocasión, te lo juro, le pondré al corriente de

la perversidad tuya; y esto lo haré no para vengarme sino porque a Muñoz no lo mereces.

--¡Pero yo te lo regalo, Raquel! A mí no me interesa. Ojalá estuviera en este momento aquí. A mí misma me oirías decirle que no le he querido nunca y que le odio, porque se parece a todos y para mí sólo ha sido una decepción más...

Se contuvo, siempre cerrando el paso a Raquel, que procuraba rechazarla abriendo los brazos, mientras se acentuaba el ceño de enojo en su pequeña frente. Luego, como decidiéndose, prosiguió: --¿Sabes por qué soy mala? Por desesperación, por idealismo.

--Serías buena, no serías perversa.

--Tú no puedes entenderme ¿ves? Yo daría mi vida por un verdadero amor y por alguien que realmente lo mereciera. Y tú, en tanto, no serías capaz de sacrificarte nunca. Creyéndote buena, sin embargo estás sin saberlo llena de vanidad y de tontera. Ir a las fiestas, buscar al otro día tu nombre en la lista de señoras y niñas que publican los diarios, y que te vean en un palco del Odeón cuando la compañía francesa representa comedias que no te interesan porque no las entiendes, y desesperarte cuando alguna amiga viene mejor puesta que tú: esa es tu vida, eso te conforma, a eso se reducen tus ensueños. Cuando los mozos se nos acercan, algunos con sonrisita galante y atenciones exageradas,

ridículas, otros mirándonos serios, callados, como seguros de conquistarnos en cuanto abran la boca y se decidan, tú en seguida te encuentras en la gloria y respondes de la mejor manera posible a sus chistecitos amables y a sus miradas irresistibles. Yo en cambio sufro, comprendo toda la trivialidad que los mueve, la insignificancia de lo que sienten. Los muchachos como Castilla sólo pueden embobar a las tontas. Embobarlas y reírse de ellas. Reírse con razón, porque para llegar a formarse una ilusión sobre esos tilingos..

--Bueno,--le interrumpió Raquel--déjame con mis ilusiones y quédate con las tuyas.

Lágrimas de despecho empañaban sus ojos verdes. Adriana se acercó a ella vivamente y le tomó las manos.

--No te enojés, no hablo así para fastidiarte, sino por un desahogo...

Pero se calló, como si la avergonzara demostrarle otra cosa que maldad. Y echaba de menos, en lo íntimo de sí misma, la época feliz en que, jugando juntas y viviendo aún su padre, solía Raquel correr a su encuentro para besarla con júbilo, en plena boca, enlazándole el cuello con sus brazos diminutos. Y su recuerdo reavivaba esta escena iluminada por la claridad tan lejana de los tiempos desvanecidos.

--¿No vinieron cartas para mí?--preguntó con indife

rencia. Raquel, por toda respuesta, la miró con expresión de cansancio y de disgusto; y se marchó después de arrojar dos cartas sobre una mesita.

Adriana quedó pensativa por largo rato, jugando con las cartas. Después abrió una, que era de Muñoz y la leyó rápidamente. Se trataba de un ultimátum. Le recordaba todas las inconsecuencias, todo el engaño con que ella había logrado hasta entonces hacerle llevar "la cadena de un amor sólo correspondido con ya insufribles perversidades". Había resuelto, esta vez definitivamente, y en ello empeñaba su palabra, romper el compromiso si no se avenía ella a cambiar de actitud. La carta terminaba así: "Yo había cifrado el objeto de mi vida y todas mis aspiraciones en el amor de usted. Por lo mismo tuvieron mis sentimientos una sinceridad incontestable. Jamás hubiera querido conquistar su cariño por otro medio. Pero tal vez por mi sinceridad misma la he de perder para siempre. Ayer pedí a Charito, como favor de amistad, que la invitara para el viernes. Si no va usted, Adriana, todo habrá terminado entre nosotros."

"¡Bah,--pensó ella--ya había decidido ir sin que tú me lo exigieras! Y ahora que Raquel y Fernando están aquí, mamá tampoco podrá poner inconvenientes".

Abrió la otra carta, y ésta la leyó con emoción. Era de Carmen Aliaga,

venía de aquella casa romántica y de aquella gente que había intervenido en la misteriosa tragedia de su padre suicida. Carmen era la menor de ellas. Se manifestaba extrañada de que no hubiese vuelto Adriana a visitarlas después de una tarde en que las había "encantado y sorprendido inolvidablemente".

--¡Ah, pensó Adriana, encantarse conmigo, ellas que viven en un continuo encantamiento! Y siguió leyendo, ávidamente. Carmen le refería que casi siempre estaban solas, que rehuían toda relación con mozos, a causa de cierta manía o preocupación de Zoraida, toda una historia muy dolorosa, que ella prometía contarle. Fuera de Julio Lagos, una excepción, únicamente recibían a dos o tres parientes y no iban a parte alguna, como no ser a misa.

Concluía la carta pidiéndole, encarecidamente, que las visitara sin falta. Bajo la firma de Carmen, había esta línea escrita con caracteres agudos:

"Yo también se lo pido, Adriana".--\_Julio Lagos.\_

Ella dejó ambas cartas en la mesita y su mirada pasó de una a otra, vagamente, como si estuviera viendo flotar las imágenes tan profundamente diversas que cada una de ellas despertaba en su alma.

### III

Ricardo Muñoz había terminado sus estudios en la Facultad de Derecho, dos años atrás. Era serio y reflexivo por naturaleza. Pero se plegó, sin embargo, por cierta mala vanidad, a una vida superficial, brillante, en la compañía de muchachos derrochadores que abandonaban los estudios o no los concluían nunca. Se acostumbró, así, a considerar la vida con optimismo irónico, y mientras calculaba hacer carrera más adelante, en la magistratura, frecuentaba el Jockey-Club, los cabarets y a las artistas. En medio de esta vida, que interiormente le avergonzaba, se conoció con Adriana en la casa de Charito González, antigua y leal amiga suya.

Al principio no fue sino un sentimiento ligero, un suave placer de galantería y el encanto de oír las alusiones de las personas que frecuentaban la casa. Fue después una satisfacción íntima, pronto voluptuosa inquietud al advertir que, cuando le daban bromas con él, Adriana ya no reía. Al fin no pudo substraerse a la continua preocupación que le producía aquel intercambio de manifestaciones cada vez más llenas de halago y de dulzura, aquella penumbra sentimental que le envolvía, le acariciaba y le acompañaba a todas partes, despertando en su ser un verdadero deseo de adoración para aquella muchacha extraordinariamente linda, cuyo amor en ciertos mom



entos le parecía un raro sueño. Se hizo tímido; cuando estaba solo con ella, el corazón le latía con violencia. En el verano la siguió a las sierras de Córdoba y Adriana, después de algunas vacilaciones que le sumergieron en terribles zozobras, le aceptó como novio, pero con la condición de mantener el compromiso secreto, "para que nuestro amor--decía--no pierda el encanto de la intimidad". El noviazgo la hizo más reservada, más indiferente.

Muñoz era otro desde entonces. Sólo de vez en cuando le veían aparecer en el club sus amigos habituales; y siempre pensativo, reconcentrado, respondía con una sonrisa forzada a las exclamaciones ruidosas que le acogían. En una de aquellas ocasiones le fue entregada una esquila. Delante de todos la abrió. Después de leerla, hizo un gesto hastiado y la dio a Miguel Castilla, uno de sus amigos.

--Si quieres ir a verla, por mí...

Era de una tonadillera conocida. Algunos meses antes la habían perseguido los dos, como rivales, pero inútilmente. Aquella generosa indiferencia de Muñoz sorprendió mucho; le creyeron atacado de neurastenia o de algo peor y le aconsejaron una temporada de campo.

Y ahora sufría lo indecible. Le había escrito a la estancia del señor Molina sin recibir contestación; entregó una carta, el ultimátum, a Raquel, suplicándole que la hiciera llegar a manos

de Adriana; por fin,  
la víspera de ese viernes, Charito González le dio  
la seguridad de que  
ella vendría expresamente de la estancia.

Subió Muñoz la escalera de la casa con emoción inde-  
scriptible. Llegando  
al vestíbulo, temió aparecer en el salón sin el apl  
omo necesario. Se  
detuvo. "Voy a verla dentro de un instante", se dij  
o. Temblaba todo  
entero. De pronto le tocaron en el hombro, y una vo  
z conocida le  
murmuró: "Hombre, tenía que hablarte a propósito de  
aquello". Se volvió  
con brusquedad, desagradablemente sorprendido: era  
Miguel Castilla.

--¿A propósito de qué?

--De la tonadillera; fui a verla.

Muñoz respondió con una evasiva, pidiéndole en segu-  
ida, muy serio, que  
le dejara solo. El otro le miró perplejo.

--Estás realmente mal, porque venir a buscar soleda-  
d a los recibos... no  
me explico.

Era Castilla un joven alto, afilado, rosado, ojos m-  
uy saltones en la  
cara de ángulos finos y cabellos lisos sobre la cab-  
eza redonda. Se alejó  
de Muñoz, después de echarle una mirada de soslayo;  
y entró en el gran  
salón iluminado, con el mismo desembarazo elegante  
con que solía  
hacerlo en el cabaret o en el club. Tuvo Muñoz un g-  
esto de disgusto; la  
presencia de Castilla, allí, en casa de Charito, le  
produjo malestar.

Ella no había llegado todavía. Era capaz de no venir, de habérselo prometido a Charito con la intención premeditada de faltar. Pero la voz de Adriana, su límpida voz de suavidad irresistible, resonó abajo, en la escalera. ¿Iba a tener fuerzas para demostrarse con ella altivo y firme, de acuerdo con los términos de la carta enviada por intermedio de Raquel? Y consideró que se perdería definitivamente, en el espíritu de Adriana, si no era capaz de aquella decidida entereza. Ella al entrar le miró con naturalidad, y murmurando un breve: "¿Cómo está, Muñoz?", cruzó el vestíbulo. La vio acercarse, en el salón, a la madre de Charito, una señora gruesa, entrada en años, de cara bondadosa y un aire de distinción sonriente; conversaba animadamente con otras señoras y se interrumpió sólo por un instante para besar a Adriana en las mejillas. Un grupo de muchachas, acercándose, la acogieron luego con pequeños gritos, acariciándola y besándola con alegría.

El salón y las luces brillaban para Muñoz como algo irreal. Hería sus nervios el rumor de las conversaciones y de las risas alegres. Las personas que más conocía le parecieron nuevas, casi extrañas. Se puso a cavilar. ¿Por qué Adriana no se había detenido? ¿Por qué su cara no demostró siquiera placer de verle después de tres semanas? Casi ni le había mirado cuando murmuró aquel indiferente: "¿Cómo está?" No la sentía su novia, por cierto. Decidió acercarse y ha

blarla. Pero la vio tan distraída, tan olvidada de él, que un orgullo a margo le sublevó. Quiso entablar conversación con alguien y se arrepintió de haber esquivado a Castilla. Charito apareció como un ángel salvador. Se avergonzó de sentir necesidad de apoyarse en la mediación de Charito.

--He cumplido, ¿verdad?--dijo ella sonriéndole; luego, sin otra palabra y con una graciosa solicitud corrió hacia el grupo en que se hallaba Adriana. Muñoz, cada vez más íntimamente herido en su orgullo, salió del salón; en la salita contigua sólo había una pareja de novios, tan ajenos a todo que ni le oyeron entrar. Cuando Adriana apareció, traída por Charito, perdió en seguida la presencia de ánimo y no atinó con una manera de abordar la situación. Adriana, sonriendo con una expresión atónita y dulce, le preguntó si estaba enojado con ella. Se turbó tanto, que para no dejarlo advertir quedó callado, serio. Adriana se puso entonces a mirar la pareja de novios, mientras Charito buscaba inútilmente un motivo cordial de conversación.

--Yo los dejo, dijo al fin,--hasta luego.

Pero Adriana la retuvo. Y dirigiéndose alternativamente a ella y a Muñoz:

--No quiero quedarme sola con él; he pasado muchos días aburrida, muy triste, y él ahora, estoy segura, tiene intención de pelear. No me

comprende, no me puede comprender; por causa suya, por haber exigido que nos comprometiéramos, estoy más decepcionada que nunca. Me enamoró, y después dejó que la ilusión mía se escapara. Ya sé, soy una inconstante. Y esta noche tengo necesidad de reírme, de olvidarme. De todos modos yo no creo en las grandes pasiones; estoy convencida de que no quiero ni querré nunca a nadie. ¡Si usted supiera, Muñoz, lo que le dije hoy a Raquel! Le abrí mi alma, le confesé eso, que soy una desdichada, que no puedo querer y que usted tampoco era capaz de quererme.

--¡No dices lo que sientes!--interrumpió Charito con ingenua energía y desolada por el giro que tomaba el asunto.

Y Muñoz, tras la actitud altiva y seria del semblante, se sentía humillado, abatido, incapaz de afrontarla.

--No sabes, Charito, continuó Adriana, cuántas ideas pesimistas han pasado por mi cabeza, en estos días... Me puse a reflexionar en la dicha, en la tontera de la vida, en esta ternura que se tiene en el corazón para no sé qué, para nada. Muñoz no podría quererme, porque mi modo de sentir y de ver las cosas es muy distinto al suyo. Y él es dominante: un día se le puso que yo debía pensar como él, imagínate. Yo lo haría, tú sabes que no tengo vanidad. ¿Pero quieres decirme cómo se hace para pensar en contra de lo que se cree la verdad? Yo me sometería, sí, tomaría todas sus ideas, pero natura

lmente con la  
condición de que él pensara primero como yo...

Se interrumpió y mirando a los novios como escandalizada:--¡Ah, qué ridículos me parecen esos novios!

Siguió hablando así, con extraña volubilidad, sin pensar en Muñoz ni en las cosas que decía, llevada por el sólo deseo de aturdirse. Había algo de perverso, indefinible, en el tono de sus palabras, que se contradecía singularmente con la fina música de su voz, con la gracia espontánea de sus gestos y con su cara radiante: era como si dos almas, una maligna y otra divina, se confundieran en un mismo hechizo. A su lado la elegante Charito disminuía, se apagaba, parecía irremediablemente fea.

Muñoz, avasallado, hizo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo y declaró que ahora sólo deseaba el favor de una explicación con ella.

--¿Una explicación?--preguntó Adriana con modo desolado.--Bueno, Muñoz, pero será con la condición de que esté presente Charito.

--Si usted lo prefiere...

--No, es lo mismo; déjanos solos, Charito.

Esta, en el momento de irse, le oprimió la mano fuertemente, como para pedirle, con esta seña furtiva, que fuese buena para Muñoz. Se sentaron juntos y él comenzó, penosamente, a repetirle los reproches de siempre,

sin encontrar palabras oportunas ni decisivas. La sentía a su lado protegida como por un gran resplandor.

--Estoy muy mal esta noche, Muñoz,--exclamó ella. A penas puedo poner atención en lo que usted me dice. No alcanzo a soportar el espectáculo de esos novios. Estoy segura de que tampoco se quieren. Me gustaría oír lo que están diciendo. Y él habla sin interrupción, parece que moviera la boca sin decir nada... Los dos tienen la cara pegada al respaldo del sofá. Ese debe ser el estado comatoso del amor. Ella se imaginará enamorada, dichosa, creyéndole un hombre de talento, una perfección. Para quererse con esa inconsciencia... Oh, en realidad, ¡qué despreciable, qué tontería es el amor! ¡Dios mío!

Un tropel de muchachas entró en el saloncito, alegremente, seguidas por un joven muy elegante y fino, que las llamaba por sus nombres con vocecita amaricada.

--¡Adriana!--exclamó una de ellas,--necesitamos una pareja más, vengan los dos.

Ella se levantó, y con expresión seria:--Tal vez en el fondo lo quiero muchísimo, Muñoz; escucharé todo lo que quiera decirme, pero ahora no podría dejar de bailar y divertirme, la tristeza me ahogaría. Y salió envuelta en el torbellino de las muchachas.

Se quedó él caviloso, mirando sin ver hacia los dos novios que

continuaban con las caras pegadas al sofá, según la expresión de Adriana, y ni siquiera habían advertido la repentina y bulliciosa invasión.

Como luego se asomara al salón grande, vio a Miguel Castilla tomar la cintura de Adriana para bailar con ella; le pareció una profanación, acaso porque nunca le había visto sino bailar en el cabaret. Sintió impulsos de separarles y de insultar a Castilla. En el mismo ángulo bailaba Charito, que dirigía a su amiga, de vez en cuando, miradas de reproche; pero en seguida su cara se iluminaba escuchando a su compañero, que era el joven de la voz amaricada.

Adriana había cesado de bailar. Seguía Muñoz con los ojos su silueta indefiniblemente lánguida. Su andar era suave. El traje, muy sencillo, de color lila, ceñido sin pliegue a la cintura alta, oprimía algo los senos pequeños. Llevaba puesto el sombrero, cuyas alas anchas, ajustándose ligeramente bajo el mentón, envolvían toda la cabeza en una randa de pluma: el rostro fino irradiaba. Distraía los ojos, recogiendo a veces, bajo las pestañas, una larga expresión extenuada. No cesaba de sonreír. Y de sus labios, que parecían empequeñecerse para ocultar la palpitación de un beso, se desprendía una singular y poderosa seducción.

Un vértigo atravesó el alma de Muñoz. La angustia le oprimió, una angustia extraordinaria, en que se confundían los c



ellos agudos con el  
temor sombrío de perderla. Por momentos, le nacía una  
suerte de  
voluptuosidad y de júbilo que inmediatamente huía:  
era como si el  
exceso de la emoción penosa necesitara el respiro instantáneo de un  
placer fantástico. En uno de aquellos relámpagos ficticios, le acometió  
la tentación de lanzarse riendo en medio de la sala, bajo la mirada de  
todos, para besarla en la blancura fina de la nuca. Semejante impulso  
era tan insólito en él que se imaginó propenso a un ataque de locura.  
Empezaron los acordes de otro vals. Adriana y Castilla entre las parejas  
apiñadas, buscaban sitio para bailar. Muñoz vio de pronto, claramente,  
que Castilla acariciaba la mano que Adriana había apoyado un instante en  
su brazo. Ella se había detenido, como sorprendida, poniéndose frente a  
su compañero sin dejar de sonreír. Las parejas, girando, le ocultaron la  
escena. Sintiéndose a punto de perder completamente el dominio de sí  
mismo y de cometer acaso uno de esos actos que ridiculizan  
irreparablemente, su amor propio prevaleció. Atravesó el vestíbulo,  
donde se amontonaban los abrigos, sacó rápidamente el suyo y salió,  
huyó, sin haberse despedido de nadie y en un estado de exaltación  
indescriptible.

Las calles del Socorro estaban desiertas. El aire frío, la bocina de algún automóvil, el eco de sus propios pasos en la acera, todo parecía perseguirle, hablarle de ella, sugerirle visiones monstruosas de infidelidad y de falsía. Se imaginaba casado y engañado en seguida. A cada instante le asaltaba la tentación de volver a casa de Charito.

Por momentos reflexionaba con una gran lucidez. El dolor fecundaba su espíritu; multitud de intuiciones germinaban en su mente, como seres irónicos que hubiesen permanecido ocultos bajo una capa de ideas pesadas y groseras. Adriana le parecía una enemiga y él su antagonista, que luchaba con los ojos ciegos, a discreción de aquella alma tal vez maligna bajo la irradiación de su hechizo. Por primera vez creyó penetrar la significación de ciertos rasgos de su cara: como aquella rigidez de la frente, pequeña, fina, bajo la suavidad del cabello lacio; luego, la sonrisa indecisa, y la sombra que parecía flotar en la mirada de sus ojos dulcemente atónitos: las pupilas anchas, negras, eran insondables, tenían algo de quimérico.

Muñoz caminaba rápidamente, como atraído por el vértigo de la imagen. Estaba en la calle Juncal; atravesó al atrio solitario y sonoro de la iglesia. Caminó varias cuadras hacia el centro, buscando ruido. Delante de él iba alguien a quien creyó conocer en el modo de andar. Apresuró el

paso. Era Julio Lagos.

Habían sido compañeros de la misma clase, en el Colegio. Muñoz le apreciaba mucho, pero sin tenerle afecto; por el contrario, siempre había experimentado contra él una especie de recelo instintivo, una vaga hostilidad a causa de su reserva. Más de una vez le había hecho confidencias íntimas, sin que Julio le correspondiera nunca de la misma suerte. Y como quiera que tal indiferencia la tenía también para los demás compañeros, le consideraba un espíritu frío, incapaz de simpatía. Sin embargo, en cierta ocasión le desconcertó su extraño apasionamiento al discutir en clase con el profesor. Por otra parte, muchas ideas de su amigo eran para Muñoz incomprensibles y a veces absurdas.

Ahora, desde hacía tiempo, habían dejado de frecuentarse. Julio, interrumpiendo sus estudios, viajó por el extranjero, y a su vuelta, retraído completamente, su vida fue un misterio para Muñoz.

Encontrarle ahora, en la soledad de la calle, le alegró; se sentía tan oprimido por la angustia, que necesitaba el desahogo de una confidencia, y a nadie sino a él hubiese querido encontrar; se hubiera avergonzado de comunicar su desdichada situación a cualquiera de sus actuales amigos.

Volvió Lagos la cabeza, reconoció a su antiguo compañero y le estrechó

fuertemente la mano.

--No te imaginas, le dijo Muñoz, el alivio que para mí significa encontrarte... Tengo una gran desesperación... Pero háblame de ti, primero. Aunque no, ya sé que vives con el espíritu amurallado. No importa... ¿Cuánto tiempo hace que no nos vemos? ¿Dónde sales a estas horas?

--De aquí cerca, ¿conoces a la familia de Aliaga?

Bajaban por la calle Florida y llegaron, conversando, a las puertas del Jockey-Club.

--Entremos,--dijo Muñoz. Busquemos una salita donde podamos conversar enteramente solos. La vida tiene cosas extrañas, muy extrañas, y uno se transforma y va dejando atrás los pedazos de su personalidad antigua. ¿Sabes que aprendí a dudar? Ya no me parecen absurdas aquellas ideas tuyas, porque ya no encuentro nada seguro en la tierra...

Se rió con una risa nerviosa, sin saber por qué, y miró en los ojos a su amigo. Después llamó; acudió un groom vestido de verde, a quien pidió que trajera licor. Como si el viejo resentimiento le dominara de nuevo, no se decidió a empezar su confidencia. Le comunicó la terminación de sus estudios y su nombramiento para la secretaría de un Juzgado.--Sin embargo, agregó, la magistratura no me entusiasma; en ella entraré por no defender pleitos. Tal vez renuncie y me vaya lej

os... al Egipto, a  
la India, a cualquier parte donde pueda arrancarme  
del todo la  
personalidad que tengo, y dejarla aquí, como un est  
ropajo... No, no  
deliro... Es una forma de decir para explicarte...  
Pero cuenta primero  
qué has hecho tú, en estos cuatro años. Has estado  
en Europa, ya lo sé.  
Supe también que habías vuelto, pero que nadie te v  
e desde entonces; se  
cree que has venido con alguna "liaison" y que vive  
s escondido. Siempre  
fuiste un misterio, ya en el colegio. Y ahora te lo  
confesaré: en la  
Universidad, a pesar de considerarte yo superior a  
todos mis compañeros,  
te tomé odio a causa de ese carácter ensimismado tu  
yo. De pronto  
desaparecías, te ibas al campo sin despedirte de na  
die, y corrían  
rumores de aventuras raras. A mí se me ocurría que  
fingías, que tratabas  
de hacerte una aureola romántica. ¿No era así?

Julio sonrió, sin responder.

La cara muy blanca, su frente descendía ancha y rec  
ta, desde la raíz de  
los cabellos, empujando algo las cejas por encima d  
e las pestañas. Los  
ojos miraban con una suavidad retraída, y la fisono  
mía rara vez se  
animaba sino con aquella ligera sonrisa de los labi  
os delgados.

--Ese mismo gesto lo hacías siempre, cuando te inte  
rrogaban sobre tales  
asuntos,--añadió Muñoz.

Pero no tenía ahora curiosidad alguna de saber nada  
acerca de su amigo,

sino simplemente un ansia de desahogar con él su corazón henchido por el sufrimiento.

--¡Bah!--dijo Julio respondiendo a la acusación de Muñoz,--yo te juro que esa actitud mía no era orgullo. Venía, simplemente, de cierto pesimismo, algo así como sintiendo la inutilidad de confesar nada... Me parecía que de todos modos lo realmente mío a ninguno de ustedes podría interesar. O más bien... me repugnaba mostrar las intimidades de mi espíritu. Ya ves, te hago una verdadera confesión, te haría todas las que tú quisieras.

Con el ánimo de crear un ambiente más cordial y propicio para la confidencia, procuró Muñoz halagarle, mientras apuraba copitas de verde Chartreux, para salir de su abatimiento.

--De lo que no me olvido es de aquel ruidoso examen tuyo en que presidía la mesa el profesor López Azúa, que no pudo salir con su gusto de aplazarte.

--Y me lo tenía prometido formalmente.

--Es cierto, prosiguió Muñoz, y recuerdo su argumento: no podía dejar pasar a un alumno que tenía ideas contrarias a la doctrina que él exponía en su libro de texto.

--Y entonces yo, puesto que tenía descontado el aplazo, quise al menos darme el gusto de hablar con libertad.

Muñoz le interrumpió, para demostrarle que recordaba todas las incidencias del asunto.

--Efectivamente, sin que se pudiera advertir demasiado tu intención, pusiste su libro en la picota. ¡Qué bien hablaste! A cada objeción y a cada pregunta capciosa que te hacía, para encerrarte, tu respuesta tranquila era un mazazo. Al último se puso furioso, con gran contento del profesor de Derecho Romano, que tenía contra él una rivalidad antigua en el Consejo Académico. Y quiso obligarte a reconocer ciertos principios que él afirmaba incontrovertibles. Tú le pediste permiso para citar un texto de no recuerdo qué autor antiguo. Me parece oírle vociferar,--pegando un puñetazo en la mesa: "¡Esa no es la doctrina moderna!" Le contestaste que a tu juicio los modernos no pueden sentir y comprender el valor de las leyes con la ciencia de los atenienses o los romanos, que las vivían, las dominaban y sabían por eso apartarse de ellas sin apartarse de la justicia. El profesor de Derecho Romano te aprobaba con la cabeza. Pero López Azúa se te quedó mirando como si hubieras dicho el mayor de los disparates.

--Sí, creyó tenerme ya entre las garras. Me preguntó muy alegre: "¿Apartarse de las leyes sin apartarse de la justicia? ¡Entonces las leyes en Atenas y en Roma eran injustas!"

--Y tú le contestaste que no, porque las leyes, hasta las más lógicas y

eficaces, son relativas con respecto a la justicia.

Te desafió entonces a que citaras un solo caso en que los romanos se hubieran apartado de una ley lógica sin apartarse de la justicia. Allí su derrota fue completa, porque le replicaste en seguida: "Leyes lógicas y justas condenaban como un delito el proceder de Cicerón en el asunto de Catilina. Pero él juró que había salvado a la República y el Senado le declaró, con justicia, Padre de la Patria". El profesor de Derecho Romano por poco no se levanta para abrazarte.

Después de recordar ambas otras incidencias de la pasada vida

estudiantil, Julio le invitó a contar el motivo de su preocupación.

Haciendo un esfuerzo para reunir sus ideas, comenzó Muñoz a referirle su

pasión, pero evitando pronunciar el nombre de Adriana. Julio le escuchó

al principio con su habitual modo distraído; alzaba la copa diminuta,

mirando al trasluz el licor. Entonces Muñoz se interrumpía:

--¿Me escuchas, eh? ¿Me escuchas? Y le renacía contra su compañero de

otro tiempo la antigua hostilidad. Pero viéndole sonreír y ponerse por

un momento en actitud de gran atención, siguió hablando, sin preocuparse

ya de él y conformándose con hablar para sí mismo. Experimentaba algo

así como la embriaguez de sus recelos y de su angustia. Relataba los

episodios desconcertantes con fidelidad minuciosa, y de vez en cuando se

detenía, azotado por la visión repentina de Adriana



bailando con el  
otro.

De pronto advirtió que Julio le miraba con una atención reconcentrada. En ese momento refería la extraña conducta de Adriana, sus apasionadas cartas de amor y la indiferencia burlona con que le recibía luego.--¿Te figuras, prosiguió con la voz alterada, poniendo una mano sobre el brazo de Julio,--te figuras la desesperación que debe provocar semejante criatura? Una vez, cuando yo no había perdido enteramente la voluntad, decidí dejar de verla, huir de Buenos Aires. Porque sentí que esta muchacha sería mi perdición. Compré pasajes para Europa. Pero recibí una carta suya. Me decía, con palabras finas, incomparables, con una suavidad delicada, y como rendida a mí, que al menos le dejara la dulzura de verme y hablarme por última vez. ¡Ah! ¿Por qué me llamaba así? Fui. Sus ojos estaban húmedos. ¿Había llorado? No sé; al verme se rió por largo rato. Esto sucedía en casa de Charito González. Tú supondrás que se reía de júbilo por la idea de que yo desistía del viaje. No, se reía como siempre, se burlaba. No dijo una sola palabra concordante con su carta, no insinuó siquiera que había de quedarme; sólo murmuró, distraída, como pensando en otra cosa, que no debía guardarle rencor; mientras yo estuviera ausente me recordaría algo, no mucho, porque ella era mala y también incapaz de un verdadero amor; y agregó que tal vez sería mejor termináramos para si

empre toda clase de  
relación, porque ella con seguridad, tarde o tempra  
no, se enamoraría de  
otro. Y lo decía con una expresión muy ingenua, hab  
ía algo como una  
gracia en su maldad, algo imposible de describir; y  
o tuve un vértigo y  
rompí los pasajes echándolos a sus pies. Sentía su  
hermosura envolverme  
como una llamarada. ¿Sabes dónde está ella, en este  
momento?... Si yo  
quisiera... ¿Ves cómo tiemblo? Cuando te encontré,  
venía de allí...  
venía de verla y conversar con ella... Sí, esta noc  
he, en casa de  
Charito González, no hace media hora, tuve el mismo  
vértigo, me envolvió  
la misma llamarada. Y ahora ya no soy dueño de mí,  
todo lo que me pasa y  
todo lo que hago viene como arrastrándome y como ap  
lastándome.

Se cubrió Muñoz la cabeza con las manos abiertas, l  
os codos sobre la  
mesa, y suspiró. En el rostro de Julio la mirada tr  
anquila tenía una  
expresión de piedad para su amigo de otro tiempo.

Mientras así le consideraba en silencio, un precipi  
tado ruido de pasos  
se aproximó, por el corredor que llegaba hasta el s  
aloncito, y una voz  
impaciente gritó: "¿Pero dónde diablos se ha metido  
?" Era Castilla.

--Ya, ya,--respondió la voz de un sirviente gallego  
.

Muñoz se levantó bruscamente y cerró con violencia  
la puerta. Afuera  
cesaron al instante las risas y la animación del gr  
upo. Castilla llamó,

dulcemente.

--¡Una palabra, Muñoz, nada más que una palabra!

Y a través de la puerta le explicó que en casa de Charito le había buscado para salir juntos, que la tonadillera quería a verle a toda costa y que él se había comprometido a llevarle.

--¡Es un caso de gran pasión!--gritó uno de los compañeros de Castilla.

--Si no vas te tomará por un marica.

--Y nosotros también.

Otro hizo un chiste que provocó carcajadas ruidosas, y como Muñoz no respondiera, comenzaron a dar fuertes golpes en la puerta.

Al fin se alejaron, repitiendo las alusiones chistosas y algunos comentando seriamente la extraña transformación que había operado en Muñoz la neurastenia.

--¡Charito González!... murmuró Julio ensimismado. Conocí a una amiga íntima de Charito González... Adriana Zumarán. La traté una sola vez, pero comprendí que es un ser excepcional.

Muñoz, incorporándose bruscamente, le miró con una indefinible expresión de desconfianza; le vio sonreír ligeramente. Se levantó alterado, y comenzó a pasearse por el saloncito. Luego llamó y pidió su abrigo; pensaba que Julio, al tanto de toda su historia, respondía a sus

confidencias con una crueldad irónica, y esto le la  
stimó.

--¡Tú no debes burlarte! ¿Oyes?--gritó tomando del  
sirviente el abrigo y  
el sombrero. Y sentía crecer oscuramente su hostili-  
dad contra Julio.

Este le miró, muy serio, y le aseguró que no tenía  
ningún deseo de  
burlarse; por el contrario, compartía su sufrimient-  
o y le compadecía  
con sinceridad.

Muñoz volvió a sentarse, y después de un silencio l-  
argo, acercándose  
mucho a Julio:

--No sé adónde me llevará todo esto... Pero te aseg-  
uro que ya no soy  
dueño de mí. Si alguien se interpusiera entre ella  
y yo... Es horrible,  
es algo que me acerca a una brutalidad inferior, a  
los casos de impulso  
ciego, inconsciente, de la gente del pueblo... los  
crímenes pasionales  
que registra todos los días, en los periódicos, la  
sección "Policía", el  
suceso común del hombre que se ha enamorado de una  
criatura de quince  
años, de clase humilde como él, la ha festejado y p-  
erseguido con  
insistencia desesperada, bestial, contra la oposici-  
ón de los padres y la  
completa indiferencia de ella; y un día se pone en  
acecho, como una  
fiera; cuando ella sale, para hacer algún mandado,  
la detiene. En la  
crónica suelen mencionar todos estos detalles. La r-  
equiere por última  
vez, le exige una contestación definitiva; luego, r-  
ápidamente, le

dispara un balazo a boca de jarro, o desnuda un cuchillo y se lo hunde ferozmente en el corazón.

--Y la crónica,--dijo Julio--agrega casi siempre: "El homicida volvió luego el arma contra sí mismo, ocasionándose una herida, de cuyas resultas falleció minutos después". Pero como tú dices, esa manera de sentir y entender el amor pertenece a seres en quienes la agitación del instinto no se ve dominada por la serenidad del espíritu.

--Pues bien,--replicó Muñoz--te aseguro que yo ahora suelo sentir algo así, hervir en mi naturaleza y en mi sangre el ansia del crimen pasional y subir esta ansia, brutalmente, hasta mi corazón. Y sin embargo, yo desciendo de gente convencional, ceremoniosa, acostumbrada a vivir disimulando y reprimiendo todo impulso antisocial. Pero ahora, te lo juro, ¡yo mataría, con puñal, como un hombre del pueblo!

Julio, saliendo de su tranquilidad, repentinamente, puso una mano sobre la muñeca de Muñoz y se la oprimió con un movimiento nervioso:

--¿Estás seguro, en todo caso--le interrogó--de que le tienes verdadero amor? No, no me mires como si te preguntara algo de satinado. Es que tú no has pensado nunca en esto... Si experimentas una angustia tan brutal, todo pasará y no te quedarán después sino las cenizas...

--No te entiendo... no puedo entenderte.

--Si tu pasión arde así, con esa violencia, quemándote la carne y la sangre, no viene de tu espíritu, sino de tu naturaleza agitada, convulsionada. Te has entregado, ciegamente, a un sentimiento que tal vez cualquier otra mujer te hubiera inspirado también. El amor, el verdadero amor del hombre, es algo ante todo espiritual; los sentidos sufren su influencia, a veces de una manera violenta, pero sin avasallar al espíritu nunca.

--Basta, Julio, basta, en estas cosas está demás razonar... Déjame desahogarme... Si ella fuese de esas criaturas inconscientes, pura irreflexión, pura coquetería, todo lo que hace sería a cien veces más perdonable. Pero no, es inteligentísima, más que cualquiera de sus amigas. No, no es una irreflexiva; por el contrario, parece que siguiera el hilo de mis ideas y adivinara todo lo que pienso. Ella sabe hasta qué punto sufro, y no le importa. Cuando considero lo que me ha hecho pasar, la imagino de una maldad que no se concibe mayor. ¡Y sin embargo, a veces, su cara distraída tiene una expresión tan buena! La duda de cómo es ella, realmente, me enloquece tanto como la duda de su amor.

--¿Quieres que te explique lo que pienso?--dijo Julio con cierta gravedad. Hay una relación directa entre tu asunto sentimental y algo... Yo no soy un indiferente, como tú acaso supones; al contrario, siento las cosas de una manera demasiado íntima... En fin, no es esto lo que interesa ahora... Se trata de esa criatura, es decir, de las criaturas desconcertantes que uno puede encontrar aquí, en Buenos Aires... Si no te sientes capaz de afrontarla, has hecho mal en romper tus pasajes... A propósito, no me has dicho quién es...

Se avivó la expresión de desconfianza en la cara de Muñoz.

--No, no importa,--dijo apresuradamente Julio. Y hundiendo en el sillón, continuó, como abstraído:--Ninguna mujer como la porteña, suele tener el alma tan lejos de su apariencia, tan distraída de sus actitudes, de las palabras que dice, de su mismo carácter, tan recogida, por decirlo así, en una oscura vida interior. Es profunda y pasiva como la mujer oriental, pero sin duda con una espiritualidad incomparablemente más fina, con más inteligencia y más significativa intimidad de sentimientos. Todo lo que en la oriental es vago, demasiado confundido con el instinto, se realiza maravillosamente en nuestras mujeres, sin salir aún de la penumbra. No llega todavía su intimidad a desteñirse bajo la luz violenta de la cultura uniformadora... ¿Habrás

notado que las europeas cultas se parecen todas entre sí?... Hay, por lo menos, un cierto tipo de mujeres porteñas que no hallarás reflejado en ninguna literatura y que te sugiere cosas indecibles. Acaso algunas heroínas de Dostoiewski y de Tolstoi pudieran considerarse como una equivalencia. Pero son otra cosa. Si vamos a la mujer de Francia, tan refinada y que en algunos tipos deliciosos llega a ser exteriormente perfecta, ¿hay sin embargo, entre todas las heroínas de sus grandes escritores realistas, alguna que te sugiera por sí misma, por la expresión de una fisonomía interior inconfundible? Madame Bovary no tiene sino una personalidad artificiosa, producto casi material, por decirlo así, del ambiente, la época, las mil influencias que Flaubert analiza con sagacidad prodigiosa y que han absorbido en realidad toda la espontaneidad de la mujer. Renée Mauperin, de los Goncourt, otro producto, otra mujer tan deliciosa como generalizada y vulgar. Y esa Madame Martin de "Le Lys Rouge", ofrecida al mundo como el tipo de la parisiense exquisita y superior, ¿es acaso otra cosa que un admirable afinamiento de las cualidades comunes, exteriores, visibles, traídas por la cultura de las costumbres y la influencia de los libros que ella ha leído? Su mundo interior es armonioso, claro, limitado. En cuanto a la mujer española... La de los grandes tiempos místicos ha desaparecido; ha resucitado aquí, revestida de un esplendor nuevo, transformada, única,



en este ser extraño, en esta clase sentimental a que pertenece sin duda la criatura que te ha enloquecido. Y te ha enloquecido porque no la conoces.

--¡Tú sabes quién es!--interrumpió Muñoz irritado.

--Ah, seguramente supones--prosiguió Julio--que ella es la única así.

Piensas, además, que su actitud para contigo obedece a perversidades incomprensibles. Pero las cualidades y el carácter de estas porteñas desconcertantes, no son, como en la mujer europea, manifestación natural del espíritu, sino una pura apariencia, un delicado disfraz. Algunas lo llevan durante toda la vida. Cierta recato místico y una profunda pasividad las obliga a ocultarse así. Sus ensueños se diluyen en la voluptuosidad interior, semejante a la que hizo delirar en otros tiempos a las santas de España con una inacabable dulzura en los sentidos y en el alma. La época moderna, las costumbres cosmopolitas y todo género de sugerencias han conspirado sin duda para apagar el ardiente atavismo. Algunas generaciones más y esta mujer habrá tal vez desaparecido. Las Renée Mauperin y las "intelectuales" y las partidarias de Debussy, irán poco a poco absorbiéndola, matándola.

--Sí, Juanita Sánchez, otra amiga de Charito, la habrá oído discutir sobre Debussy.

--Imagínate mientras tanto, continuó Julio sin atender la interrupción

de Muñoz, a una de esas muchachas que guardan oculto el secreto de su alma. La vida le da un esposo al azar; su misma pasividad ha contribuido para que ella lo acepte sin llamar a juicio sus dulces imaginaciones; es un hombre a quien cobra luego el afecto natural que le inspiran los otros miembros de su familia. La va trabajando el hábito, se olvida de sí misma, se resigna inconscientemente a la trivial realidad que el destino le depara. Sus necesidades espirituales son tan hondas como su incapacidad para resistir el ambiente que la rodea. Pesa sobre ella el fatalismo ancestral. Renuncia, sin comprender nada a ciencia cierta, a la vida del amor que sin embargo seguirá murmurando en su corazón; y va viniendo así el olvido sobre su mundo interior apasionado. Ya el amor llega a tomar para ella una forma solamente ideal, cosa de la fantasía, romanticismo, sueño de poetas. Lee todavía con delirio a los escritores ardientes, y en las novelas simpatiza sin vacilar con las heroínas culpables; pero generalmente rehuye la sola suposición de una relación ilícita en la vida misma. Para esta resignada y piadosa criatura, el pecado es un fantasma sombrío que la asusta. Es preciso que concurren circunstancias singularmente favorables para que de pronto lo arrostre. Pero entonces también acepta la tragedia. Figúrate a una de esas jóvenes señoras en la paz de su hogar. La rubia cabeza de un niño se aduerme sobre su seno; se diría otra Virgen con otro niño Jesús. El aire que en

derredor de ella se respira parece impregnado de virtud. Un velo de religiosa castidad cubre la hermosura lánguida de su cara. Su sencilla actitud es una oración. Pero hay sobre los párpados recaídos tanta sombra, es tan puro el óvalo de su rostro, que de pronto experimentas un sobresalto: es el miedo de profanar con un deseo, a caso principio de una pasión tan profunda como imposible, la religiosidad del santuario. Y te apartas, huyes de aquella presencia como el ladrón sacrílego sobrecogido en la iglesia por la expresión de las imágenes que le miran desde sus nichos. Y más tarde piensas: "Si la hubiese conocido cuando ella tenía quince años, si hubiéramos entonces hablado en una familiar confianza, ¿habría ahora ese recato de matrona sobre sus ojos, esa absoluta indiferencia para cualquier motivo de conversación que implicara siquiera la tímida curiosidad de sus secretos íntimos, de los sueños que halagan sus horas solitarias?"

Muñoz escuchaba a Julio con intermitencias; la sugestión de sus palabras alternaba en su espíritu con la angustia punzante de su amor encelado; se imaginaba a su novia casada con otro, un niño rubio en los brazos y recatada como la Virgen. Y una risa sarcástica se escapó de sus labios.

--Pero las circunstancias, prosiguió Julio, te ponen en la ocasión de verla con frecuencia. Nunca de tus labios se escapa una palabra que pueda traicionarte. Ella adivina, sin duda, lo que

pasa en tu corazón,  
aunque sería inútil que buscaras en su actitud, en  
su trato, en sus  
palabras, el más ligero indicio de ese conocimiento  
. Acaso tampoco tenga  
ella la hipocresía de manifestar por su marido un a  
mor que no le tiene.  
En cambio, te dirá que en su corazón hay una idolat  
ría constante que la  
deja llevar con resignación las penas de la tierra:  
Dios y la Virgen. Te  
regalará una crucecita, una estampa o una medalla,  
para que las lleves  
como una protección contra la desdicha y contra la  
tentación del pecado.

Pero una noche, por incidencia casual, has quedado  
solo con ella en el  
comedor. Los sirvientes han levantado la mesa, se h  
an marchado. Es noche  
de invierno; en la chimenea una llama azul oscila e  
ntre los carbones.  
Ella conversa con más locuacidad, de mil asuntos, d  
e la novena próxima,  
de un libro por demás liberal o cuyo argumento le p  
arece inverosímil. Su  
conversación es sencilla, demasiado sencilla. Luego  
te escucha a ti; y  
la mirada atenta y buena tiene una pureza absoluta.  
"¿Qué significa, te  
preguntas, esa inconsciente virtud que protege sus  
hechizos?" En tu  
recuerdo no hay ahora una mujer comparable a ella.  
La miras como a un  
ser sobrenatural. De pronto, durante un minuto de s  
ilencio, estalla un  
lloro lamentable. Es en la estancia contigua, el ni  
ño. Ella corre,  
sobrecogida como tú. Al poco rato el niño se ha dor  
mido. La madre ha  
cubierto a medias con la colcha su carita rosada, t  
e ha llamado para que

le contemples y admires. La casa entera parece desl  
igarse del mundo y  
sumergirse en una gran quietud. Te dejas invadir co  
n cierta amarga  
voluptuosidad por el romanticismo de la escena, en  
esta penumbra  
prohibida. El reloj da las doce, sus campanadas sue  
nan como atónitas. Es  
tiempo de que te marches. Pero tú vives como en una  
atmósfera irreal, tu  
razón y tu voluntad ya no cuentan para nada. Repent  
inamente el deseo  
sobresalta tu corazón con una extraordinaria violen  
cia; caminas hacia la  
pieza contigua con ánimo de huir, pero en seguida t  
e vuelves. Ella, en  
ese momento, se inclina sobre la cuna; el claror de  
la lámpara pone una  
línea de luz en el perfil de su cara y otro en la f  
inura del cuello;  
inclinada así, su cuerpo parece más largo y más lán  
guido. Un poder  
extraño te mueve hacia ella; tienes al mismo tiempo  
la sensación de caer  
en un abismo y escuchas como carcajadas lejanas de  
un espíritu maligno,  
que quisiera atraerte una irreparable condenación.  
Has tomado, sin  
comprender cómo, las manos que ella apoyaba en el b  
orde de la cuna.  
Sobre sus ojos ves brillar la sorpresa y el terror;  
pero ella advierte  
que tus manos tiemblan oprimiendo las suyas, que ta  
mbién te altera la  
emoción del terror, que tus ojos se llenan de lágri  
mas. Nada conmueve  
el dulce silencio de la casa. Has querido hablar y  
un sollozo te ha  
cortado la palabra. La idea de profanar el santuari  
o te incita, te  
enloquece, y de pronto tomándola en los brazos, la  
cubres de besos

insensatos. ¿Y ella? La imagen del amor irradia sobre el Pecado, la virtud cae como un vestido que se desciñe, ¡y aquellos ojos divinos se entornan ahora como alucinados por la explosión de una gran claridad!

Julio calló.

--No se puede negar que tienes imaginación, murmuró su amigo.

--¿Imaginación? No, la realidad es mucho más interesante y terrible de lo que podríamos imaginar. ¿Conoces a las Aliaga? No, no las habrás tratado porque no salen nunca. Es una familia predestinada. El padre murió hace muchos años; la viuda, joven todavía, fue causa del suicidio de... de una persona cuya muerte pasó como causada por un accidente; un hombre casado; hay una hija suya que es extraordinaria... Este señor y la viuda de Aliaga eran amigos desde la infancia; creo que habían sido novios y cuestiones de familia deshicieron el compromiso. Pero desde poco tiempo después que el señor Aliaga murió, visitó la casa asiduamente, sin dejar sospechar el sentimiento que le iba dominando y llevando a la perdición. Solía ir con su hijita mayor, esa... la que no te quiero nombrar. Cuando la viuda comprendió la pasión de su antiguo amigo, le cerró consternada las puertas de la casa. Ese mismo día, él se disparó un tiro en la boca.

Pero el caso más espantoso y más triste ocurrió poco después, con una

prima hermana de la viuda de Aliaga, casada joven,  
demasiado joven, con  
un señor que era entonces político conocido y perso  
na muy influyente.  
Ella conocía a un muchacho... ¿te acuerdas de Isidr  
o Acosta, aquel  
muchacho escritor que estaba en la Facultad cuando  
nosotros empezábamos  
el bachillerato? Se enamoró locamente de esta señor  
a, que era algo  
pariente suya. Le pidió ella un día, llorando, con  
las manos puestas  
sobre las cabezas de sus dos hijitos, uno de cuatro  
, otro de tres años,  
que no la buscara más. Acosta hizo todo lo posible  
para ahogar su  
pasión, viajó por el Paraguay, se fue después a Eur  
opa; pero volvió,  
triste, más enamorado que nunca. Apenas llegó le ma  
ndó una carta escrita  
con sangre; se consagraba a ella decidido a morir.  
La pobre se asustó,  
parece que le correspondía en la intimidad de su co  
razón, aunque sabía  
ocultarlo y dominarse y había puesto una lápida sob  
re sus sentimientos  
culpables. ¡Ah! ¡Estas lápidas de olvido! ¡Cuántas  
mujeres porteñas han  
atravesado la vida melancólica hasta una noble anci  
anidad, plegadas por  
la virtud a la rutina cotidiana, distraídas por el  
cariño a los hijos,  
mientras un amor del pasado se ha ido muriendo como  
una claridad pálida  
en sus almas! Y no creas que las idealizo... ¡Oh, n  
o...! Te sigo  
contando. Pocos días después de escribirle Acosta e  
sa carta, que ella  
no le contestó, la encontró inesperadamente en casa  
de las Aliaga.  
Hablaron; él se puso a llorar como un chico, y esa  
tarde, sintiendo el

vértigo de una pasión que concluiría por vencerla, buscó la única solución salvadora. Vivió todavía horas de sombría sublimidad. Su marido, que no la hablaba y ya sospechaba algo, la encontró por la noche arrodillada junto a la cama en que sus dos hijitos dormían. Al otro día, después de empapar sus ropas en aguardiente, se acercó al fuego de una estufa. Alcanzaron a verla caer alzando los brazos, gritando en medio de la llamarada. Cuando corrieron para socorrerla, escapó despavorida, y volvió a caer ya carbonizada. ¿Puedes imaginarte horror semejante? Parece que realizó el acto en un estado de absoluta lucidez. Piensa que la pobre, por una extrema exaltación de su virtud, sintió la necesidad de morir así, abrasada, para purificarse, para consumirse en el fuego con los vestigios de su pecado.

Julio Lagos se levantó; había referido aquello con la voz alterada y estaba pálido. Muñoz le miraba con asombro; tuvo la misma sorpresa que experimentara, algunos años antes, cuando en la clase le oyera discutir apasionadamente con el profesor. Julio se encogió de hombros.

--Te llama la atención que estas cosas me impresionen así. Ya sé que tú me imaginas insensible o algo así como si me faltara humanidad. Y volvió a hundirse en el sillón.--Sí, continuó, son muy extrañas las mujeres de nuestro país... Fue precisamente en casa de las Aliaga que conocí, hace algún tiempo, a esa amiga de Charito González. Me p



areció en seguida que pertenecía al tipo de las mujeres fantásticas.

--¡Ah!--exclamó Muñoz, enrojeciendo. ¿La conociste en casa de Charito González? ¿Tú vas a casa de Charito González?

--No; la conocí en casa de las Aliaga.

--Estoy seguro que dijiste... en fin ¿una amiga de Charito González? Yo conozco a todas sus amigas.

--No importa. Esta es la hija del hombre que se mató por la viuda de Aliaga.

Muñoz ignoraba el suicidio del padre de Adriana.

--Entonces no cabe duda, murmuró fingiéndose distraído, toda esa es gente fantástica. Yo le preguntaré a Charito sobre sus amigas. No son mi tipo, te lo advierto... Así, agregó enrojeciendo otra vez, no habrá celos entre nosotros.

Y se rió, con una penosa risa de sarcasmo.

--La conocí en casa de las Aliaga, repitió Julio. No haría nada por encontrarme con ella, precisamente porque me impresionó mucho. Hay mujeres cuya idea nos subyuga como el destino... nos atraen, pero uno siente que la voluntad no debe intervenir para nada.

Volví a verla, en un teatro; estaba ella con varias amigas y no me vio. La observé atentamente. Había en toda su persona una armonía que no

fallaba por ningún detalle, y ese algo indeciso que  
fluctúa sobre la  
expresión de la cara y en el gesto y en la sonrisa  
y nos advierte la  
presencia de un ser femenino cuyo acercamiento nos  
lo haría  
infinitamente precioso. En el amor, Muñoz, hay cier  
to momento en que se  
nos revela el gran misterio... Esto sucede cuando n  
o nos arrastra la  
simple pasión, cuando nuestra alma, libre de la emb  
riaguez que turba, se  
para, por decirlo así, en el umbral de su propio am  
or. ¿Has leído "La  
Vita Nuova"? Dante la escribió sobre Beatriz, a la  
que siempre contempló  
desde el umbral de su gran amor idealista, y ella,  
antes y después que  
muriera, estuvo revelándole los misterios divinos.

--Por lo menos, murmuró Muñoz sardónicamente, un ma  
rido que se hubiese  
casado con tu Beatriz no tendría nada que temer.

Y sospechaba que la Beatriz de Julio era Adriana.

Ambos quedaron repentinamente callados, sin poder r  
eanudar la  
conversación. Julio se despidió.

Cuando Muñoz quedó solo, volvió a embargarle el pen  
samiento de Adriana y  
vio su imagen proyectarse, radiante, en el salón il  
uminado; junto a ella  
dos ojos saltones emergieron, temblorosamente, en u  
na cara afilada,  
fina... ¡la cara de Castilla!

Entonces, por cobardía, se esforzó para pensar en l  
os primeros tiempos  
de su amor, en la dicha de haberla conquistado, de  
haberse impuesto al

alma que miraba tan misteriosamente por aquellas pupilas circundadas de ligera sombra. Pero acaso ella no podía amarle, algo inconmensurable y oscuro había sin duda entre los dos. De pronto, la obsesión visionaria se reavivó, acercándose. Adriana adoptaba una expresión condolidada, pero irónica, irritante; los labios del otro sonrieron con la misma expresión. La silueta lánguida en el traje lila oscilaba suavemente; se soltaron los largos cabellos sobre la nieve de la espalda y el bello brazo desnudo se levantó, dulcemente; los labios del otro besaron en la blancura del hombro.

Muñoz temblaba, una nube oscureció violentamente las imágenes, se sacudió, habló en voz alta, para apartar de su alma los vestigios de la horrible alucinación. Quiso beber, pero se torcieron sus dedos, convulsivamente, sobre la copa diminuta, y el delgado cristal se quebró hiriéndole en la palma: la mano se agitó salpicando sangre.

## VI

A no haber Muñoz abandonado tan precipitadamente la casa de Charito, habría comprendido lo infundado de sus celos. Porque cuando Adriana advirtió que Castilla se tomaba tontamente la libertad de acariciarle la mano, en seguida, dejándole plantado en medio de la

sala, buscó a Muñoz.

Sin embargo, lejos de preocuparla que éste se hubiera marchado, sólo experimentó contra él un sentimiento de fastidio. Charito la llamó, consternada. Acababa de advertir, sospechando el motivo, la retirada de Muñoz. Era su amiga de confianza y profesaba por él un sentimiento que ella no hubiera podido definir: mezcla de cariño fraternal, de instintiva simpatía y de admiración. Le atribuía las mejores cualidades y no dejaba de recordar que había egresado de la Facultad de Derecho con las más altas clasificaciones de su curso. Charito, abandonando por algunos minutos al joven de la voz amaricada, tomó las manos de Adriana y la miró con expresión sorprendida.

--¿Por qué te portas así? Es un muchacho que te quiere con lealtad, con pasión. No es tan fácil encontrar un amor como el tuyo, tan verdadero, tan noble. Conozco muy bien a Muñoz y sé que no podrá soportar por mucho tiempo esas actitudes tuyas. Ya te vi con Castilla. Por más que Muñoz te ame, si tú le sigues poniendo a prueba de ese modo, un día te dejará. Con la muerte en el alma pero Muñoz te dejará.

Dijo con énfasis "la muerte en el alma" y aguardó una explicación. Pero Adriana miró a su amiga con cierta dulzura indiferente, de soslayo, y le prometió que en adelante sería más buena con Muñoz.

Charito González no era linda ni fea; sus ojos clar

os, más expresivos  
hubieran sido hermosos y muy elegante su silueta de  
ser ella más alta.  
En su modo y en su trato había esa ambigüedad y esa  
ausencia de carácter  
definido que parecían el fondo mismo de su persona.  
Vivía absorbida por  
el ambiente social, y para las fiestas de caridad e  
ra una secretaria  
activísima y no hallaba tiempo de cumplir con todos  
los compromisos que  
se imponía. Adriana tenía de ella una impresión sem  
ejante a la que le  
sugerían las personas de la familia de su tío Ernes  
to Molina: que  
carecía, en cierto modo, de verdadera alma. Pero cu  
ltivaba su amistad  
comprendiendo que en todo momento podría confiar en  
los buenos oficios  
de su discreción y de su bondad.

Ahora la divertía el tono afectado con que le repro  
chaba sus  
inconsecuencias con Muñoz.

--¿Me prometes--insistía--ser leal, quererle de ver  
dad, prodigar en este  
amor tu corazón?

--Te prometo--respondió Adriana imitando su énfasis  
--no traicionarle  
jamás, prodigarle mi corazón.

Durante el resto de la velada se aburrió como nunca  
.

Al día siguiente fue a casa de las Aliaga. La acogi  
eron con una alegría  
más abierta y cariñosa que la vez anterior y se man  
ifestaron  
sorprendidas de que no hubiese vuelto antes. Alguno  
s minutos después,

continuando una conversación empezada cuando ella se presentó, la pusieron en antecedentes de un íntimo asunto de familia y la consultaron como si fuese la persona de más confianza y más allegada a la casa. Después Carmen, la menor, la llevó a su cuarto y le mostró, con mucho misterio, un diario de su vida que había comenzado a escribir.

--Tú eres la única que podrá leerlo, le dijo como encantada de su idea. Ellas ni siquiera saben que lo escribo. La que tiene un diario ya muy largo es Laura. Algún día que ella se descuide lo robamos y lo leemos juntas. Como a ella le han pasado muchas más cosas que a mí, y ha tenido una pasión y estuvo de novia...

Dijo esto con cierto aire de pesar, como envidiosa de Laura.

Carmen tenía unos veinte años, pero por ciertos modos ingenuos y por algo de frágil que en toda su persona había, aparentaba diez y seis. El color de las mejillas y de los labios parecía más vivo por la blancura mate de la cara y de las manos. Alguna asimetría de la frente se anegaba en el esplendor de los grandes ojos grises, que daban la impresión de ser negros, por la anchura de las pupilas. Esta belleza de los ojos era un rasgo que tenía de común con sus hermanas, como asimismo la extraordinaria y continua intensidad de la mirada, llena de alma.

Las Aliaga conocían muchos libros que Adriana había

leído, se asemejaban  
a ella en ideas y modos de ver, deliraban por verso  
s de amor y  
comentaban con sutileza las novelas francesas y rus  
as que les traía  
Julio. Parecían, por las conversaciones que solían  
tener acerca de las  
heroínas desdichadas, que ellas mismas hubiesen que  
rido de alguna manera  
acompañarlas en la peregrinación de sus desventuras  
ideales. Había en  
ellas una sensibilidad extrema, y por afortunada de  
spreocupación, no  
habían adquirido esa cultura literaria artificial,  
buscada, que  
generalmente falsea y con frecuencia anula en la mu  
jer el tacto  
artístico. Por eso podían amar con naturalidad el e  
stilo de ciertos  
autores y preferirlos a otros sin obedecer a sugest  
ión alguna. Un  
hermoso libro, a veces una sola página escrita con  
gracia, les daba  
ensueño para muchos días.

Adriana sentía el contraste profundo de esta casa c  
on el ambiente sin  
espíritu que había, por ejemplo, en la de Charito G  
onzález o de su tío  
Ernesto Molina. Sin embargo, una parte del misterio  
que en su  
imaginación había circundado a las Aliaga, se fue a  
clarando, como los  
contornos de una figura que parece fantástica en la  
penumbra y luego a  
la plena luz cobra una realidad más simple.

Acaso la más linda era Laura. Unía la sensibilidad  
excesiva a cierta  
actitud de calma inalterable. Tenía un modo muy par  
ticular de distraerse  
súbitamente de la conversación, para quedarse miran

do en el vacío; pero  
no con la expresión ambigua de todo el mundo, porqu  
e bajando la cabeza,  
sin bajar la mirada, el negro de las anchas pupilas  
se confundía con el  
negro de las pestañas, y entonces aquella mirada fi  
ja adquiría una  
profundidad llena indefiniblemente de tristeza. Adr  
iana se acercaba a  
ella, solícita, y acariciándola y jugando con sus c  
abellos la  
interrogaba bruscamente, como para descubrir por so  
rpresa el secreto de  
sus pensamientos:

--¿En qué pensabas? ¡Dímelo, por favor!

Pero Laura, respondiendo sin hablar a sus caricias,  
sonreía con una  
dulce tranquilidad.

Se formó entre ambas una amistad delicada, estrecha  
, y sin embargo  
llena, en muchos puntos, de reserva. Ni la una ni l  
a otra llegaban a la  
confidencia. Y mutuamente se perdonaban y hasta se  
agradecían esta  
reserva. A veces, después de alguna reflexión hecha  
al azar sobre la  
dificultad de hallar en la vida la felicidad del am  
or o sobre la  
grosería con que lo concebían los hombres, se deten  
ían en el punto mismo  
de abrirse el corazón.

Adriana experimentaba, por primera vez, el sentimie  
nto apasionado de la  
amistad. Laura la besaba como a una hermana y le en  
señaba imágenes de  
santos bordadas en seda por ella. Sobre la cabecera  
de su cama colgaba  
un crucifijo labrado en marfil. Había en la habitac



ión dos cuadros cuyo  
asunto era triste. Uno de ellos, titulado "L'Oublié  
e", figuraba dos  
amantes que se besaban cerrando los ojos mientras l  
a muerte, un fantasma  
vago, invisible para ellos, se acercaba a contempla  
rles. Y en el otro  
cuadro, la pobre amante ya estaba de rodillas sobre  
la tumba y alzaba la  
cara mirando al cielo con sus grandes ojos claros,  
que por el exceso de  
la pena casi no tenían expresión.

Carmen se demostraba celosa de aquella amistad e in  
terrumpía las  
pláticas de Adriana y Laura protestando:

--Hemos tenido la dicha de encontrar este encanto d  
e amiga y tú te la  
quieres acaparar como si fuese únicamente tuya. Y c  
omenzaba a charlar  
alegremente o traían un cuaderno en que había copia  
do versos, algunos en  
francés, y éstos ella exigía que los leyese Adriana  
, porque los decía  
con una admirable pronunciación.

Generalmente las Aliaga charlaban con volubilidad,  
proyectaban viajes,  
sin propósito ninguno de realizarlos y se daban bro  
mas con jóvenes a  
quienes no veían desde largos años atrás.

Pero aquella superficialidad era ficticia, una deli  
cada apariencia con  
la cual revestían, por un raro pudor, la profundida  
d y la inquietud de  
sus almas. Y así como Adriana misma, mientras habla  
ban y reían con  
ligera locuacidad sobre temas con frecuencia pueril  
es, soñaban  
interiormente sus cosas ideales; y como ella, tambi

én, vivían sin dejar  
transparentar el mundo de imágenes amorosas y de su  
aves ideas que las  
encantaban en la cotidiana meditación.

Alguna vez, cuando atardecía, abrían los balcones,  
que daban sobre la  
Avenida Quintana. Adriana se abandonaba a la dulzur  
a de quedarse allí,  
anegada en sus propias ideas y en la vaga contempla  
ción de esta calle  
solitaria, retraída del rumoreo cosmopolita con su  
elegante edificación  
de cerrados palacetes. Al extremo de la Avenida, el  
jardín de la  
Recoleta iba igualando los tonos oscuros de su arbo  
leda tropical; y por  
encima, cerrando la perspectiva en la entrada del c  
ementerio, la iglesia  
del Pilar, pequeña, simple, con algo de atónito en  
su distante  
apariencia: vieja capilla que la ciudad colonial de  
saparecida había  
dejado allí disimulada en la humildad de su encanto  
.

Adquiría todo esto tanta belleza muriendo la tarde  
y bajo el oro del  
otoño, que se ponían ellas pensativas. Adriana, ans  
iosa de amor,  
imaginaba idilios con Julio.

Entraban luego, cerraban las persianas y encendían  
las luces. Había en  
la gran sala un ambiente de intimidad y una eleganc  
ia sutil: el  
decorado, los tapices de tonos oscuros, los muebles  
severos y el  
conjunto de los pequeños objetos de adorno, se cara  
cterizaban por una  
singular ausencia de cualquier detalle demasiado ll  
amativo u ostentoso.

Reinaba allí, como en toda la casa, una especie de suntuosidad sin lujo, traída naturalmente a través del tiempo y sometida al espíritu de sus moradores. Cosas de épocas diversas se avenían entre ellas con una gracia original. El arte antiguo de los pesados jarrones de cobre preciosamente trabajado, que figuraban dragones fantásticos sobre la chimenea de mármol negro, no parecía contradecirse con el arte ligero de una lámpara moderna que difundía, suavemente atenuada por el moaré de la pantalla, la luz de la bombilla eléctrica oculta en el esbelto pie de alabastro.

En una vitrina, grandes abanicos abiertos evocaban modas desaparecidas y transmitían la sensación encantada de los años en que se habían usado: algunos, enormes, estaban hechos con blanca pluma de garza sobre varillas de ébano; en otros era el plumaje negro y contrastaba pomposamente con el labrado marfil; y en los menos antiguos, alguna escena de pastores se pintaba sobre la indecisión de la seda ajada. Encima de la mesita de caoba cuyos bordes afiligranaba una incrustación de nácar, había un grueso álbum de retratos con el terciopelo de las tapas ya gastado, como felpa de viejo bargueño. La mayoría de los retratos se habían descolorido; en algunos apenas era posible distinguir otra cosa que el espectro de la imagen. La fotografía de la primera página era más reciente y en ella resplandecía, con el fino tipo de las

Aliaga, una maravillosa cara de mujer, la madre de ellas. Más que su noble belleza, impresionaba el alma de los ojos, profunda, dulce, y su expresión singularmente parecida a la de Laura.

Este retrato ejercía sobre Adriana una especie de fascinación. Solía largamente contemplarlo. Entonces Zoraida o Carmen, con cierta suave violencia, se lo quitaban.

--¿Por qué? les preguntaba sorprendida.

Ellas callaban, mirándose.

Zoraida, que era música, solía sentarse al piano y ejecutaba con maestría motivos de Chopin o de Beethoven. A veces lo hacía como jugando, interrumpiéndose a cada rato por seguir la conversación de sus hermanas. Pero con frecuencia, exaltándosele la expresión del semblante, la idea musical la arrebatava. Entonces las otras enmudecían. Carmen, arrodillándose junto a Zoraida, la miraba con atención ingenua, y después, hacia las últimas notas, se oprimía el corazón y suspiraba sonriendo.

Por confidencias de Carmen, supo Adriana muchas cosas relativas a Zoraida, que la afirmaron en la suposición de que ésta, realmente, había sido objeto de la imposible pasión y causa del suicidio de su padre. En la infancia Zoraida se había formado un propósito tenaz: ser monja. Al principio eso fue motivo de broma en la casa y más cuando ella rompió

sus muñecas para demostrar despego por los afectos del mundo. Tuvo luego, ya desde los catorce años, festejantes que la adoraron; a todos les rechazó. Inútilmente su padre, que aun vivía, resolvió sacarla del internado, donde seguramente alguna monja le había inculcado aquella idea mística tan singular en una criatura de su edad. Ella declaraba que su vocación era el convento adonde tarde o temprano iría para conformarse a los deseos de Dios que la llamaba. Más adelante comunicó tal propósito a su director espiritual, que la felicitó; también hizo voto de castidad y ya no quiso ocuparse sino de los trabajos que se impusiera como Hija de María. Cuando su padre murió, Zoraida cumplía diez y siete años; su decisión se hizo más ardiente que nunca. Fue preciso que Eduardo interviniera acerca del confesor. Este un día le declaró seriamente que debía obedecer a su madre. Zoraida, decepcionada, recurrió directamente a la superiora de las Salesas, quien la aconsejó de acuerdo con el sacerdote. Entonces su naturaleza extremosa se sublevó. Juró que abandonaría toda tarea religiosa, que no pisaría más el confesonario y que hasta dejaría de ir a misa.

--Y ese juramento--añadió Carmen--lo ha cumplido. Nunca siquiera nos acompaña a misa los domingos. ¡Qué raro! Ella dice, ahora, que para comunicarse con Dios no es necesario ir a persignarse en la iglesia delante de todo el mundo.

--¿Y tuvo más festejantes? preguntó Adriana.

--Sí, varios. Pero los despreció a todos. Cuando murió mamá, es claro, ella era la mayor y tomó el cuidado de la casa. Y oye...

Enmudeció repentinamente ante Zoraida que vino a sentarse junto a ellas.

--No sirves para disimular, Camucha. En la cara te adivino que le hablabas de mí--dijo acariciándola.--¡Indiscreta! Le habrás contado mi manía de ser monja.

Carmen, muy colorada, no atinó a defenderse.

--Pero no se lo creas todo, Adriana. Camucha es demasiado novelera. Aquello fue más bien fantasía de chica. Una verdadera vocación no se me habría pasado con la muerte de mamá, ni con los disgustos que se juntaron encima.

Y procuró convencerla de que aquello había sido una pura ingenuidad, un idealismo, por el pensamiento de que fuera de Dios nadie podría enamorarla nunca. Por otra parte el amor--ella estaba segura--sólo hubiera venido para su perdición.

Un día conversaron acerca de Julio, y Adriana escuchó sin perder palabra.

Carmen extrañaba de que nunca le hubieran conocido ellas ningún amor.

--No hay mujeres para Julio, murmuró Laura.

--Sería raro que no tuviera alguna pasión por ahí, añadió Zoraida.

Carmen protestó con tono de reproche:

--¡Raro! ¿Y acaso nosotras no nos parecemos a él? ; Pensar que lo pasamos aquí tan escondidas y como olvidándonos de vivir! ; Quieres creer, Adriana, que Zoraida nos está contagiando su enemistad hacia el mundo? Como no ha podido entrar de monja quiere hacer de esta casa su convento. Ya ni por motivos de caridad nos relacionamos con nadie. Días pasados vinieron a verla varias señoras, para pedirle que formara parte de una comisión de beneficencia. No lo consiguieron. A mí, el año pasado, me dejaron una alcancía para la colecta del 2 de Octubre. Has de creer que no tuve ocasión de pedirle su contribución a nadie. Y para no quedar mal nos vimos obligadas a reunir cada día todas las monedas que había en la casa, y registrarle los bolsillos a Eduardo, hasta conseguir poco a poco llenarla. Pero lo más grave es, para mí, que viviendo en esta forma una no tiene oportunidad de conocer mozos y hallar alguno a quien querer.

Y Carmen, con un modo ingenuamente lánguido, apoyó la mejilla en la palma de la mano abierta, y bajo la frente algo asimétrica sus hermosos ojos grises tomaron una expresión vaga; en la sombra de su meditación, miraba sonreír una cara que en la realidad no había visto nunca.

--Por mi parte, suspiró Zoraida, todos los días pido a Dios que no me traiga la ocasión de enamorarme. Laura intervino.

--¡Siempre tu misma manía!

--Con esas ideas extrañas--añadió Carmen--todas debemos hacer lo posible para quedarnos solteras.

--El amor, para nosotras, sólo puede venir como una desgracia, replicó Zoraida. Y la voz le temblaba.

Un día Adriana preguntó por Julio.

--¡Está aquí! exclamó Carmen. Lo dejamos arriba, con abuelita, cuando tú llegaste.

--Le pidió abuelita que tomara el te con ella, agregó Zoraida, y allí está Laura también. ¿Te has fijado, Camucha, con qué atención le escucha Laura, cuando él habla?... Es una suerte. Así, poco a poco, me irá perdonando...

--No, ella no se olvida de José Luis, ella piensa que José Luis hubiera sido el amor de su vida, repuso Carmen. No te puede perdonar.

Adriana, preocupada deliciosamente por la idea de que Julio estaba en la casa y que lo vería de un momento a otro, no fijó su atención en aquella frase de Carmen. Puso todos los sentidos en sorprender, sobre la cara de Julio, cuando bajara, la impresión que le haría volverla a ver.



Sorprendió una expresión de júbilo, y en seguida una contradictoria mirada de tristeza. Con él bajaba Laura. Esta se adelantó y la besó en los ojos.

--Al fin se han vuelto a encontrar, después de un año, murmuró.

Se habló de música y de novelas. Laura, que no dejó un instante de observar a Julio, suspiró, volvió a besarla.

--Se me ocurre que ya te quiere, le dijo al oído.

Pero Adriana no podía escucharla. Miraba a Julio con los ojos un poco atónitos y sonreía con su sonrisa ligera.

## VII

Pensó que una influencia oculta atraía sobre su vida el amor, aquel mismo amor que un año antes había visto brillar en los ojos de Julio.

Pero ahora este pensamiento no asociaba la dicha y tampoco la antigua esperanza. Volvió a verle y nada ocurrió. Una gran inquietud la invadía. Cuando él hablaba, fingía distraerse, le dejaba conversando con Zoraida y llevándose a Laura al otro extremo del salón, se ponían a hojear el álbum de los retratos abierto sobre la falda de ambas. Sentía, sin saber por qué, la necesidad de mostrarle indiferencia. Sin embargo, no

advertía en Julio señal alguna de que esta actitud le afectara. "Hoy se ha marchado--pensaba--sin saber a qué atenerse con respecto a mí... Desgraciadamente, yo estoy en el mismo caso"... Y comenzaba a dudar de la pasión presentida. ¿O andaría él tal vez enamorado de Laura...?

Julio no era el mismo que reapareciera tantas veces en su memoria; su recuerda había sin duda trabajado los rasgos de aquella cara, sus gestos, sus actitudes mismas, prestándoles una indicación que no tenían, ahora, aquella frente tan recta desde la raíz de los cabellos hasta el arco de las cejas, y aquellos ojos que solían quedarse mirándola, durante un rato largo, con naturalidad. Era otra cosa, también, su manera de entrar, decir saludando algunas palabras distraídas, y luego, sentándose con las manos en los bolsillos, quedarse pensativo y como si estuviese completamente solo. Adriana se preguntaba por qué no había ya, entre él y ella, la locuacidad amable de la tarde que se habían conocido. A veces una frase de Julio parecía, sin embargo, buscar la intimidad y la confianza; algo invisible la impulsaba entonces, más que nunca, a burlar la adivinada intención. Burlarle aunque tal victoria le costase la felicidad de su vida. Y no se explicaba a sí misma la razón oscura de este deseo. Porque sufría al pensar que él pudiera sufrir.

A medida que le iba conociendo más, menos podía substraherse a un

sentimiento de ternura entrañable y más doloroso le era fingir la vaga despreocupación.

--Cuando tú estás, le decía Carmen, Julio apenas conversaba, lo mismo que tú. ¡Ah, si pudieras oírle cuando se anima y cuenta el argumento de alguna comedia o habla de cosas ideales! ¡Con qué atención nos quedamos escuchándole y deseando que no termine nunca! Engaña mucho esa frialdad que tú le ves. Es nuestro mejor amigo, nuestro único amigo, porque a los muchachos parientes que suelen venir, ni los tenemos en cuenta. ¡Julio nos entiende tanto! ¿Quieres creer que yo, a él, le confesaría lo que ni a Laura ni a Zoraida podría decirles nunca?

Y estas noticias embargaban completamente la imaginación de Adriana.

También Laura solía hablarle de Julio, cuando estaban solas, y sus elogiosas referencias coincidían con la opinión íntima que de él se había formado Adriana.

Un día Julio pareció transformarse en un hombre que no era el Julio habitual. Sentado junto a ella mientras Zoraida, en el piano, ejecutaba una sonata, interrumpió de pronto la conversación que sostenían sobre un tema trivial, para preguntarle, con una voz humilde, si acaso tenía contra él algún motivo de resentimiento.

Adriana le miró con asombro. Aquel dejo humilde y aquella cierta inoportunidad ingenua de la pregunta, debían quedar

le murmurando como  
una dulzura en la memoria. Le pareció adivinar inst  
antáneamente toda el  
alma de Julio.

--¿Yo resentida con usted?... ¡Oh, no, no!

--Es una pena.

--¿Una pena que yo no esté resentida con usted? Exp  
líqueme, Julio.

--Es tan difícil explicar... Ciertas ideas, las más  
íntimas, no podrían  
expresarse sino por un esquema pueril. Por eso la m  
elancolía de  
conversar con alguien que podría comprender lo que  
por desgracia no  
sabemos explicar: vamos deplorando, al cabo de cada  
frase, que lo  
realmente significativo de la idea se quedó en el c  
orazón.

--Pero en fin: ¿usted preferiría que yo estuviese d  
isgustada? Por favor,  
dígamelo así en esquema.

--Sí, preferiría eso, para poder atribuir su resent  
imiento a una mala  
inteligencia; en cambio, ahora ya conozco que su fr  
ialdad sólo viene del  
ningún deseo de reanudar aquella amistad de algunos  
minutos, cuando nos  
encontramos aquí hace un año, amistad que sólo en l  
a imaginación mía  
pudo seguir persistiendo.

Adriana, para demostrarle que tampoco ella había pu  
esto nada en olvido,  
le repitió algunas palabras que dijera Julio en aqu  
ella ocasión. Y se  
maravillaba de su propia sinceridad.

--¿Sabe usted, agregó, que me dejó sorprendida la seguridad suya cuando se puso a imaginar el elogio de mi alma?

Y le pareció advertir de nuevo, como entonces, que brillaba el amor en la mirada de Julio. Pero ambos callaron, suspensos de la música de Zoraida, que se hallaba en uno de sus momentos de exaltación.

El motivo de Beethoven jugaba con cierta gracia infantil, sus frases líricas parecían caminar sobre el teclado, frescas, ligeras, y acariciaban el oído sin despertar inquietud. Después las notas se precipitaban, límpidas, luminosas, con algo de ansiedad, y en el aire se iba formando una idea musical, pura, serena y como desasida de su mismo origen sonoro. Las límpidas notas, súbitamente contenidas, tornaban en dulce murmullo. Ahora el motivo era un alma, con la palpitación del ritmo pugnaba por subir, vacilante, a las regiones inefables. Se agitaba su vuelo en las alturas, como una alondra. Y por momentos, en la poderosa dilatación del sonido radiante, parecía a punto de alcanzar el júbilo de una maravillosa revelación.

Pero luego las notas decaían, las bellas frases se enlazaban más lánguidas, la imagen de la dicha moría en un radio de sombra, y ya sólo podía oírse la tierna resignación del amor vencido ante la irremediable lejanía de su ideal ultraterreno.

De pronto, en medio de su tristeza, el mismo motivo musical se reavivaba, con la gracia de un hermoso niño que despierta olvidado de la causa que acababa de adormirle llorando; y volvía a su encanto de las primeras notas, ágiles, ligeras, para luego agitar de nuevo en el ritmo sus alas de esperanza. Y otra vez el alma de la idea lírica ascendía cantando, como una alondra.

Cuando terminó la sonata, ambos quedaron un rato en silencio, oprimidos por ese inexplicable deseo que la música infunde, de una dicha excesiva, superior a la condición humana. Ella echó sobre Julio una rápida mirada; estaba un poco pálido y tenía los ojos húmedos, absortos en ella; sus palabras, al reanudar la conversación, tomaron el tono humilde.

En esto apareció Laura. Al verles hizo un vago gesto, como si hubiese querido retroceder. Pero Adriana se levantó, fue hacia ella, rápidamente, y le oprimió las manos tanto que Laura contuvo un grito. Entonces, con actitud de azoramiento y de lástima, besó una y otra vez aquellas manos, sin alzar los ojos. Daba las espaldas a Julio y seguía sintiendo sus palabras humildes penetrarle en el alma como una larga caricia.

En esa misma semana tan llena de emociones, volvió a la estancia de su tío para buscar a su madre, que decidió instalarse definitivamente en la ciudad. Fue por la mañana y pasó el día con sus parientes. La notaron cambiada, muy abstraída. No tuvo "rarezas", no contradijo a nadie y rezó con su tía en el oratorio.

Sus dos primas la observaban, mirándose luego con cierto aire de asombro, como si esta nueva manera de ser tuviese también su punto censurable. A Fernando, que de allí a poco debía emprender un viaje a Europa, le habló en tono afectuoso, pidiéndole no dejara de escribir con frecuencia, y ayudó a su madre, muy solícita, en el arreglo del equipaje. Su tío relataba anécdotas sobre un político de gran actuación fallecido el día anterior.

--Yo lo traté mucho--decía--y pocas personas he conocido tan finas y tan amables. Ya pocos hombres quedan como esos, en el país. Era tan atento que le pasaban cosas curiosas. Ahora ustedes van a ver, les voy a contar. (Hizo su larga pausa de costumbre, el dedo pulgar de una mano en la abertura del chaleco, la otra mano apoyada de través en la rodilla). Un día, él entonces era ministro, estaba yo en su despacho, con otros amigos, cuando entró, después de anunciarse, un jovencito provinciano, muy tímido, con una carta de recomendación. El ministro le tomó la

carta, la leyó, le prometió un empleo. Después, por halagarle, se puso a conversar un rato con él. "Yo era muy amigo de su papá--le dijo--persona muy distinguida, por cierto, y cuando murió hube de hablar en su entierro". Esto no era verdad, lo decía de puro amable. El jovencito, naturalmente, se sorprendió. "Señor, mi padre no murió aquí, sino en Montevideo", "Ah, tiene usted razón,--contestó el ministro--en Montevideo, sí, lo recuerdo muy bien, por eso no hablé".

Adriana fingía atender las crónicas de su tío. Pero sus pensamientos volaban a casa de las Aliaga. Predominaba en ella la inquietud, su anhelo se perdía en presentimientos confusos, su espíritu se transformaba en un sentido ideal. Con Julio, este muchacho que ella había tratado apenas, no hubiese empleado nunca sus fáciles y comunes recursos de seducción y le aterraba la sola idea de que él pudiera interpretar como coquetería alguna actitud suya.

Al caer la tarde, un break las llevó a la estación del pueblecito cercano a la estancia. Las primas se despidieron. Adriana, distraída, se dejó besar en las mejillas.

Cuando hubo arrancado el tren, corrió la ventanilla, para evitar el aire frío, y al través del cristal, que se humedecía con su aliento, se puso a mirar el paisaje. La inacabable llanura verde comenzaba a cubrirse con un ligero esplendor de oro. Hileras de álamos surgi



an y se precipitaban  
al paso del tren. Se desteñía el cielo como un inme  
nso lavado de  
acuarela, dejando abajo, en su límite con la tierra  
, una cinta de vapor  
azul. El sol, descendiendo, ofuscó los ojos de Adri  
ana con sus largas  
flechas amarillas, que se volcaban brillando a cada  
ondulación de la  
campaña. A trechos giraba lentamente, muy distante,  
la azotea roja de un  
chalet; y su ventana, bajo el triángulo de tejas, f  
ulguraba como una  
planchuela de oro. El sol se dilató; era una gran a  
scua redonda que  
perforaba la cinta de bruma azul. Un gajo de arbust  
o seco, sobre la  
llanura, cruzó por el disco como un arabesco de tin  
ta. Arriba en la  
inmensidad lívida, una pequeña nube, un encaje de l  
uz rosada y pura, se  
irisaba como una maravillosa concha de nácar.

Del alma de Adriana huían los pensamientos mezquino  
s y sus ojos se  
abismaron en la tristeza del firmamento pálido. Las  
cosas pasadas en  
aquellos días surgieron como fantasmas que bailaban  
precipitadamente en  
el sitio donde había desaparecido el sol. Su defini  
tivo rompimiento con  
Muñoz, las Aliaga, Julio Lagos, y aquel inesperado  
diálogo interrumpido  
por Laura...

Quiso arrancarse a esta gran inquietud del presente  
y penetrar en el  
recuerdo de los años de su infancia. Pero la sintió  
lejos,  
inconmensurablemente lejos. Parecía escapar como un  
a crisálida  
convertida en mariposa inmaterial, que volara por u

n mundo

irremisiblemente perdido para su corazón. Contempló su propia silueta infantil diseñada como una figura de relieve cubierta de polvo en su recuerdo. Y vio también a Raquel, de seis años, otra figura, otro relieve cubierto de polvo; Raquel vestida de negro, con dos hilos de lágrimas en las mejillas rojas. Adriana le pegaba por una rivalidad pueril. Estaban solas en el patio de la casa y junto a la habitación donde el padre muriera algunos meses antes. Raquel, agachada bajo los golpes de Adriana, abría un medallón que llevaba al cuello con el retrato de su padre y exclamaba sollozando: "Para que papá vea lo que tú haces". Después, sobrecogida, se echaba a correr, seguida de Adriana y cubriéndose la cabeza con las manecitas abiertas. Pero Adriana ya no corría para pegarle, sino enloquecida de súbita piedad. Y llegando las dos a un corredor oscuro, se abrazaron con ímpetu, consternadas hasta el llanto por aquella penosa evocación de la sombra paterna. Entrecerrando los ojos, apoyó la frente contra el frío cristal de la ventanilla. Y entonces, en aquella profunda lontananza, las dos criaturas se desenlazaron y la miraron a ella con los ojos llorosos, fijamente. Inclinandose juntas, se secaron las lágrimas con el ruedo del vestidito negro. Y volvieron a mirarla, más adustas, Raquel con sus claros ojos verdes, Adriana con sus ojos negros, con sus ojos negros y asombrados. ¿Asombrados por qué? Una amargura indecible pasó po

r el alma de Adriana.  
La visión se borró.

Y quiso recordar otros años aun más lejanos. Sin duda tuvo entonces un geniecito encantador y alegre; esto se lo decía un retrato suyo en que aparecía una chiquilla regordeta, graciosísima, que inclinando la cabeza con malicia, adelantaba un piececito y escondía las manos tras la espalda.

Había también una primera luz de amor en su infancia indecisa: Roberto, muchacho paliducho que jugara con ella y que por juego fue su amante infantil. A los once años entró ella en el internado religioso y no le vio más. Porque a poco él moría en las sierras de Córdoba. Su imagen, después, se le presentó siempre circundada de fría penumbra, entre los pliegues de un sudario, mirándola con sus ojos inteligentes, tristes, velados de sombra mortal. Adriana, para avivar la sugestión de este recuerdo, solía leer aquel poema francés en que un amante muerto sale melancólicamente de la tumba, llama a la habitación de su amada y murmurándole palabras de lúgubre ternura, la lleva consigo al cementerio.

Y ahora, con aquella meditación de crepúsculo, junto a su madre silenciosa y recogida también en sus recuerdos, se puso a musitar el primer verso del poema:

"Pourquoi pleures-tu petite Christine?"

Imaginó ser ella misma, en la media noche de invierno, la heroína del poema, y repetía sus tristes y tiernas palabras:

"Mon fiancé dort sous la noire terre,  
Dans la froide tombe il rêve de nous.  
Laissez-moi pleurer, ma peine est amère,  
Laissez-moi gémir et veiller, ma mère,  
Les pleurs me sont doux".

Y al recordar los versos que seguían, la escena descrita se destacó vivamente en la penumbra de su ensueño:

"La mère repose et Christine pleure,  
Immobile auprès de l'âtre noirci.  
Au long tintement de la douzième heure,  
Un doigt léger frappe à l'humble demeure:  
Qui donc vient ici?"

Y afuera la voz del amado:

"Tire le verrou, Christine, ouvre vite:  
C'est ton jeune ami, c'est ton fiancé.  
Un suaire étroit à peine m'abrite;  
J'ai quitté pour toi, ma chère petite,  
Mon tombeau glacé."

Adriana sintió suspirando y con una secreta exaltación de júbilo que dos lágrimas le ardían bajo los párpados:

"Oh mon fiancé, souffres-tu, dit elle,  
Quand le vent d'hiver gémit dans le bois,  
Quand la froide pluie aux tombeaux ruisselle?  
Pauvre ami couché dans l'ombre éternelle,  
Entends-tu ma voix?"

Su júbilo se hizo ardiente como un delirio. Y en las estrofas finales del poema, todo su corazón acompañaba el arranque d

e fidelidad

apasionada que hace exclamar a la joven, cuando su  
amado intenta volver  
solitario a la tumba:

"Non! je t'ai donné ma foi virginale,  
Pour me suivre aussi, ne mourrais tu pas?  
Non! je veux dormir ma nuit nuptiale,  
Blanche, à tes côtés, sous la lune pâle,  
Morte entre tes bras!

En aquel momento su madre empezó a hablar para hacerle reproches, en una  
letanía lamentable. Estaba inmóvil, con las manos entrelazadas y los  
ojos aflijidos y fijos. La luz del crepúsculo esfumaba su cara y su pelo  
en una tonalidad rojiza. Adriana la escuchaba como entre sueños; y  
perdida en la remota nostalgia se repetía las palabras dolientes del  
poema. Y no era ya su novio infantil, sino Julio Lagos el amante que en  
su visión interior bajaba con ella al sepulcro, besándola sobre los  
ojos; y entre la masa negra de los cipreses, huía el sudario del otro.

De pronto, en una brusca caída a la realidad, la sacudió el traqueteo y  
el ruido más fuerte del tren. Un "rápido" pasó por la vía paralela  
disparando un silbato estridente; y la mancha momentánea de los coches  
osciló en la penumbra del paisaje rayándolo confusamente. Ahora era un  
paisaje sombrío, todas las cosas exaltaban sus formas como una  
fantasmagoría. Techos y árboles sobrenadaban en la indecisión de la  
llanura. Una lucecilla, muy lejos, se encendió temblando como insecto de

oro. La ciudad ya próxima comenzó a surgir. Su visión se dilató. Bóvedas y torrecillas paralelas crecían, parecían moverse, lentamente, hacia el vuelo jadeante del tren. Algunas casuchas del suburbio, como emboscadas junto a la vía, asomaban rápidamente, y cada una, al pasar, parecía volcarse en la penumbra. El tren corría a la altura de los tejados ceñidos contra el paso a nivel. Talleres aun humeantes y ranchos de pobrerío se diseminaban confusamente, y todo formaba una perspectiva sórdida y ruin. Sobre aquel montón fugitivo de cosas informes y de vida precaria, todo miserablemente pegado a la tierra, flotaba como una armonía la magnificencia triste del ocaso, derramando sombra y paz.

El tren penetró vertiginosamente en el arrabal, haciendo temblar el viaducto. De pronto su marcha detuvo la precipitación jadeante: atravesaba el Riachuelo. Adriana quedó estupefacta. Había cruzado el puente en pleno día, sobre aguas verdosas salpicadas de desperdicios, entre sucias embarcaciones atracadas a los malecones rotos. Ahora le pareció pasar por sobre una enorme sierpe de púrpura deslumbrante, que bajo el crepúsculo se prolongaba, entre dos orillas de negrura fantástica, y sorbía en el horizonte la luz de sangre.

Por encima del arrabal aparecía aún, más allá del caserío confuso que el tren dejaba atrás, la llanura de sombra violácea; y una iglesia lejana

se diseñó como una miniatura gótica estampada en el cielo pálido; Adriana creyó oír algunos toques de la campana, llegando hasta ella en una vibración imperceptible, moribunda, y sin embargo penetrante en su música como una dulcísima queja. Involuntariamente juntó las manos. Un gran deseo de purificación la dominó; y en este generoso arranque que subía desde lo más íntimo de su alma, como un mar de ternura, reconoció una semejanza con la irradiación suntuosa y triste que derramaba el cielo sobre las deformidades viles de la tierra, reflejando la visión de aquella luminosa sierpe de púrpura que había pasado como un prodigio bajo sus ojos atónitos.

La humilde iglesia lejana, flotando en la sombra violácea, parecía hacer a su alma una seña inmóvil. Adriana hubiese querido volar hacia ella, arrodillarse en la penumbra más vaga de su nave pequeña y llorar a solas, indefinidamente, bajo las luces encendidas en los cirios.

## IX

Subieron a la habitación de la abuelita, en seguida de comer. La anciana hizo señas a Adriana de acercarse y sus dedos largos y viejos le acariciaron los cabellos. Había una extrema suavidad en su modo y en toda su persona; la tranquilidad profunda del rostro

o traía el vago  
resplandor de una belleza apagada por el tiempo.

Ya no salía de la habitación, a causa de la parálisis, y por lo común se absorbía completamente en la reminiscencia de las cosas pasadas; para ella se reducía a sus nietas todo el pálido presente.

Eran de otra época los muebles que la acompañaban, la suntuosa y maciza cómoda de manijas talladas, los sillones altos como sitiales; de otra época los grandes marcos de un oro ya sin brillo: en las telas agrietadas, los rasgos expresivos de las caras habían comenzado a borrarse, y la sonrisa de estas caras, alguna llena de hermosa juventud bajo lo anticuado del atavío, parecía velada de pesadumbre, como por la conciencia larga de la muerte.

La anciana le preguntó por su madre y sus hermanas, y luego, evocando poco a poco sucesos que se referían a la familia de Adriana:

--Yo lo apreciaba mucho a tu bisabuelo, tu bisabuelo por la rama de tu madre; me festejó en un tiempo.

La expresión de sus ojos, bajo la frente placidísima, se anegó en el recuerdo. Y refirió el caso con sencillez casi infantil, repitiendo las frases que le habían murmurado, más de medio siglo antes, en una fina declaración de amor, que su memoria resucitaba con la imaginación del salón lejano, las figuras ceremoniosas del minué, s



u propia linda imagen  
de muchacha vista de soslayo en los altos espejos,  
y ya indecisos, como  
en una sombra, los gestos galantes de sus amigos de  
saparecidos.

Las Aliaga oían sus palabras con una suerte de avid  
ez febril. Rara vez  
ocurría que así se pusiera a contar historias de su  
tiempo; la vejez  
avanzada había atenuado mucho su sensibilidad, le h  
abía comunicado una  
especie de indiferencia para todas las cosas, y tam  
bién para sí misma,  
porque hablaba de morirse sin que tal idea despierta  
se en ella zozobra  
alguna. Pero esa noche, los recuerdos la iban como  
galvanizando.

--Y yo no sé por qué tu bisabuelo no me gustaba par  
a marido. Entonces él  
se casó con Josefina Chaves, la abuela de tu mamá;  
era también muy  
bonita y nada celosa; ella misma nos daba bromas, a  
su marido y a mí,  
cuando se acordaba de aquellos festejos. Sí, y él s  
e quedaba callado.  
Sabía disimular muy bien.

Y el rostro de la anciana sonreía con expresión de  
dichosa ingenuidad  
senil.

--Tomaron una casa muy linda,--continuó--en la call  
e de la Piedad, junto  
a la iglesia. ¿Viven ustedes siempre allí?

--¡Oh, no señora! Nos mudamos. Yo apenas me acuerdo  
.

--La echaron abajo hace tiempo, abuelita--dijo Zora  
ida. Ahora viven en

la calle Cerrito, a pocas cuadras de aquí.

Adriana vio como en sueños aquella casa antigua, el patio con sus baldosas blancas y negras, la grande y tupida magnolia, en cuya cima asomaban, medio tapadas por las hojas, enormes rosas blancas. Y recordó también las hermosas diamelas, su aroma embriagante cuando todas las plantas del patio florecían y sus hinchados pétalos, próximos a marchitarse, tomaban un color avinado...

--También la casa en que vivíamos nosotras la han echado abajo, explicó Zoraida.

--¿Es posible?

Pero el rostro de la anciana volvió a iluminarse:

--Una vez tu bisabuelo, como siguiendo la broma, me regaló un ramo de diamelas. Josefina se reía, pero no creo que le gustara mucho. Ah, ¡qué ricas diamelas!

Y parecía aspirar de nuevo la fragancia y contemplar la escena remota en una milagrosa reaparición.

Luego contó, una tras otra, largas historias de las cuales ella o sus amigas habían sido las heroínas; y también tragedias ocultas, como el suicidio de una sobrina de Juan Manuel de Rozas, muchacha suave y sentimental, que no pudo sobrevivir a un desengaño de amor.

Recordó el caso triste que diera origen a la capilla

a de Santa Felicitas  
y todo un profundo pasado parecía asomarse desde la  
región del olvido,  
varias generaciones cuyos individuos se habían ido  
extinguiendo, con las  
ideas, los sentimientos y las costumbres sencillas  
de una época muerta;  
salones radiantes, grandes espejos de consolas dora  
das, furtivos  
mensajes de amor jamás develados, música de serenat  
as despertando la  
calle en el patriarcal silencio del barrio dormido.  
Ya no había un  
vestigio de aquella época, la anciana sobrevivía en  
un presente ruidoso,  
cuyos ecos sin interés para ella solían llegarle, s  
in embargo, por la  
conversación voluble de sus nietas modernas.

Cuando la abuela se hubo recogido, y ellas bajaron  
nuevamente, aquellas  
historias continuaban flotando como un romántico há  
lito antiguo sobre  
las cabezas de Adriana y las Aliaga.

Reunidas en el comedor, tenían las manos lánguidame  
nte caídas sobre la  
carpetita de terciopelo rojo, menos Carmen, que con l  
as suyas se cubría la  
cara para seguir más abstraída en la imaginación de  
las escenas que  
había evocado la anciana.

--¡Qué mal hace abuelita, dijo Zoraida, de hablar a  
sí delante de esta  
chica! Tiene ya la cabecita llena de novelas.

--¡Bah!--respondió Carmen--todas nosotras somos lo  
mismo, aunque no  
queramos confesarlo... Vivimos de soñar en el amor.

Y la actitud seria y el tono reflexivo de sus palabras, contrastaba con la apariencia de criatura de quince años que ella tenía.

--Lástima--dijo Zoraida--que Julio no haya oído las historias de abuelita, él que sólo se interesa por las cosas ideales.

Adriana sonrió vagamente, para que no sospecharan el tumulto de su alma.  
¿Era posible que sólo al oír pronunciar su nombre se conmoviera así?

Carmen interrumpió a Zoraida.

--¿Que sólo se interesa Julio por las cosas ideales? Tú no puedes saberlo; ya tendrá él sus cosas materiales también, y en el amor, sobre todo. Porque todos los hombres...

Enrojeció vivamente y miró a Zoraida confusa y sonriendo. Así con mucha frecuencia le ocurría, por su misma ingenuidad, que se le escapaban reflexiones indignas, según le decía Zoraida, en una chica de su edad.  
Pero prosiguió:

--Sí, Julio debe tener sus asuntos; pero es tan reservado, tan raro, que nadie puede sacarle nada. La festejó un tiempo a Elisa Jiménez.

Esta era una muchacha muy bonita, emparentada con las Aliaga, aunque casi no tenían con ella relación de amistad.

--¿Elisa Jiménez? No es muchacha para enamorar a Julio--repuso Laura

casi en voz baja y como distraída.

--O entonces alguna señora casada--sugirió Carmen, mirando de nuevo con aquella expresión sonriente y confusa a su hermana mayor.

--¡Camucha!--le gritó ésta.

--Tal vez--continuó Carmen--está enamorado de alguna de nosotras... Un mozo no viene tan seguido a una casa si no tiene interés... Después yo he notado...

Pronunció con ligera ironía estas palabras y se detuvo un instante, mirando a Laura con malicia.

Como Adriana advirtió que Laura iba a intervenir, a caso para desviar la conversación, le tomó rápidamente las manos: "Óyeme, óyeme,--murmuró--te preguntaré una cosa". Pero no tenía idea de preguntarle nada y sólo, sí, el propósito de impedir que se interrumpieran las revelaciones de Carmen.

--Porque cuando habla con Laura tiene un modito de mirarla...

--Cuando habla contigo también--replicó Laura--Julio siempre mira así.

--¿Saben de quién se ha de enamorar entonces?--preguntó Carmen como maravillada.--¡De Adriana! Estoy segura, no sé por qué.

Pero lo dijo con el mismo ligero tono de ironía y como por dar a su

amiga una broma amable.

Ya tarde llegó Julio y le contaron las amorosas reminiscencias de la abuela. En el rostro de todas, hasta de Zoraida, había una animación inusitada. Julio escuchaba y casi no tomaba parte en la conversación.

Miraba siempre a la que hablaba, pero su actitud se parecía a la de alguien que estuviera completamente solo.

Aquella velada terminó con un episodio extraño, que dejó en el espíritu de Adriana un ancho rastro de pena.

X

Se habían puesto a discutir con animación si la abuelita no habría interiormente correspondido al bisabuelo de Adriana.

--Sí--opinaba Carmen--pero ha guardado el secreto, jamás lo ha confesado a nadie, ni a nosotras mismas lo diría nunca. Fue tal vez el único amor verdadero de su vida y un recuerdo que se llevará ella a la tumba.

--¡Sí, tal vez!--murmuró Laura como atribuyendo una significación extraordinaria a la idea de Carmen.

--¡Bah!--intervino Zoraida--abuelita es demasiado sencilla para eso. Diles, Adriana, que no hagan fantasías de una cosa tan común. ¿Tú qué

piensas sobre eso?

--Que posiblemente mi bisabuelo sí la quiso y se casó con otra guardándose la tristeza de no ser comprendido.

Era para ella una emoción deliciosa oírse consultar sobre la remota pasión de aquel antepasado.

--De todos modos--volvió a sugerir Carmen--el amor en los tiempos de abuelita tenía algo de más romántico, de que sé yo. .. Era posible entregarse completamente a la ilusión divina...

--Hoy también--murmuró Laura a media voz.

--¡Oh! En primer lugar, un caso como el tuyo es raro--replicó Carmen aturdidamente, sin sospechar el efecto terrible que iban a producir sus palabras. Tú lo has querido de veras a José Luis, es cierto, pero bien desdichada fuiste, Laura; y es que en estos tiempos, hija...

Enmudeció repentinamente, azorada y comprendiendo que había cometido una torpeza irreparable.

--¡Camucha!--gritó Zoraida como si hubiera experimentado un dolor punzante.

Todos miraron a Laura. Se había levantado con los ojos fijos en Carmen y algo indecible en la expresión. Adriana la vio palidecer y buscar un arrimo.

--¿Pero qué dijo Carmen?--preguntó Julio, yo no alc

ancé a oír, no  
alcancé a oír.

Laura se sonrió, le miró, se confundió más, y como  
nadie hablara,  
exclamó con desesperación:

--¡Dios mío! ¡Ahora supondrán que me impresiona el  
recuerdo de José  
Luis!

Dejó caer los brazos. Julio, en medio de la aflicción  
de todos, tomó un  
frasco con agua de colonia que pidió a Zoraida y em  
papando completamente  
su pañuelo quiso aplicarlo a las sienes de Laura. P  
ero ésta lo rechazó,  
sonriéndole de nuevo, y pidió que la acompañaran a  
su habitación. La  
llevó Zoraida. Esta volvió al poco rato y reprendió  
a Carmen.

--Como lo dijiste así, delante de todos, ella creyó  
que era una burla.

--No--replicó Carmen--fue por la impresión que le h  
ace siempre acordarse  
de José Luis.

--Ella dijo que no, se desesperó de pensar que podí  
a alguien  
interpretarlo así.

--Prueba de que ha sido por eso, o porque tú estaba  
s presente, y como  
tuviste la culpa de que se rompiese el compromiso..  
. como ella siempre  
piensa que tú has deshecho su felicidad...

Los ojos de Zoraida se llenaron de lágrimas.

--Perdóname Zoraida, todos sabemos que procediste c



on la intención de  
salvarla y nunca me atrevería a reprocharte nada. Pero sólo quiero  
explicarte... Estoy segura de que todavía lo quiere  
a José Luis. Dicen  
que pronto pedirá él una licencia y vendrá... Si es  
o sucede, Zoraida,  
tenemos que hacer lo posible, por lo menos, para qu  
e vuelvan a verse...

Adriana ignoraba todavía las circunstancias de aque  
l antiguo noviazgo de  
su amiga. Sin embargo, le pareció que tanto Zoraida  
como Carmen se  
equivocaban. Y antes de que otra sospecha se esclar  
eciera en su espíritu  
completamente, fue a la habitación de Laura. La hal  
ló despierta, muy  
tranquila en apariencia; le acarició con ternura la  
s manos y las  
mejillas, y sentándose a la cabecera de la cama, ya  
no quiso volver al  
comedor en el resto de la velada. Experimentó por e  
lla un sentimiento  
nuevo, mezcla de afecto profundo y lástima indecibl  
e. Su solicitud hacía  
sonreír dulcemente a Laura.

--¿Por qué no vas al comedor?--murmuró.--Yo voy a d  
ormirme ya.

--No, no tienes sueño y yo no podría conversar allí  
pensando que te  
quedas tan apenada.

--Ha sido todo casual, Adriana... El recuerdo de es  
e muchacho no me  
impresiona mucho. ¿Sabes una cosa?... Nunca me preg  
untes nada sobre  
eso... porque... no me lo preguntes tampoco... Movi  
ó la cabeza  
procurando sonreír.--De todos modos,--continuó--no

podría ser sincera  
sobre esto. ¡Te quiero tanto, Adriana! Nunca he ten  
ido una amiga como  
tú. Y siempre te querré, siempre... Hasta puedo dec  
irte que eres mi  
única amiga. Hay cosas extrañas; ni tú ni yo seríam  
os capaces de  
confiarnos nuestras cosas íntimas, y sin embargo sé  
que tú me  
comprenderías. ¡Qué inteligente y qué buena eres!

--¿Buena?--Y una gran emoción agitaba el alma de Ad  
riana y le impedía  
responder a tales demostraciones de cariño. En verd  
ad ella también creía  
sentir que Laura era su única amiga.

En ese momento la imagen de Julio pasó por su espír  
itu, primero en la  
actitud inmóvil con que escuchara, las manos en los  
bolsillos, como si  
estuviera solo, la conversación sobre la abuela, y  
luego su cara de  
ingenuidad y de dolor, mientras empapaba su pañuelo  
en agua de colonia.  
¡Cómo lo adoró, en ese instante! De pronto, levantá  
ndose, Adriana se  
inclinó sobre su amiga en un arranque de piedad, y  
la cubrió de besos  
hablándola al oído.

--Un solo favor te pido, Laurita querida... y ya nu  
nca te preguntaré  
nada... ¿Todavía lo quieres a José Luis?

Y tenía un temor desesperado de que ella le respond  
iera que no.

Pero Laura apartó rápidamente la mirada, sonrió con  
su dulzura habitual,  
y abrazando la almohada, acomodó en ella su cara do  
lorida. Adriana ya no

pudo interrogarla. A poco se quedó dormida. La pantalla verde, muy caída sobre la lámpara, en el velador, ponía grandes penumbras en el resto de la habitación. Detrás de Adriana estaba Carmen, que había entrado silenciosamente.

--Te voy a contar todo--dijo en voz baja y con el índice sobre los labios, como si quisiera atenuar el sonido de su propia voz. ¡Ah! Laura me mataría si llegara a saber...

Y una vez cerciorada de que se había realmente dormido, empezó:

--Es una historia triste. ¿Sabes por qué apenas habla con Zoraida? No ha podido olvidar... Ella tenía catorce años y se enamoró de José Luis Aguirre, que ahora es agregado o secretario en una Legación. Se querían muchísimo, pero de tanto como se querían llegaron a imaginar para ellos un amor ideal, algo que no tuviese nada que ver con las dichas vulgares. Les lastimaba cualquier cosa que rompiese el encanto que vivían. Eran dos criaturas sin experiencia, demasiado sensibles. .. como yo. Todo, seguramente, hubiera ido bien. La culpa fue de Zoraida. Ellos pretendían verse a solas, en secreto... Pero sólo por idealismo o ¿sabes? por exceso de idealismo, sin malicia ninguna, eso te lo puedo jurar. Si yo creo que José Luis nunca llegó ni a besarla. Con mirarla, nada más, parecía que no cabía en sí de felicidad. Yo llevaba las cartas que se escribían. ¡Qué cartas más divinas, Adriana! No comprendía yo

que pudiese Laura expresarse tan bien. Y no creas que usaba términos literarios, ni frases de libro; todo se reducía a confesarle sencillamente lo que sentía, lo imposible que sería olvidarlo nunca, sucediera lo que sucediera; y esto lo escribía con una confianza tan pura, y con tal modo, que ningún hombre, en el caso de José Luis, hubiera podido dejar de enamorarse, aunque Laura fuese una muchacha fea en vez de ser, como es, la más linda de nosotras tres. Yo entonces tenía doce años apenas y sin embargo la impresión de esas cartas no se me borrará nunca. Los dos me contagiaron la pasión que sentían, me hicieron comprender lo que era el amor.

--¿Y te enamoraste de alguien, también?

Carmen suspiró, con una sonrisa de pena y casi de reproche para Adriana.

--No, no encontré de quién. Quise enamorarme y me ilusioné bastante con un muchacho... ni te quiero decir su nombre, porque es un insignificante, me parece, aunque muy buen mozo. Rompí con él cuando quiso que nos comprometiéramos. Ese día medité mucho, y al fin saqué la conclusión de que no era él bastante inteligente para que no hubiera el peligro de que después me decepcionara... Pero verás lo que sucedió con Laura y José Luis. Se entendieron para pasar una temporada en la estancia de un tío nuestro; también él era amigo de nuestro tío y el año anterior había ya estado en la misma estancia. Pero

Zoraida, que desde la muerte de mamá vino a ser como una madre nuestra, (abuelita ya estaba como ahora y Eduardo no se ocupaba de nosotras), Zoraida quiso ir con Laura, para vigilarla. Y era precisamente lo que la desesperaba a Laura, esa continua vigilancia, y que no pudieran los dos decirse una palabra sin que ella en seguida les pidiese cuenta. ¡Pobre Zoraida! Tampoco lo hizo por maldad, sino por temor de qué sé yo. Tú lo has visto, ahora tiene un miedo mortal por mí... aunque tal vez con más razón, porque yo si llego a enamorarme pierdo la cabeza... Dime, Adriana, ¿no puede ocurrir que un amor muy grande en apariencia resulte pura imaginación?

--Puede suceder, Carmen.

--¿Sabes la idea que muchas veces me da miedo? Llegar a casarme y después darme cuenta que no le tengo ningún amor a mi marido. Una podría resignarse, es cierto, resignarse a sufrir. Pero piensa por un momento que estando casada una se enamorara de otro. ¡Qué situación horrible! Bueno, Laura le suplicaba que en último caso la acompañara yo, los vigilara yo. Fue inútil, Zoraida le repetía que nuestra familia era muy desgraciada en el amor y que ella no tenía edad para enamorarse así. Al fin Laura se resignó a todas las condiciones, pero comprendiendo que iban a sobrevenir disgustos y que él se sentiría lastimado por la desconfianza de Zoraida. A la estancia fui yo también, naturalmente.

Aquello se convirtió en un desastre... La estancia tiene un parque y hay una avenida de sauces altísimos, que llega hasta un riacho, como a media legua de la casa; es un sitio precioso, sobre todo en las noches claras. La luna sale, parece algo así como un plato de oro, enredado entre las ramas de los sauces; después sube, se pone arriba del árbol, tocando todavía las últimas hojas, y en la corriente del riacho se forma una claridad como si cayera oro en la corriente. Tú comprenderás qué divino era aquello con la serenidad de la noche, para dos enamorados como ellos. Se habían prometido pasear juntos en alguna noche así; pero Zoraida lo impidió siempre y hasta hizo frases irónicas, delante de los tíos, sobre el romanticismo de los chicos que todavía no saben pizca de amor. Laura le seguía suplicando y le juraba, por la memoria de nuestra madre, que él era bueno, que ni por la imaginación se le ocurría una mala idea. Era cierto; yo los espié durante una hora entera que estuvieron solos. Hablaron sin parar, ella más que José Luis. Y sólo cuando iban a separarse, cuando supusieron que podría advertirse la ausencia de los dos, se tuvieron durante un rato de la mano, mirándose sin hablar, ¡con una adoración! Y a mí me extrañó muchísimo, hasta me chocó, que ni siquiera se besaran. Pero ahora comprendo, era una pasión completamente pura. Ya se besaban demasiado con los ojos. ¿Qué piensas tú, Adriana? Un amor puramente ideal que no tenga algo por lo menos de

humano, ¿será el más verdadero?

--Después te diré, no te interrumpas,--repuso Adriana.

--Bueno: Zoraida les molestaba siempre y vinieron escenas incómodas. Después... tú sabes cómo suceden esas cosas. José Luis se resintió y ella, extremosa como es, quiso a toda costa dejar la estancia y escribió a Eduardo pidiéndole que fuera a buscarla. Ya ellos mismos no pudieron entenderse como antes; además, se terminaban las vacaciones y como ella estaba todavía en la Santa Unión, pasó un año; él se fue a Europa y todo concluyó así... ¡Oh, es seguro! ¡La felicidad de Laura la deshizo Zoraida!

Carmen suspiró. Había hablado rápidamente, espiando con recelo la hermosa cabeza dormida de Laura. La luz de la lámpara, a través de la pantalla muy caída, envolvía con su reflejo verde el rostro y los brazos que se enlazaban desnudos a la almohada.

--¡Pobre Laura!--concluyó Carmen. Aunque tal vez ahora, cuando vuelva José Luis, todo podrá remediarse.

Adriana, conmovida, a punto de llorar, contemplaba a Laura. "Ninguna clase de felicidad sería demasiado para ella", pensó con una tierna piedad.

--¿Y Julio?--preguntó de pronto. Carmen tuvo un gesto de curiosidad, dudando sobre la intención de la pregunta.--¿Hace t

tiempo que es amigo de  
ustedes?

--Unos tres años.

Al cabo de otro silencio, Adriana se acercó más a Carmen y le tomó una mano. Acaso para arrancar su pensamiento a una obsesión penosa, se decidió a interrogarla sobre un tema que en otra ocasión no hubiera podido tocar sin sobrecogerse.

--Quiero que me digas una cosa, aunque te extrañe mi pregunta. Es sobre papá...

Entonces vio en Carmen aquella actitud de embarazo que había advertido, en las tres, el año anterior, al hacer alusión a su padre. Durante un minuto quedaron ambas calladas. Al fin Adriana insistió.

--¿Zoraida se impresionó mucho? ¿Ella sabía la pasión de papá?...

Carmen fijó en ella una expresión de sorpresa.

--¿Zoraida? ¡Por Dios!

Adriana se confundió:

--Te quería preguntar...

--¡Si no fue por Zoraida! Fue por mamá... ¿Tú no sabías? Le hizo mamá comprender que era una locura, un pecado... Pero después... después... cuando supo el suicidio de tu papá, ella murió a los pocos meses... ¡Pobrecita mamá! ¡Pobrecita mamá!



--Por favor, Carmen, no les digas que te he preguntado.

--¡Cómo te imaginas!

Y nunca más hablaron de ello.

Aquella noche, antes de acostarse, Adriana apagó la luz en su habitación y se dirigió a la sala. No tenía sueño; por el contrario, sentía como una exaltación de todo su ser, y una ansiedad confusa, un desorden en todas sus ideas; reaparecían en su espíritu las historias de amor evocadas por la abuelita de las Aliaga, luego la escena extraña en el comedor, la tragedia de Laura, la expresión de dolor en la cara de Julio; en seguida afluyeron también las imágenes de sus antepasados atormentados de pasión, y su abuela mística y sus éxtasis incomprensibles; todo desfilaba con una agitación de pesadilla y la rodeaba como de una atmósfera sugestionante. Andando a tientas por la oscuridad de la sala, abrió los postigos de la ventana; la luna puso en la alfombra dos cuadrados de luz. Algunos objetos emergieron, indecisos, y las caras de los retratos parecían manchas lívidas, suspensas en medio del marco dorado. Tenía todo algo de fantástico; se infundía en ella un ansia de cosas irreales. Se sentó en el radio de la claridad lunar. El silencio le llenaba los oídos con un gran eco vago. De pronto, pasmada, vio brillar en el aire un crucifijo; encima, una blanca ancura fue tomando

forma de dos manos juntas; asomó la palidez de una frente, ¡la cara de la abuela mística! Era su estatura extrañamente alta y traía un largo vestido diáfano. De sus manos juntas colgaba oscilando el crucifijo. Su cuerpo, como sostenido por alguna presencia sobrenatural, se fue arrodillando, muy lentamente, y sus ropas blancas se arrollaban en el suelo. La cara, tan blanca como la ropa, se puso en éxtasis.

Adriana retrocedió, no pudo gritar. El fantasma vacilaba, se anegó poco a poco su cuerpo en la penumbra, la blancura del rostro empezó a diluirse y al fin se extinguió también la apariencia de las manos juntas. Pero todavía por un minuto osciló el crucifijo, suspenso en el claror de la luna.

Al día siguiente, recordando esta visión, dudó si ella había soñado. En cualquier caso era un signo de la ansiedad que se había apoderado de su alma ante la inminencia del gran amor.

## XI

"He prometido a Muñoz una entrevista contigo. A tu casa no puede ni quiere ir, después de las incomprensibles actitudes tuyas. Además, creo que pretende, con todo derecho, saber si en realidad estás dispuesta a cumplir o no con tu palabra. Si la entrevista se re

alizara esta tarde,  
sería oportuno vinieras lo más temprano posible. Así en seguida le hablo  
por teléfono a Muñoz. No creas que me haya dado él  
la misión de  
convencerte en su favor, porque ni siquiera sabe que te reprocho tu  
inconsecuencia; sólo me emplea en este caso, como su  
incógnita amiga suya  
que soy, para obtener una entrevista naturalmente  
definitiva.--\_Charito\_".

Adriana leyó esta esquela y fue temprano, según los  
deseos de Charito.  
Pero en seguida le pidió que no llamara a Muñoz. Se  
sentía poco  
dispuesta para resolver tan grave asunto:

--Tú comprendes que yo empezaría por hablar alocadamente, como la otra  
vez, y toda reconciliación sería ya imposible, porque se trata, según  
creo, de una entrevista "naturalmente definitiva"..  
.

--¡Decir--exclamó Charito--que las muchachas inteligentes y lindas como  
tú están destinadas generalmente a casarse con hombres de espíritu  
vulgar! ¡Y tú también habías de perderte así, por tontera, por falta de  
reflexión! Yo estoy segura de que a Muñoz lo quieres en el fondo; no  
podrías dejar de quererlo.

--¡Ah, en el fondo...!--repuso Adriana distraída.

Estaba lejos de la conversación y de la misma Charito. ¿Para qué había  
venido? Embargada por las influencias que la rodeaban asiduamente en  
casa de las Aliaga y viviendo como envuelta por una

atmósfera de pasión  
y de encantamiento, la compañía de su "leal amiga"  
era algo que carecía  
de significación. Más que nunca tuvo la sensación d  
e que Charito, como  
la familia de su tío Ernesto Molina y como su madre  
misma, no tenían  
conciencia de los grandes misterios... Y que tampoc  
o la tenían las  
innumerables personas absorbidas por la vanidad de  
la vida mundana,  
devoradas por ella, agitadas como muñecos en la con  
stante preocupación  
de figurar.

La conversación de Charito reflejaba toda aquella i  
nconsistencia.

--¿Y qué haces?--proseguía.--En ninguna parte se te  
ve ahora. Las  
mañanas de Palermo nunca estuvieron tan bien como e  
ste año. Podrían  
verse allí todos los días; no queda un solo banco d  
esocupado y en las  
avenidas y junto a los lagos desfilan los carruajes  
apretados, sin poder  
pasar, todos llenos de chicas que se saludan bajo l  
as sombrillas de  
claros colores.

Adriana no pudo dejar de sonreír, comprendiendo que  
Charito, a quien no  
faltaban sus pretensiones literarias, buscaba las p  
alabras escuchándose  
hablar.

En esto llegó Lucía Moreno, una amiga de ambas; ven  
ía acompañada de su  
profesora, Mlle. Ivonne, que le servía al mismo tie  
mpo como dama de  
compañía. Lucía era, para Adriana, un ser mucho más  
interesante que

Charito. Muchacha de unos diez y nueve años, elegante, alegre de carácter, llena de gracia espontánea, una continua sonrisa le jugaba en los labios y en los ojos negros. Y estos ojos tenían una suerte de malicia recatada, como si ella estuviese siempre, a pesar suyo, con la imaginación vagando en atrevidas y dulces ideas. Adriana se divertía, sobre todo, cuando peleaba con la profesora. Esta no podía comprender, en las muchachas del país, "la falta de lógica y la conducta atolondrada".

--Usted, le replicaba Lucía, sin enfadarse nunca, está para enseñarme idiomas y no para aconsejarme. Ya demasiado tengo con los consejos de papá, que tampoco me sirven para nada.

Adriana, fingiendo pensar como Mlle. Ivonne, la reprendía imitando la pronunciación extranjera, y con el mismo tono de seriedad.

La señorita Ivonne se empeñaba en inculcar a Lucía nociones de literatura y de arte. Esa tarde quiso a toda costa que antes del paseo visitaran el Museo de Bellas Artes. Ella había accedido, pero con la condición de buscar a Charito, para pasarlo menos a burrido.

Cuando media hora después entraban en la sala de calcos, Adriana creyó soñar: de pie, con la atención reconcentrada en una escultura griega, estaba Julio.

--¡Qué notable casualidad, Charito querida! murmuró involuntariamente.

Pero en seguida sonrió, ocultando el sobresalto de su corazón. Y como Lucía se adelantara precisamente hacia Julio, la llamó, suplicándole viniera a sentarse con ellas en un escaño; podía de allí observarle a sus anchas. ¡Qué sorpresa tendría él cuando saliese de su contemplación!

--No digas nada, susurró al oído de Charito; pero a ese que allí ves, lo quiero y lo querré toda mi vida.

La miró Charito con aire extraordinariamente sorprendido, como si su amiga la humillara con esta inesperada confesión. Y mientras Lucía Moreno rehusaba sentarse, alejándose hacia la sala vecina, con la señorita Ivonne:

--¿Julio Lagos? No te hará caso, sé que es amigo de Muñoz, amigo íntimo.

En ese momento Julio se volvió y sus ojos se encontraron con los de Adriana. Pareció mirarla sin verla. Iluminándosele la cara, la saludó. Adriana sonrió a Charito, a manera de una seña para hacerle comprender a él que podía acercarse. Lo presentó a su amiga, quien le recordó que habían sido ya presentados, algunos meses antes.

Lucía se acercó también, con la sonrisa que le jugaba en los labios y en los ojos. Conocía a Julio de vista y por oídas. Tomó en seguida una

actitud confiada y, enlazando la cintura de Charito , se apoyó en ella con dejadez familiar, lánguida. Parecía advertirle que reconocía en él a una persona de su misma clase sentimental; hizo que recayera la conversación sobre un tema galante. Su mirada acariciaba a Julio. Pero observando de pronto que entre éste y Adriana había "algo", puso una graciosa cara de susto y su gesto parecía pedir a Adriana, buenamente, que la disculpara de una torpeza involuntaria. Para hacerse perdonar del todo, quiso que la señorita Ivonne y Charito les dejaran conversar aparte.

Pero Adriana retuvo a la señorita Ivonne, fue con ella a ver la escultura que había contemplado Julio y leyó la inscripción: "Psyché".

--Mírela bien, Adriana,--dijo él acercándose. Es una figura de absoluta perfección material; las líneas de la cabeza y del rostro parecen sometidas a esa noción del arquetipo que inspiró a los griegos la ciencia y la armonía. Y su realidad artística, material, se desvanece, se pierde bajo una idea superior, como si la perfección visible fuese un simple apoyo para atraer la presencia de la espiritualidad misma.

--Eso está todo en la expresión, ¿verdad?--preguntó ella procurando interpretar el pensamiento de Julio.

--Sí, eso "se siente" en la expresión de las líneas y en la actitud, que

revelan el rostro invisible, íntimo... Los griegos  
realizaron sin  
violencia tales prodigios por una extrema sutilizac  
ión de las facultades  
artísticas y un divino equilibrio de la conciencia.  
En la época moderna  
los escultores procuran también revelar espíritus y  
símbolos, pero sólo  
logran hacerlo recurriendo a la deformidad, artific  
ialmente, y así sus  
obras son casi siempre una caricatura. Nuestra époc  
a es incapaz de  
alzarse hasta la religiosa sabiduría helénica. Inút  
ilmente algunos  
grandes espíritus han procurado enseñarla. Sus lecc  
iones son voces  
solitarias, vagamente oídas. En cambio han nacido y  
prosperado, para  
interpretarla, teorías monstruosas. Se cree que los  
griegos adoraban  
"sobre todo" la materialidad y la forma. Pero éstas  
eran, evidentemente,  
simple medio para comunicarse con lo sobrenatural,  
belleza plástica  
intermediaria para ascender al arquetipo místico. H  
asta se ha  
establecido una oposición imaginaria, absurda, entr  
e el pretendido  
materialismo antiguo y los artistas cristianos del  
Renacimiento; y éstos  
se arrodillaron, sin embargo, ante el divino arte p  
agano, y los más  
grandes aspiraron, de la noción helénica, la divina  
placidez que había  
de irradiar en sus Vírgenes y en sus ángeles de amo  
r; pero abrumados por  
la oscuridad de los siglos anteriores, hicieron el  
milagro sin llegar  
nunca a la suprema delicadeza que es el triunfo del  
arte antiguo y que  
lo pone en armonía con el movimiento de las esferas  
. El culto de una



belleza absoluta y única, irradiando más allá de las apariencias, y en cierto modo más allá de los dioses, infundió en los artistas de Atenas la clarovidencia sobrenatural. Hoy fermenta el resabio de las barbaries oscuras en una violación innoble y pedantesca de las leyes eternas, las leyes que hicieron coincidir las líneas expresivas con el alma, así en esa suave Psyché.

--C'est peut être juste, c'est peut être juste, dijo Mlle. Ivonne, procurando acordar las reflexiones de Julio con las enseñanzas de la Université des Annales que ella frecuentara en su país.

Lucía Moreno se había acercado con Charito y escuchaba a Julio sin dejar de sonreír. Examinó la Psyché con cierta curiosidad respetuosa, procurando descubrir en ella todo aquello que Julio le atribuía.

--No miremos, Lucía; nuestros ojos son demasiado modernos--dijo Charito irónica, advirtiéndole el encanto con que Adriana había oído al rival de su amigo Muñoz.

Pero Adriana no pensaba. Se sentía feliz, indeciblemente feliz, y experimentaba como nunca, desde que conociera a Julio, la sensación de ser "otra". No tenía deseo de intervenir en la conversación y besaba, de vez en cuando, la mano de Charito. Las estatuas, en la tranquilidad de la sala, le parecían reposar.

Flotaba sobre ella una influencia serena y pura.

Y Julio también era otro. Ya no tenía aquella vaga tristeza en el semblante distraído, y su modo, sus palabras, eran dulzura y galantería, no solamente para con ella, sino también cuando se dirigía a Charito, a Lucía o a la institutriz. Esta, considerando que tenía ante sí a un interlocutor inteligente, quiso aprovecharlo. Se refirió a la alta educación que recibían las niñas en los liceos de París y criticó lo decorativo y superficial de la enseñanza en los colegios de Buenos Aires.

--Et même le Sacré Coeur ici, et même le Sacré Coeur, m'a t-on dit.

Después se empeñó en comunicarle sus opiniones sobre el modernismo en el arte. Julio condescendía. Entonces, entusiasmada, pasó del modernismo a otros temas, requiriendo a cada paso la opinión de Julio con la misma pregunta:

--Ce n'est pas vraie, monsieur? Ce n'est pas vraie?

Y de vez en cuando se refería a Lucía, pero hablando en español para hacer notar el concepto inferior en que la tenía:

--¡Oh! si usted supiera el trabajo que ella me da, para interesarla en los estudios serios. Y ella es inteligente, señor, pero aquí las niñas no tienen afición, porque están muy mal educadas. Ellas no tienen base,

señor, no tienen base.

Sin embargo, la severidad de sus opiniones no reñía con cierta bondadosa transigencia en asuntos sentimentales. Y así, como Lucía le hiciera comprender el mutuo interés que tenían Adriana y Julio, desapareció instantáneamente todo su enfado. Con el pretexto de examinar otras obras llamó con modo muy ostensible a Lucía y a Charito.

--Y el señor Lagos, agregó, puede acabar de explicar a la señorita Adriana la escultura griega.

Ambos entraron en una de esas salitas que están a trasmano.

Había allí una luz atenuada, tranquilidad más íntima y sólo tres o cuatro cuadros de gran tamaño. Inquietud, dicha sobresaltada se apoderaron de Adriana. Una suavidad, que recubría poco a poco los objetos próximos, los aislaba del mundo como con un velo. Colgaba frente a ellos una maja de ojos provocativos y boca manchada de rojo violento, como las flores del mantón, pero se anegó también en la misma irrealidad fantástica.

No podía hacer Adriana mucho caso de lo que Julio le hablaba, porque se sentía demasiado embargada por la idea de estar conversando los dos sin testigos, en aquel delicioso rincón de soledad. Y Julio mismo, al fin, le pareció revestido con el velo de la suavidad acariciante. Sus palabras no se apartaban de los asuntos sobre los c

uales habían  
conversado otras veces, en casa de las Aliaga. Pero  
su voz tenía de  
nuevo el dejo humilde, insinuante, que tan singular  
mente la había  
sorprendido algunos días antes. Y toda su persona p  
arecía rendirse a  
ella. Para ocultar su emoción, Adriana contemplaba  
fijamente el cuadro  
de la maja provocativa.

Cuando oyeron a Lucía que peleaba en voz alta a la  
institutriz, adrede  
para advertirles, Adriana se levantó.

--¿Vienen ya?--preguntó él con un tono de ingenuida  
d desolada.

--Sí, adiós,--repuso ella abandonándole la mano. Si  
n saber por qué se  
despedía así antes de que llegaran las otras; y le  
miró, no ya con la  
gracia de sus ojos un poco atónitos, sino con una s  
úbita expresión  
seria, dulcemente seria.

Y la atmósfera de pasión que ella respiraba en casa  
de las Aliaga, la  
abuela reaparecida en el claror de la luna, la dolo  
rosa idea de su padre  
suicida por amor, todo seguía atrayendo sobre ella  
una impalpable  
influencia.

## XII

Una especie de ingenuidad pura, algo como deseo sob  
renatural, se

infundía en Adriana por la idea de que su corazón se apasionaba. Esto le parecía una extraña vuelta de su alma a la primera época del internado conventual, entre los once y los trece años, época breve que surgía como lejana blancura en sus recuerdos.

Su idea de Jesús, en aquel tiempo, se mezcló con de lirios inocentes, asociada a la muerte de su padre y a multitud de reflexiones que llenaran de dulzura su corazón de jovencita. Porque el misticismo es una flor que se alimenta por una parte con savia de la tierra y por la otra con rocío del cielo.

Durante las horas de estudio pedía permiso para pasearse a solas por el claustro. La vieja arcada colonial circundaba todo el jardín. En la fachada blanca de los arcos se abrían grietas revestidas de musgo; interiormente la bóveda, muy baja, comunicaba una impresión de sepulcro.

En el centro del jardín, la estatua de la Virgen se alzaba solitaria, bajo una corona de follaje que le formaban cuatro grandes magnolias, tan antiguas como el convento mismo; enredaderas de jazmín del País, trepando al pedestal de la imagen, le tendían floreciendo una alfombra de nieve. La Virgen, los pies ocultos en esta blancura, tenía la cara inclinada y su manto de mármol le anegaba la frente y los ojos en sombra.

Al caer la tarde se respiraba allí, por las magnoli

as y los jazmines, un  
aroma embriagante. Por encima de los arcos claustra  
les, sobresalía el  
techo de la capilla con sus acanaladas tejas negruz  
cas; y el  
campanario--la cúpula redonda esmaltada de azul,--p  
arecía asomarse con  
indiferencia al desconcierto vulgar del mundo. Al s  
ilencio del jardín  
los ruidos de la calle llegaban como venidos de una  
región extranjera,  
lejana. El convento dormía aislado en una tranquili  
dad de misterio,  
donde sin duda reinaría perpetuamente aquella Virge  
n de piedra. Y a la  
oración, bajo el cielo lívido, un ánima parecía sus  
pirar en cada  
vibración de la campana, que el eco prolongaba, tem  
blorosamente, a lo  
largo del claustro.

Una felicidad hubiera sido entonces, para Adriana,  
contemplar a las  
monjas en la media luz del crepúsculo formando hile  
ra detrás de los  
arcos, con los labios rezando el rosario entre las  
manos juntas y los  
ojos perdidos en la visión vaga del esposo celeste.  
Las había imaginado  
así, suspensas en una inmaterialidad donde la vida  
palpitaba tan sólo  
como débil vestigio, y les había supuesto asimismo  
en la cara una  
dulzura plácida y en el alma la serenidad que tenía  
el dolor de la  
Virgen.

Pero pronto se decepcionó. Sólo pudo conocer a las  
semi enclaustradas y  
hasta las de carácter más suave vivían sin transfig  
urarse por la piedad  
y sin que nunca iluminase sus caras el deseo sobren

atural.

En una esquina del claustro había un Cristo crucificado, dentro de un nicho practicado en el espesor del muro. Era de tamaño pequeño; con la cabeza echada hacia atrás, abría la boca en un estertor de agonía cruel. Se pensaba, al verlo, que retenía un lamento entre los labios inmóviles.

La visión de este Jesusito agonizante, contemplado silenciosamente durante horas enteras, solía por la noche frecuentarla bajando del nicho y caminando sobre las baldosas frías del corredor solitario. Adriana entonces, arrebujiándose, llena de una conmiseración desolada, se dormía llorando por Él con amargura indecible.

Una noche, al recogerse las internas en el gran dormitorio común, se notó su ausencia. La buscaron inútilmente en la capilla, en la oscuridad del jardín, en la sala de estudio, hasta que fue descubierta en el ángulo del claustro, parada sobre una silla. Tenía un brazo apoyado encima del Cristo y cerrando los ojos besaba la dolorosa boca entreabierta. Las monjas se acostumbraron, después, a verla inmóvil, al pie del nicho, a veces con las manos juntas y como atónita. Si entonces alguien venía a hablarla, respondía ella con una dulzura extrañada, volviendo en seguida la mirada hacia la imagen, como si hubiesen interrumpido entre ella y el Cristo una vaga comunicación.

Llegó a enamorarse tanto de Jesús, que la aterraba de piedad el motivo que los Evangelios atribuyen a su muerte. Entonces, movida por el deseo ingenuo de arrancarse a la horrible complicidad que tocaba a ella, redimida también por la sangre divina, juntaba las manos suplicando: "Te pido una sola cosa, Jesús de mi alma: no me dejes entrar al cielo cuando muera". Y en su lenguaje infantil procuraba explicarle que prefería permanecer en la impureza del pecado y consagrarse a los espantos del infierno, antes que aprovechar con tanto egoísmo, para conquistar la gloria, sus sufrimientos de Redentor.

Le parecía inexplicable que todo el mundo pasara por aquel rincón del claustro sin advertir el gran dolor de Jesús. Un día, sin poder contenerse, llamó a una monja que era su maestra, se oprimió a ella y le señaló el Cristo. La monja se persignó devotamente.

--Fíjese, hermana, insistió ella con ansiedad, Jesús parece que grita.

--Hijita, sí; es por nosotros que pecamos tanto. Y se alejó con la indiferencia habitual en todas.

Aquella noche Adriana soñó que las monjas se hallaban reunidas en un confuso salón, iluminado con grandes arañas, y bailaban formando cuadrillas al compás de una música sorda y lenta, pero que estallaba de repente en sonidos agudos y torbellinos de estruendo. Entonces las



monjas giraban vertiginosamente y las arañas se sacudían echando sobre ellas los cirios. Luego, bruscamente, la música paraba y cada monja quedaba tiesa, en actitud grotesca. Todas ellas llevaban hábito descotado y reían como locas; pero al mirarse los brazos desnudos enrojecían tanto, que de los párpados hinchados les brotaban gruesas gotas de sangre. Una legión de diablillos, azules y rojos, caracoleaban por el aire como chispas de fuego.

En medio del salón, expuesto a una burla general, vio al pequeño Cristo que se cubría la cara con las manos y a escondidas le hacía señas de súplica. Las monjas, para no tropezar con él mientras bailaban, se recogían el hábito y le saltaban por encima. Pero Adriana no podía protegerle; la hermana cocinera la tenía abrazada, empeñada en darle el pecho. Adriana apartó la boca con horror, se despertó sin respiro, bañada en sudor, paralizada por la angustia.

Desde entonces todas aquellas delicadezas de su alma empezaron a sufrir un proceso de desvanecimiento, todas sus ternuras se fueron apagando como los colores de una olvidada pintura bajo la capa de polvo que la cubre.

A poco cambió su modo de ser y dejó de frecuentar el sitio que sus éxtasis asiduos habían como impregnado de una atmósfera mística. Cuando la interrogaban, ponía una cara adusta, y golpeando el suelo con el pie,

se quedaba mirando en el vacío. La hermana superior  
a venía, inquieta, y  
le preguntaba, acariciándola con dulzura:--¿Qué tie  
ne, Adrianita? ¿Ya no  
le reza al Señor?

--No, no, porque ha dejado que me compre el diablo.

Y no daba otra explicación: la había comprado el di  
ablo y ella estaba  
perdida para el cielo.

Más tarde su carácter se hizo irónico.

--¿Ustedes son peladas?--preguntaba riendo a las he  
rmanas.

Y las amenazaba con arrancarles la toca.

Un día sugirió a dos compañeras la curiosidad de sa  
ber si efectivamente  
eran las monjas peladas. En el vasto dormitorio com  
ún, separaba las  
camas de las colegialas un cortinado que les hacía  
como estrechas  
celdillas. Una monja, la hermana Casilda, velaba pa  
seándose por medio  
del salón, hasta después de acostadas y dormidas to  
das. Luego se recogía  
en una celdilla propia, más grande que las demás y  
cerrada por un  
cortinado más espeso. Adriana convenció a sus compa  
ñeras que podía  
espiarse a la hermana Casilda; seguramente no dormi  
ría con la toca  
puesta. En la noche convenida, cuando cesó de oírse  
el ruido leve de sus  
pasos vigilantes, las tres muchachas se juntaron en  
medio del salón.  
Temblaban de miedo. Se acercaron cautelosamente a l  
a celdilla grande,

cuchicheando. Un hilo amarillento rayaba la juntura del cortinaje; pero la hermana Casilda dormía toda la noche con luz.

--¿Por qué no vas a ver?--dijo Adriana a una de sus compañeras.

--Tengo miedo...

--¡Bah! iré yo.

Adriana se aproximó a la celdilla, fingió entreabrir la cortina, y volvió con una expresión maravillada.

--¿Cómo está?--le preguntaron.

--¡Pelada!

Las dos se aproximaron a su vez, caminando de puntillas; el ruedo de sus camisones se estremecía sobre los pies desnudos. Ambas, ávidamente, abrieron la cortina.

--¡Jesús!--gritó la voz espantada de la hermana Casilda, que no se había desvestido aún.

Cuando acudieron a la cama de Adriana, denunciada por sus compañeras, la vieron que dormía; una suave sonrisa flotaba en sus labios, como si su alma, soñando, hubiese volado a la región de sus éxtasis.

Insensiblemente se fue adhiriendo a su espíritu la maldad viciosa, hostil a la antigua pureza de su corazón. Y sufría sin embargo lo indecible al sentirse ya incapaz de ser buena, incapaz de resistir la

influencia maligna, aquella influencia que ya, durante su infancia, la había aterrado alguna vez: así cuando Raquel, empañados por el llanto los hermosos ojos verdes, se defendía de sus golpes despiadados cubriéndose la cabeza con las manecitas abiertas.

Los castigos que la superiora decidió imponerle, al fin, le hicieron conocer otro mal sentimiento: el rencor.

Pero a veces el pequeño Cristo volvía a bajar de su nicho, caminaba sobre las baldosas del corredor solitario, aparecía en la celdilla de Adriana, como un mudo reproche, y la miraba fijamente.

### XIII

Ese día Charito la acogió con un aire de mal humor que nunca tenía, como de persona agraviada por motivos demasiado penosos para decirlos. Pero inútilmente aguardó de Adriana una pregunta que le diera pie para replicar con frases ya meditadas. Su amiga se conformaba con sonreír o mirarla de soslayo, distraída, porque aquel mutismo de Charito, sin preocuparla, le permitía abandonarse a la encantada dulzura de sus propios pensamientos.

Al fin Charito no pudo contenerse:

--¿Ves lo que gano por ser contigo demasiado buena?

Le han traído el  
cuento a mamá de que yo me doy cita con muchachos e  
n el Museo. ¿Te  
imaginas? Todo un lío por causa tuya. Y si te dijera...

Se detuvo con un gesto de fingida exasperación, como si se guardara las  
palabras más duras.

Adriana seguía mirándola, distraída.

--Tan luego tú, Charito,--dijo con acento amistoso--  
tú tan seria, tan  
incapaz de una incorrección, darte cita con varios  
muchachos. ¿No  
comprendes que nadie podrá creerlo?

--Lo creen y lo repetirá todo el mundo.

--Todavía de mí, que era una coqueta... que soy una  
coqueta... Óyeme: no  
te fastidies, nada te cuesta decir que todos esos muchachos  
tenían la  
cita conmigo.

--Puedes estar segura que yo no cargaré con la culpa.

--¡Ah! pero tú misma, concluyó Adriana acariciándola, has acabado por  
convencerte de que fue una cita, y una cita con varios.  
En todo caso los  
varios éramos nosotras y el pobre Julio era la sinvergüenza.

A Charito no la enfadaba tanto el chisme como el hecho de que Adriana  
esquivaba la entrevista con Muñoz y en cambio la había obligado a  
hacerse amiga de Julio, a quien detestaba. En realidad, Adriana ejercía

sobre ella un gran dominio que nadie hubiera sospechado al verlas  
juntas, según Charito la censuraba y le imponía con  
sejos que eran  
siempre escuchados, aunque nunca seguidos. Adriana,  
por el contrario,  
obtenía de ella, sin parecerlo, todo lo que quería.

--Voy a proponerte algo, le dijo, para poner a prueba tu amistad. Como  
Julio a casa no va, ni quisiera yo que fuese, tú me  
harás un gran favor.

--¿Pero no has conseguido acaso verte con él aquí,  
en casa? ¿Quieres una  
prueba mayor?

--No te enojés, Charito querida, y escúchame... También lo veo en casa  
de las Aliaga y es allí donde empecé a quererlo, tú  
lo sabes. Sin  
embargo, yo sospecho que sin haberte tratado con ellas  
les tienes  
antipatía a las Aliaga, y tal vez esa bondad tuya ha  
sido un cálculo  
para alejarme de ellas...

--Yo no calculo nunca, Adriana, soy demasiado leal.

--Lo sé, lo sé... pero entonces yo sí he calculado,  
te lo confieso.  
Sería difícil explicarte... Yo misma no comprendo con  
claridad por qué  
ahora voy con inquietud a esa casa. ¡Y si supieras  
qué cariño les tengo!  
A Laura la adoro. No sé lo que daría por verla dichosa... Laura Aliaga  
es mi mejor amiga.

--¡Ah, tu mejor amiga!

--Exceptuándote a ti, naturalmente... Pues bien, con todo esto, prefiero verlo en tu casa.

--En fin, ¿qué nueva prueba pretendes de mi amistad?

--Óyeme bien: quisiera verlo a Julio, de vez en cuando, con tu ayuda, por la noche...

--¿Por la noche? ¿Y dónde quieres verlo de noche?

--En el teatro, Charito. Ha empezado la temporada de ópera y tú sabes que voy, en las noches del primer turno, con Raquel y Fernando. Julio va a la platea para verme, pero naturalmente apenas hay oportunidad de hablar. Además, puedo encontrarme con Muñoz y esto sería desagradable. Yo pienso ceder mi butaca a Fernando para que él invite a otro amigo, o puedo dártela a ti...

--¡Pero si yo estoy muy bien en el palco nuestro!

--Para que tú la regales, Charito. No me interrumpas. Ya verás que te pido un pequeño sacrificio... Como de todos modos no coincide el turno tuyo y el mío, quisiera que tú, alguna vez, me acompañaras a la cazuela.

--¿Pero con qué objeto? ¿Qué haremos las dos en la cazuela?

--Para hablar más libremente con Julio.

--¡Estás loca! ¡A la cazuela no pueden ir los hombres!

--Si me interrumpes a cada rato será imposible explicarte. En el piso de la cazuela hay una confitería, y a esta confitería pueden entrar los hombres.

--¡Ah, y tú quisieras...!

--Déjame concluir, Charito. Iríamos juntas tú, Lucía Moreno y yo. Julio se acercaría como un amigo común...

--Basta, eso de mí no lo conseguirás nunca.

--Atiéndeme, Charito.

--Es inútil, no insistas. Puedes entenderte con Lucía; también a ella le gustan las aventuras, y hasta se ha hecho amiga de un grupo de chicas que a mí no me gustan nada, por cierto.

Adriana no respondió y se quedó mirándola con la anterior actitud distraída. Después, suspirando con resignación:

--Tendré que pedirle este servicio a Zoraida Aliaga ...

Charito contuvo un gesto de contrariedad. Y la idea calculada de impedir que su amiga recurriera a la amistad de Zoraida, al fin la hizo ceder.

Por otra parte, quería seguir vigilándola. Pensaba que tarde o temprano aquel entusiasmo por Julio acabaría y sería llegado entonces el caso de devolverla al amor de Muñoz.

Sin embargo, su enojo no se había calmado.



--¿Y por qué no te visita en tu casa? ¡Puesto que Muñoz también te visitaba!

--Precisamente por eso y porque Julio, en realidad, no es mi "novio". Hay entre nosotros algo demasiado fuera de los sentimientos comunes para que pueda presentarse en casa y sustituir en su papel a Muñoz. El presente que vivimos es conforme a mi corazón.

--Pronto te desilusionarás, porque te enamoras con la misma facilidad de Lucía,--le replicó Charito.

Pudieron verse así con más frecuencia. Algunas noches, por favor especial de su amiga y ruegos insistentes de Lucía Moreno, hallaban ocasión de conversar, después del primer acto, durante todo el resto de la función, en la confitería de la cazuela. Entonces se quedaban casi completamente solos. Los mozos, junto al mostrador, contaban dinero y hablaban en voz alta. Del vasto teatro les llegaba el eco prolongado de un canto, seguido de aplausos que morían en un súbito silencio. Y estos intermitentes rumores de la invisible multitud que palpitaba tan cerca de ellos, contribuían a darles la sensación de hallarse circundados por una suave y amorosa quietud. Adriana escuchaba a Julio con abandono. Le parecía que sólo un tenue velo de dulzura separaba sus almas.

Luego, terminada la función, aparecían Charito y Lucía. Se despedían de Julio en un rellano de la escalera, para que Raquel

y Fernando, que las  
esperaban abajo, no descubrieran el secreto de aque  
lla singular decisión  
de preferir la cazuela a la brillante sala iluminad  
a.

Al día siguiente, si la mañana era templada, iban a  
l paseo de Palermo.  
La señorita Ivonne les acompañaba también, empeñada  
en proteger el amor  
de Adriana. Experimentaba un placer de reflejo, por  
que aquella pasión  
dichosa le hacía recordar un idilio suyo, cuando el  
la en París era una  
linda estudiante del Liceo.

Adriana solía preguntarse, sin embargo, si la apasi  
onada humildad de  
Julio correspondía íntegramente a un sentimiento re  
al, y si no habría  
exageración, acaso vaga ironía en sus palabras tan  
rendidas, tan  
espontáneas y semejantes, a veces, a la confesión q  
ue pudiera hacer un  
niño. ¡Qué no hubiera dado, en tales momentos, para  
penetrar siquiera  
por un instante el alma de Julio! Ciertamente pesimismo  
se insinuaba a veces  
en su corazón, tanto más penoso cuanto mayor era su  
júbilo cuando  
pensaba que él la quería.

A veces intentaba decirle con sinceridad lo que sen  
tía. Cuando su  
expresión titubeaba, las palabras de él venían al e  
ncuentro de su idea y  
le daban forma, hasta en sus más velados contornos;  
era como si ya  
conociera Julio toda la intimidad de su alma. Ella  
recordaba entonces,  
por amorosa comparación, el amanecer de invierno en  
el internado

religioso. Se levantaban todas las colegialas para la misa del alba, y en el templo, a oscuras todavía, tres o cuatro cirios echaban un amarillento resplandor, que relucía en el reborde de algún candelabro o temblaba sobre la cara llorosa de la Virgen. Cuando la luz de la mañana comenzaba luego a esparcir un color avinado, las figuras de las vidrieras místicas eran vagos fantasmas diseñándose apenas y por querer tomar colores en la sombra. Ella se recogía, embargada por la emoción religiosa, y quedaba por largo rato apoyada la frente sobre las manos juntas. Cuando levantaba de nuevo los ojos, las altas vidrieras se habían iluminado, y sus imágenes de esmalte resplandecían, con las túnicas azules y rojas y las bellas caras en éxtasis, circundadas por el oro de las aureolas.

Así le esclarecían las palabras de Julio sus ideas íntimas, y pálidas figuras dormidas se incorporaban como atónitas en la penumbra de su espíritu.

Y sintió un gran deseo de ella también encantarle. Cierta maravillosa inspiración, a veces, movía sus actitudes y dictaba sus palabras; le parecía convertirse en un ser más perfecto, más ideal, difundir de sí misma una gracia nueva, plegarse su persona completamente al secreto ensueño de Julio; y tenía la sensación de revestirse, para él, con un pasajero pero incontrastable hechizo de milagro. También en tales

momentos, cuando se sentía con la posesión de esta fuerza seductora, radiante, ¡qué no hubiera dado por penetrar el alma de Julio, a fin de conocer cómo lo iba ella enamorando!

\* \* \*

Eran ya las dos de la madrugada. Sola en su dormitorio contiguo al de Raquel, sin desvestirse, sentada al borde de la cama y la luz velada con la pantalla, Adriana dejaba que su imaginación se sumergiese completamente en la delicia de los momentos extraños pasados con Julio. El presente era por cierto, como se lo había dicho a Charito, conforme a su corazón.

Le parecía vivir en una transparente y maravillosa eternidad.

Y ahora Raquel dormía, la pobre Raquel que no olvidaba, ciertamente, la perversidad de Adriana, y que no había vuelto a hablarla desde la ocasión del penoso diálogo en casa de su tío.

Ahuyentando esta idea penosa, siguió divagando; algunas frases de Julio que tornaban murmurando a sus oídos, le hacían el efecto de una pura y permanente adoración.

¡Qué diferencia con las emociones experimentadas cuando comenzó su relación con Muñoz! Recordó un día en que éste le besó la mano con besos temblorosos, ardientes, de hombre enamorado que quiere imponerse por la audacia, y sólo despertó en ella un sentimiento hos-

til y ofendido...

¿Llegaría jamás a ofenderse, en cambio, cuando Julio le besara la mano con su modo distraídamente humilde? Adriana sintió algo semejante a la sensación de irrealidad que le sobrevino algunas veces, en la paz conventual, cuando se ponía de rodillas ante el Jesuquito del claustro.

Le pareció, de pronto, que se transportaba en cuerpo y alma a una región ideal. Pensó en el milagro de la Asunción. ¿"Estoy loca"? se dijo con un sobresalto dulcísimo. Y era tanta la ligereza, la volubilidad de su divagación, que le pareció subir oscilando, suavemente, como la Virgen, bajo una claridad de gloria.

La trajo a la realidad, de pronto, un gemido de Raquel. Acudió corriendo, sobrecogida por una compasión inenarrable. Encendió la luz. Raquel, que solía tener pesadillas penosas, lloraba ahogada por la angustia; pero cuando Adriana se abrazó a ella y consiguió despertarla, por largo rato no pudo substraerse al terror de su sueño. La agitaban ligeros sollozos, y los hermosos ojos empañados por el llanto, miraban sin comprender. Adriana le acariciaba los cabellos, y murmurando palabras de cariño, procuraba apaciguarla.

Repentinamente cesaron los gemidos de Raquel: vuelta a la conciencia de las cosas, su mirada continuó fija en Adriana, con la misma extrañeza, con el mismo estupor. Porque a medida que se sustraía a la influencia de

la pesadilla, iba apoderándose de ella una sorpresa profunda ante la dolorida solicitud de su hermana. Le parecía otra. No acertaba a explicarse aquella compasión que le transformaba tan singularmente la cara, ni aquella mansa ternura de toda su actitud, ni aquellas desconocidas caricias.

Pensó, por un momento, que había salido del sueño terrible para entrar en otro, muy plácido, pero igualmente irreal.

Adriana, en tanto, entendiendo todo lo que decían, a través de las lágrimas, los ojos asombrados de Raquel, recordó las veces que se había complacido en humillarla. El remordimiento, un remordimiento íntimo, amargo, le llenó el corazón. Su antigua maldad le pareció incomprendible. Y lo que más daño le hacía era la persistencia muda de aquella mirada de los ojos verdes en la carita cubierta por el desordenado cabello. Era evidente que su pobre hermana no concebía en ella la bondad.

Entonces, movida por un impulso ardiente, tomó entre sus manos la cabeza de Raquel. Una ternura inmensa la avasalló, hasta quitarle el respiro. Y se puso a sollozar, hablando, con la voz entrecortada.

--Perdóname, Raquelita, perdóname. Ya sé que no tengo ni el derecho de pedirte perdón. Cuando debí hacerlo, te insulté. Sí, he sido contigo demasiado mala. Ya no lo soy. He perdido todo mi or

gullo odioso. No, no  
me mires con ese modo asombrado. Si supieras todo lo  
que he sufrido en estos días, pensando en mi maldad  
para contigo. Pero  
ya no volveré a cometer bajezas, Raquelita... Escúc  
hame... te acuerdas  
cuando... murió papá... y cuando yo te pegué... cua  
ndo...

No pudo continuar, se ahogaba.

Y las dos, abrazadas estrechamente, se pusieron a l  
lorar,  
comprendiéndose, reconciliándose, abandonadas al im  
perio de una de esas  
emociones que son como revelación repentina de una  
verdad generosa, y  
derraman su bálsamo de dulzura sobre las inquietude  
s y los sinsabores de  
la vida.

#### XIV

Charito hablaba con su madre y Lucía Moreno sobre u  
na rifa de caridad,  
proyectada y organizada por ella para contribuir a  
las obras de un  
pabellón en el asilo taller de Nueva Pompeya.

Adriana y Julio alcanzaban a oír, con intermitencia  
s, la animada charla.

De pronto Charito enmudeció. Momentos después apare  
cía ante ellos,  
confusa, mirándolos, sin acertar a explicarse; proc  
uró sonreír y se  
sentó en una silla, casi al borde. Pero en seguida

hizo un ademán de sobresalto y se levantó, indecisa. Había en toda su persona esa nerviosidad contenida y esos modos inopinados de quien procura hacerse comprender por alguien, con el temor de que otros, presentes, puedan advertirlo. Pero Adriana apenas volvió hacia ella sus ojos distraídos.

--¡Voy, mamá, voy! exclamó Charito con un gesto de desesperación, para llamar la atención de Adriana.

Esta repentinamente adivinó. Oyó la voz de Muñoz, miró a Julio consternada y se levantó oprimida por un sentimiento de vergüenza y desazón. Jamás había hablado con Julio de Muñoz. Tuvo tentación de despedirse y escapar por el vestíbulo. Pero la llamaron. Entró temblando al salón.

--Aquí la tiene usted, dijo con su habitual tono distinguido y amable la señora González, dirigiéndose a Muñoz.

Adriana, lentamente, fue a tenderle la mano, pero en seguida murmuró, ajustándose el sombrero con nervioso apuro:

--¡Qué tarde es! Ya no podría quedarme un rato más. La hora se me pasó, mamá me espera... Muñoz, tenemos que hablar, ya sé; le avisaré a Charito para encontrarnos una tarde aquí. Adiós, adiós.

Julio, retenido un minuto por Lucía, la vio salir como huyendo.

Tanto había conturbado a Muñoz la aparición momentánea



nea de Adriana y tan lejos estaba de suponer que Julio frecuentaba la casa de Charito, que no le reconoció en el primer momento.

La señora González celebró que ambos jóvenes fueran amigos y luego deploró que Adriana, por la hora, hubiese tenido que marcharse.

--Lo malo ha sido que a usted se le ocurriese venir tan tarde, añadió dirigiéndose a Muñoz--y esto le sucede por andar tan perdido de aquí, donde se le aprecia y se le quiere tanto.

Lucía la tomó aparte para que pudieran hablar Julio y Muñoz, pero dirigiendo hacia ellos, de vez en cuando, una graciosa mirada de curiosidad.

--¿Tú la conocías, entonces?

--Te lo dije aquella vez, repuso Julio.

--No lo recordaba.

--Te dije que la conocí en casa de las Aliaga.

--Creí que bromeabas, que te querías burlar de mí. No me lo dijiste muy claro, en todo caso. En fin, ella le coquetea a todo el mundo. Y dime, dejando este ridículo asunto mío, ¿has vuelto a encontrarte con aquella muchacha que también conociste en casa de las Aliaga? ¿De quién se trata, al fin? ¿Has vuelto a encontrarte con ella?

--Sí, he vuelto a encontrarme con ella.

--¿Dónde?

--Allí, en esa misma casa, volví a verla muchas veces, respondió Julio con dulzura.

--¿Y ya te habrás enamorado? Recuerdo, sin embargo, que te proponías no hacer nada para volverla a ver.

--Nada hice. Pero la quiero, ahora, mucho más que a mi vida misma.

--¿Y si ella te dejara?

--Nada haría para retenerla.

--¿Y eso cómo se explica?

--Pero si dejara de verla, lo mismo me daría morir. Ya no habrá nunca otra mujer en mi corazón.

--Pero no dices quien es. No, no importa... De modo que tu "flirt" con Adriana no tiene mayor importancia. Sí, ya comprendo, cosa de poco momento. Es ella, sin duda, la que te ha obligado a festejarla. La has encontrado aquí, por casualidad. El mismo caso de Castilla. Y volviendo a la desgracia mía... ¿Viste cómo apenas me tendió la mano? Es cierto que me dirigió una de esas miradas que siempre tiene para enloquecerme a su gusto. Apuesto la vida a que también a ti te ha mirado alguna vez así... y a Castilla... Te apuesto la vida.

Una vena azul se dibujó en las sienes de Julio y la serenidad de su semblante desapareció por algunos segundos.

--¿Aceptas la apuesta? insistió Muñoz. Yo voy a que del mismo modo angélico puede mirarte a ti, a Castilla y a todo el mundo. Sí, no tiene importancia alguna ese modo de mirar. No hagas caso, es indecible su maldad; hay en ella un demonio disfrazado, un demonio que a veces parece divino, pero que no lo es. Volviendo al corazón mismo de nuestro asunto, debo decirte que no me habló ella nunca de las Alia ga, de esa familia que tú idealizas. Adriana no las conoce, eso debe ser broma tuya. ¿Y hace tiempo que vienes aquí, a esta casa?

--He venido dos o tres veces, a lo sumo.

--¡Ah! Ya estoy dudando de la misma Charito. Dos o tres veces... ¿Para qué te invitan? Hubiese preferido que vinieras desde hace años... porque entonces estaría seguro de que la conoces en su maldad íntegra, y que ya la desprecias ahora. Yo soy el único que debe sufrir la condenación de quererla a pesar de todo... Es una muchacha digna de que se la maldiga.

Siguió un silencio largo. Muñoz, después de titubear visiblemente, durante algunos segundos, le exigió, en forma muy categórica, su opinión sobre Adriana. Y luego que Julio expresó, tranquilamente, una idea opuesta a la suya, se irritó sobremanera. Discutieron. Julio terminó pidiéndole disculpa de no poder compartir una sola de las apreciaciones hechas por su amigo.

--¡Qué quieres! Cabalmente me parece Adriana el tipo de esas muy exquisitas mujeres porteñas que nadie conoce, finamente disfrazadas de superficialidad, pero mucho más sutiles que las mujeres de otros países. Hasta la maldad resulta en ellas una pura apariencia, un velo necesario para ocultar la preciosa alma incomprensida. Sin embargo esta alma asoma, como a pesar suyo, en cierto hechizo discreto... ¿No confíesas tú mismo que Adriana suele hacerte la impresión de un demonio divino? Piensa un poco...

--En fin--le interrumpió Muñoz--¿qué me aconsejas?

Hizo esta pregunta clavándole una fría mirada. Julio tuvo un gesto vago y se levantó.

--Nada te aconsejo. Pero yo, si en ella no sintiera algo acorde con la pasión mía, creo que desistiría.

--No, no quieras decirme nada. Desprecio tu consejo... ¡La que no dejará entrar a otra mujer en tu corazón es Adriana!

--Sí, no he de negártelo.

--Bueno, todo esto carece de importancia. Tú y Castilla y todo el mundo están en la misma situación. Contigo hará lo que hizo conmigo. Te repito que es una mala muchacha, y si hoy encuentro a Castilla le daré un abrazo, de todo corazón. Y tú serás también un cobarde y un desdichado. Ya te ha mareado. El diablo debiera llevársela.

Se quedaron callados, Julio quiso despedirse. Lucía, acercándose, le retuvo, mientras parecían sus ojos preguntar a uno y a otro: "¿Y cómo han arreglado el asunto estos dos rivales?" Brillaba con tanta evidencia la curiosidad amable en sus lindos ojos, que Charito, impaciente, la abordó con un tema trivial, el primero que se le ocurrió.

Julio, como distraído por una preocupación, volvió a despedirse.

--Es una lástima, le dijo Lucía en voz baja, para no ser oída de Muñoz; ahora que no está Adriana para acapararlo como hace siempre, ahora que una podría hablar con usted, se va tan en seguida.

Pocos minutos después, acompañándole con Charito hasta la escalera del vestíbulo, su mano enguantada, mientras él descendía, le saludó por encima de la barandilla.

--Adiós, Lagos... es una suerte que se haya usted enamorado de Adriana... y yo de otro. Porque si no sería usted capaz de gustarme... Y reía deliciosamente, en tanto que Charito, tapándole la boca para que no prosiguiera, la reprendía en voz baja.

--Te pareces a Adriana; en esto son las dos igualitas.

Cuando ambas volvían al salón, Lucía confesó encantada:

--Yo me reía, sabes, pero más por disimular, porque te juro, dejando las

bromas, que Julio me gusta.

Ni la escuchaba Charito. Afligida, preocupada, comprendía que cambiar los sentimientos de Adriana era ya extraordinariamente difícil. Al mismo tiempo aumentaba en su corazón la animadversión contra Julio. Y acercándose vivamente a Muñoz:

--Quiero hablarle con sinceridad, exclamó, a usted, a mi mejor amigo, para quien jamás tendría una doblez. ¿Es o no verdad que soy su amiga más buena y más leal?

--Sí, ya lo sé, Charito, respondió Muñoz haciendo un esfuerzo para sobreponerse a la indiferencia que le abrumaba.

--Y bueno, prosiguió ella con tono conmovido--yo nunca he comprendido esa pasión suya por Adriana.

--Pero, Charito, ¡si ella es monísima! intervino Lucía.

--Tú no sabes lo que hablas. ¡No es una muchacha que merezca tanto! Aparte de su cara bonita todo en ella es coquetería y apariencias.

--Al contrario, Charito, Adriana es un encanto en todo sentido.

--¡Ah! No vaya usted a suponer, Muñoz, que quiero hablarle mal de Adriana; es una amiga de la infancia, y no le niego, por ejemplo, mucha inteligencia natural, y un espíritu cultivado. Pero tiene defectos fatales. Yo no creo que ella pueda ser garantía de

felicidad para un  
hombre noble como usted. No es mujer para el hogar.  
Cuando una muchacha  
tiene ciertas ideas, cierto instinto de libertad y.  
.. vamos, el modo de  
ser y la volubilidad de sentimientos que usted le c  
onoce tan bien como  
yo... No nos engañemos, Muñoz; ella es coqueta por  
temperamento, incapaz  
de constancia, llena de caprichos y con una imagina  
ción enteramente  
fantástica.

--Ya, la familia fantástica, dijo Muñoz, sin que Ch  
arito, llevada por el  
calor de sus palabras, advirtiese la interrupción.

--No, Muñoz, yo no comprendo que se pueda querer as  
í, ciegamente, y  
sobre todo no veo afinidad ninguna entre ella y ust  
ed. Son dos espíritus  
no sólo distintos sino casi opuestos, que no podría  
n comprenderse nunca.  
Usted se engaña, se engaña. Todo lo que hay en uste  
d de recto, de bueno,  
lo tiene ella de inconsciente, de voluble... o de q  
ué sé yo... Porque le  
repito que no quiero hablarle mal de ella.

--¡Pero no haces otra cosa, Charito! exclamó Lucía.

--¡No! No hablo mal de ella, digo lo que es, sin ce  
nsurarla. Yo tampoco  
soy una santa.

--Entonces no exageres así. Si nos pusiéramos a com  
parar ¿qué dirías de  
mí?

--Es muy distinto. No hay maldad en las cosas tuyas  
y en ella sí.

--Tampoco en Adriana. Una engaña como la pueden engañar a una. Las palabras de amor se aceptan sin calcular, sin exigir demasiado ni reclamar apasionamientos, y sin saber, muchas veces, si a una la quieren o si una quiere. Hay un claroscuro del sentimiento que tú no conoces, y donde pueden ocultarse el júbilo y las lágrimas. Porque en todo este juego, los ratos felices y las horas desdichadas se compensan; y sabiendo jugar, hasta la misma pena suele dejar en la memoria una dulzura...

El continuo velo de malicia había caído de su cara y hablaba con una seriedad graciosísima. Iba a seguir, pero advirtiendo de pronto que Charito y Muñoz tenían los ojos fijos en ella, escuchándola, se ruborizó como una criatura; y echándose a reír, volvió a recatarse bajo su amable expresión habitual.

--Ya les estaba dando toda una conferencia sobre el amor, pero fue por Adriana, por disculparla y por disculparme yo también. Creo que Charito es con ella demasiado severa... Fuera de Muñoz, (agregó para halagar a éste), a nadie hace caso, estoy segura, porque su "flirt" con Castilla no tuvo importancia. Y Julio parece un simple amigo.

--¡Ah, sin importancia, su "flirt" con Castilla! Yo no quería mencionarlo a Castilla, pero en realidad cuando se piensa que él



festejaba a Raquel y que Adriana no tuvo escrúpulos para hacerse festejar por él...

--No creo, Charito.

--Porque no la conoces.

--Al contrario. Y la imagino hasta mejor que yo, más idealista y que todo lo hace por exceso de idealismo...

--No sabes lo que dices, Lucía. Adriana es muy farsante, y yo le hablo así a Muñoz por la primera vez, para despertarlo, porque sufre de una alucinación. ¡Ah, si él supiera cómo se desvanecen después todas las apariencias con que la mujer sabe cubrirse, para interesar a los hombres, para desconcertarlos, y para hacer que poco a poco se engañen completamente! Y esto lo he pensado, Muñoz, no solamente ahora, sino hasta cuando ella se moría por usted.

--Nunca me pareció que se moría por mí, repuso Muñoz. Al contrario, Charito, ni cuando decía quererme.

--¡Porque ella todo lo calcula! Y en su afán de rarezas, hasta suele disimular su cariño, ese cariño que ella empieza a sentir por cualquiera, pero que se le va con la misma facilidad. Hace poco tiempo usted era el único que realmente había sabido, según ella, despertarle amor. Es cierto que lo mismo le oí decir en ocasión de otro festejo...

Ahora Charito inventaba, atribuía a su amiga palabrar

as que no le había  
oído nunca, o transformaba las cosas en el sentido  
que mejor convenía a  
su demostración. Sus escrúpulos desaparecían por la  
idea de consultar el  
interés de Muñoz.

--Yo creo, concluyó, que usted mismo se ha fomentad  
o esta pasión. Porque  
ni siquiera la comprendería si usted se hubiese dej  
ado seducir y  
alucinar por la simple belleza física.

Muñoz miró a Charito atentamente.

--Y ella ¿está enamorada de Julio, ahora?

--No lo creo, no puede Adriana enamorarse, no es ca  
paz de enamorarse.

Él insistió.

--¿Pero le demuestra algo, al menos?

--¡Ah, seguramente! No se concibe que ella converse  
con un mozo sin  
coquetearle.

Una expresión de sufrimiento alteró las facciones d  
e Muñoz.

--¡Cómo debe quererla, el pobre! murmuró Lucía al o  
ído de Charito. Y  
dirigiéndose a él:--Adriana puede volver a quererlo  
, y en todo caso, de  
no quererlo Adriana, no ha de faltarle otra. Cualqu  
iera que usted  
festeje lo querrá... Nadie podría ser feliz si toma  
ra las cosas como  
usted las toma y si no pudiera, en ocasiones, cambi  
ar de cariño, cuando  
no hay otro remedio. Sea razonable, Muñoz.

Hubiera sido difícil decir si era ternura o simple  
piedad lo que  
temblaba en la caricia de su actitud insinuante, du  
lce. Acaso se había  
ya desvanecido su repentina veleidad por Julio, ant  
e este muchacho  
abatido por desdicha de amor, y que parecía necesit  
ar tanto de un fino  
consuelo.

--Y no hay otro remedio, efectivamente,--murmuró él  
sumido ahora en una  
vaguedad de inconsciencia.--Pero no me resigno. ¿Qu  
é puedo hacer, Lucía?  
¿Qué puedo hacer?

Lucía, sin contestar en seguida, le sugirió con nat  
uralidad:

--Y... quiérame a mí...

## XV

Siguió atormentando a Muñoz el ansia de volverla a  
ver. Todo lo demás  
eran ideas y sentimientos que se desvanecían sobre  
una gran sensación de  
vacío. Recordó que había empezado la temporada de ó  
pera y que  
posiblemente estaría Adriana esa noche en el teatro  
.

Se vistió apresuradamente. Había bajado a la calle,  
cuando advirtió el  
olvido de los guantes y el pañuelo. Después, cuando  
entró en la platea,  
tuvo conciencia tardía de que dos minutos antes, fr

ente a la ancha  
escalera iluminada, se había cruzado distraído con  
un grupo de señoras y  
que una de ellas le había mirado sonriendo, para sa  
ludarle. "Bah, no  
tiene importancia", se dijo.

Terminaba el primer acto de "La Walkiria", cayó el  
telón, y ya  
encendidas las luces de la sala, buscó el sitio en  
que debía estar  
Adriana. Pero apenas creyó distinguirla, el exceso  
de la emoción le hizo  
apartar la vista, y se puso a pasearla por todo el  
teatro, por las mil  
caras rosadas, los blancos hombros desnudos y los p  
einados espléndidos  
cuajados de pedrería. Sobre el rumoreo de las conve  
rsaciones, vibraba  
alguna fina risa femenina y él volvía los ojos para  
reconocer a la que  
había reído. A la sola idea de que Adriana estaba a  
llí, tan cerca de él,  
un desfallecimiento corría por todo su ser. El aire  
de la sala, tibio,  
sensual, y el deslumbramiento de las luces, contrib  
uían para enervarle.

Pero al fin se acercó resueltamente al grupo donde  
había creído verla.  
No era ella, sino Raquel, y la acompañaban Fernando  
y una amiga a quien  
él conocía poco. Después de vacilar un segundo, con  
fuso, frente a ellos,  
saludó y siguió andando. En ese momento vio a Casti  
lla venir en  
dirección contraria a la suya. Para rehuirle volvió  
la cara.

Pero no le vio Castilla. Cruzaba la platea con su e  
legante desembarazo  
de costumbre, dominando la sala. Saludó a Raquel co

n cierta afectación  
digna y luego, de la misma manera, a varias muchach  
as reunidas en un  
palco, quienes le contestaron graciosamente, agitan  
do hacia él las manos  
enguantadas. Una, muy bonita, le llamó con un signo  
, pero él fingió no  
advertirlo, y fue a colocarse en el mismo sitio que  
había dejado Muñoz,  
apoyándose también en la barandilla de la orquesta.

Muñoz se arrepintió de no haberse detenido para pre  
guntar a Raquel por  
Adriana. Vio a Fernando levantarse. Las dos muchach  
as quedaron solas. A  
pesar de comprender que su indecisión no dejaba de  
ser algo ridícula,  
se llegó hasta ellas. Ambas, muy serias, le tendier  
on apenas la mano.

--¿Adriana no está?

Raquel miró a su compañera y respondió enrojeciendo  
:

--Creo que no... esta noche le fue imposible venir.

Su rubor provenía no sólo de mentir, sabiendo que A  
driana estaba en la  
cazuela, sino también a causa de sus hombros y braz  
os desnudos; aquel  
año venía por primera vez a la platea del Colón y n  
o podía sacarse la  
preocupación de que todo el teatro podía verla tan  
escotada. Ni se  
atreveía a mirar a Muñoz. Este creyó que la grave ca  
rita enrojecida de  
Raquel era un reproche a la inoportunidad de parars  
e a conversar con  
ellas, y se retiró en seguida.

Al llegar al segundo entreacto iba a marcharse, descorazonado, cuando saliendo de la platea se dio de manos a boca con Castilla. Este le abrió los brazos con alegría, sin dejarle ir.

--Tengo que darte una explicación, le dijo, y pedirte otra. Yo no estaba en antecedentes de nada, ¿sabes? Lo supe ayer, por casualidad. Pero vamos, no tomes las cosas por el lado heroico.

Se interrumpió un instante, porque mientras hablaba buscaba atraer la atención de una niña que le había mirado de soslayo, desde un palco próximo, llamativamente vestida de verde y con un gran "aigrette" blanco en la cabeza.--Es decir, continuó, no pude imaginarme que darías importancia a la cosa. Tú comprendes que Adriana...

--Sí, ya sé, otro día hablaremos, le interrumpió Muñoz, herido no tanto por el tema que abordaba Castilla, sino por oírle pronunciar el nombre de Adriana. Experimentó una impresión casi tan desagradable como en casa de Charito cuando le vio cortejarla y tan atrevidamente acariciarle la mano. Un odio físico le sublevó.

--¡Qué cara has puesto, Muñoz! Si te ofendí te pido me disculpes... Pero no negarás que ella es coqueta. Sería una lástima, realmente, que te dejaras envolver por Adriana. Indudablemente es un lindo tipo de mujer, pero no pierdas la cabeza. A propósito, la vi en la primera función de

la temporada; desde entonces no ha vuelto a venir.

Muñoz, a punto de contestarle despectivamente, se retiró al oír la noticia; y por la sola posibilidad de que aquella charla de Castilla pudiera revelarles cualquier circunstancia referente a ella, le siguió escuchando.

--A mí, en realidad, no me gustan las muchachas como Adriana, prosiguió Castilla.

Con todos sus desdeñosos alardes, debía quedarle un resquemor, porque acompañó dicha frase con un brusco movimiento de hombros y cierto gesto que le contraía los labios y daba a su rostro una expresión desagradable. Habitualmente perdía así la elegancia de la actitud y la distinción del rostro en cuanto le dominaba un estado de pasión; la verdadera mezquindad de su ser se traslucía.

Pero habiéndose vuelto hacia el palco próximo, encontró puestos en él los ojos de la niña: su rostro se dulcificó instantáneamente, a tiempo que se rehacía toda la elegancia de su postura. Al notar que ahora Muñoz le escuchaba con atención, prosiguió su charla.

--Lo que es al casamiento no iría uno con Adriana ni a cañón, esto lo convendrías conmigo. Aunque en realidad, hoy por hoy, con la libertad que se deja a nuestras niñas y con tanta perversión como hay en las costumbres, las peores suelen ser esas que más apar

iencia tienen de  
ingenuas y de buenas. Oye: hoy no podemos estar seguros ni de la virtud  
de nuestras hermanas. Es deplorable lo que pasa en lo referente al nuevo  
criterio moral de la sociedad porteña... No te extrañe oírme filosofar  
acerca de los vicios sociales. Muchos me tienen por un tarambana, ya sé,  
pero precisamente si tengo veintiocho años y no he concluido todavía la  
Facultad, es porque me atrae y me interesa, más que los libros, más que  
los Códigos, la vida misma. ¡Lo que yo veo, lo que yo aprendo en la  
observación del mundo! Tal vez un día escriba algo.  
.. No creas, tengo  
pensado un estudio sobre la evolución de la sociedad argentina; será un  
golpe de maza. ¿Sabes lo que me propongo demostrar?  
Que si no se pone  
remedio al avance de los vicios y a la inmoralidad que están creciendo,  
la sociedad argentina se va al hoyo. ¡Al hoyo! ¡Si hay niñas que ya  
tienen "garçonnière"!

Nuevamente asomó a su cara una expresión violenta y desagradable.

--La sociedad se irá al hoyo, murmuró Muñoz, cuando todo el mundo  
proceda con tu falta de escrúpulos y con tu falta de honor.

Castilla le miró sorprendido, como quien recibe de improviso una injuria  
completamente inmotivada.

--Hijo, repuso, la inmoralidad mía nada tiene que ver con la inmoralidad  
social. Y pasando a cosas menos serias, ¿no sabes q



ue la tonadillera se  
ha casado? Tú fuiste muy tonto.

Empezaba la orquesta el preludio del tercer acto y  
apagaron las luces.  
Castilla miró una vez más, con atrevimiento, a la n  
iña del palco. Pero  
como Muñoz se retiraba, sin saludarle, le retuvo en  
el pasillo.

--Oye, tú sabes que con todos mis defectos una cual  
idad no me falta: la  
franqueza. Yo quisiera darte un consejo bien sincer  
o sobre Adriana. No  
lo tomes a mal ni supongas que pueda guardarle renc  
or... Al contrario,  
me ha hecho pasar buenos momentos, me ha mirado con  
ojos dulces... en  
fin, yo no podría quejarme...

--¿No puedes quejarte?--dijo Muñoz, los ojos llamea  
ntes y un impulso de  
echarle las manos al cuello. Sentía que Castilla es  
taba groseramente  
mintiendo.

--Pero precisamente, continuó Castilla titubeando s  
obre lo que iba a  
decir,--precisamente no pretendo que abandones el c  
ampo, de ningún modo.  
Ya te dije que Adriana me parece un soberbio tipo d  
e mujer. Ha de ser  
una niña de aventuras, como hay tantas ahora, en nu  
estra sociedad. Mi  
consejo tiende sólo a prevenirte contra la posibili  
dad de que pudieras  
meterte de tal modo en este lío...

No pudo proseguir, porque Muñoz, en voz baja, desco  
mpuesta por la rabia  
contenida, le interrumpió:

--¡Óyeme! Ella será lo que quieras, pero tú has de empezar a decir vilezas sobre Adriana, ¿me oyes?... cuando te hayas hecho digno, como un perro...

Quiso agregar algún insulto atroz, pero la misma sobreexcitación le impidió proferir otra palabra. Su amigo, más admirado que ofendido, le miró alejarse y rehusar al salir, con un gesto violento, la contraseña que un empleado intentó entregarle.

Encogiéndose de hombros, Castilla entró en la sala. Pasó junto al palco de la niña del traje verde, caminando lentamente; luego de pasar se volvió hacia ella y la miró atentamente, con una imperceptible sonrisa.

## XVI

Pasaban los días sin que Charito le diera noticia alguna. La desesperación le hubiese consumido, pero le alimentaba el ensueño. Adriana se le aparecía con todos los esplendores que sus largos deseos le atribuían: a veces le miraba, de pronto, con inusitada expresión de cariño, lánguida, como en la realidad no le había mirado nunca, los ojos húmedos, el beso en los labios, tendidas hacia él sus manos llenas de vagas caricias. La imagen misma era ya una caricia, y se le acercaba, dulcemente; sentía en la cara el calor de su cara,

la misteriosa  
blancura de un seno pequeño emergía, en la sombra..  
. Y Muñoz se  
aterraba, tenía la sensación de cometer en su pensa  
miento una  
profanación. Pero al mismo tiempo todos los desdene  
s, todas las  
humillaciones pasadas, le parecían insignificantes  
ante la idea de la  
felicidad prohibida, que imaginaba oculta en aquel  
soñado esplendor de  
los bellos hechizos.

No había muerto del todo su esperanza. Aguardaba la  
entrevista.

Volvió a pedir una licencia en la secretaría del Ju  
zgado, una licencia  
más larga que la anterior, para poder abandonarse c  
ompletamente a la  
melancolía de su preocupación. En los domingos, por  
la mañana, estaba  
seguro de encontrarla. Ella iba a la iglesia del So  
corro, siempre a la  
misma misa de las once, vestida con sencillez. Muño  
z se disimulaba en la  
nave izquierda, y aguardaba con el corazón palpitan  
te. Aguardándola, su  
imagen empezaba a representársele, traída por el de  
seo, en tanto que la  
iglesia, su bóveda, los altares llenos de cirios, o  
scilaban para sus  
ojos como un confuso sueño. Al fin Adriana misma ap  
arecía, mojaba los  
dedos en la pila del agua bendita, se persignaba; s  
u semblante no perdía  
la dulce naturalidad de la expresión. Su andar era  
suave, su silueta  
pasaba entre la silenciosa concurrencia arrodillada  
. Muñoz aspiraba  
largamente la impresión que recibía en el alma; y e  
ra como un

desvanecimiento de su ser, una blandura para todos sus sentidos.

Adriana, sin apartar su mirada del altar, por medio de la nave pasaba, y el fino perfil de la cara se iba ocultando, a los ojos de Muñoz, bajo el ala del sombrero de fieltro. Su silueta se anegaba en la ligera penumbra del templo; llegando cerca del coro se hincaba de rodillas, ponía los brazos juntos en el asiento delantero y abría el libro de oraciones.

Muñoz, aproximándose, no perdía un detalle. Contemplándola así, en la media luz, bajo el grave silencio, durante una larga hora y sin que ella ni nadie lo advirtiesen, le parecía en cierto modo poseerla. Era suya cada una de sus actitudes y de sus gestos, era suya la humildad llena de gracia con que rezaba, era suya la cara que se apoyaba sobre las manos juntas, cuando el sacerdote levantaba el cáliz y todo el mundo caía de rodillas.

La atmósfera de la iglesia, con el olor del incienso y el cuchicheo inquieto de las oraciones, penetraba sutilmente los sentidos de Muñoz y se confundía con la vaguedad de su sentimiento. Su pena de amor parecía comunicarse con la inmovilidad de los fieles, con la tristeza mística de los santos inmóviles, con el súbito tintineo de la campanilla ritual, y subía por el humo del incienso, que anublando en el altar la figura de la Virgen, la dejaba reaparecer luego al resplandor escaso de los cirios.

Cuando un domingo, por primera vez, Adriana no acudió, un sufrimiento casi físico le traspasó. Durante toda la misa, que le pareció prolongarse extraordinariamente, lo pasó arrodillado, junto a la pilastra donde se ponía siempre, bajo el púlpito. El tintineo de la campanilla le hizo daño. La misa terminó, algunas señoras se pararon, persignándose; en seguida, con un sofocado rumoreo, todo el elegante gentío se levantó también, y lentamente, formando hilera, comenzó a salir. Los bancos quedaron vacíos. Apagados los cirios, una penumbra en el silencio fue amortiguando el brillo de los altares, y las estatuas vestidas de los santos se anegaban de sombra en sus nichos.

Durante algunos minutos, apoyado en la pilastra, Muñoz aguardó todavía, con la esperanza pueril de que Adriana por un milagro apareciera. Porque se había acostumbrado a esa secreta hora de voluptuosa alucinación, como se habitúa el fumador de opio a la caricia fantástica que se le desliza en los sentidos con el veneno de la droga.

Al fin se decidió a marcharse. Sus pasos resonaron en el templo vacío. Afuera, el sol de mediodía iluminaba el espacioso atrio y la fachada de los edificios vecinos. Todavía formaban corrillos los mozos que acuden para ver salir de misa a las muchachas. Uno de ellos, viéndole pasar, le palmeó amigablemente. Muñoz, abrumado, ni siquiera le miró.

Ese día experimentó contra ella un rencor profundo, como si Adriana hubiese faltado al compromiso de una cita. Recordó todas sus pasadas inconsecuencias, la perversidad con que le había retenido, en los primeros tiempos, la inexplicable ternura de las cartas que le escribía para luego mostrarse ante él fría, implacablemente fría; recordó también la escena con Castilla y la extraña presencia de Julio en casa de Charito.

Sin embargo, aunque sus reflexiones le llevaban a considerarla lógicamente un ser lleno de falsía y de crueldad, tenía bien luego la sensación de padecer un error profundo. Le asaltaba el pensamiento de que su rencor era vil. Y entonces la imagen de Adriana, transfigurada, resplandecía para él desde una portentosa lejanía.

## XVII

Avisada un día por Carmen de que José Luis Aguirre, llegado de Europa, les había hecho una visita, Adriana fue a casa de las Aliaga con la gran ansiedad de saber si reanudaría Laura con él su antigua relación. Ardientemente lo deseaba. Su actitud, cuando se anunció la vuelta de José Luis, permitía abrigar pocas esperanzas. Sin embargo, podía suponerse que la tenacidad de su silencio no significara una real

indiferencia para el bello pasado romántico, sino que persistiendo secretamente en ella la memoria del idilio interrumpido, la frialdad fuera más bien pura apariencia y reproche tácito a Zoraida.

También ésta aspiraba, evidentemente, a que se produjese entre ambos la reconciliación; había dejado de ver en aquel amor una desdicha fatal. Y Adriana, recordando con piedad la dolorosa relación que le hiciera Carmen dos meses atrás, se representaba de nuevo a la pobre Laura dormida, su cabeza reposando en el blanco almohadón y guardando, bajo el velo del sueño, la tristeza que le había dejado la inoportuna alusión de Carmen.

"¡Qué extraña es la manía de Zoraida!--pensaba Adriana. ¿Por qué suponer que el amor ha de traer por fuerza la infelicidad? Será sugestión que le dejó la muerte de papá... Y ahora ¿por qué consiente? ¿Por qué nos estimuló, la vez pasada, para que le diéramos bromas con José Luis?"

Y mientras discurría de esta suerte para sí, aumentaba su deseo ansioso de que se reconstruyera el idilio y se casaran.

Con la primera que se encontró fue con la misma Laura. Había adelgazado en pocos días. Vestía un batón azul, ceñido con cinturón de seda negra, y en tan descuidado arreglo, sin embargo, una gracia suave la envolvía.

Adriana quedó helada. No eran aquellas, por cierto,

las apariencias de  
quien ha recobrado una dicha perdida. Pero se sobre  
puso a la impresión  
penosa y fingió no advertir el aspecto desmejorado  
de su amiga.

--Laurita, sé que José Luis ha estado aquí...

Pero ella la besó y llamó a sus hermanas. Era evide  
nte que le dolía  
tocar este asunto. Iban todas a subir a la habitaci  
ón de la abuelita,  
cuando sonó el timbre de calle y se anunció José Lu  
is.

--¿Y piensas recibirle así?--dijo Carmen mirando a  
Laura de arriba  
abajo, sorprendida de su desaliño.

Ella le respondió con un ligero gesto de fastidio.

--Pero tú, Adriana, mientras ellas suben con él, ve  
ndrás a conversar  
conmigo. Luego subiremos también, si quieres, aunqu  
e no sé qué interés  
podrías tener en conocerle, ahora...

Se sentaron juntas tomándose las manos, mientras oí  
an la voz juvenil y  
expansiva del visitante resonar en el vestíbulo.

--¿Estoy delgada, verdad? Es un principio de anemia  
.

--¿Y no te cuidas?

--Ellas y Eduardo quieren llevarme a la estancia. P  
ero no me decido a  
ir. Me moriría, te lo juro... Debe parecerte muy ra  
ra la indiferencia  
mía para con José Luis. Tú sabes toda la historia;  
no necesito



preguntarte si te la ha contado Camucha. Capaz la creo de habérsela contado también a Julio.

--¡Oh, no! No lo pienses, Laura.

--Es lo mismo... Quería decirte que él me hace ahora la impresión de un simple extraño, precisamente la impresión que yo había imaginado, cuando dijeron que volvía de Europa.

--¿No te habrás sugestionado, entonces, con esa imaginación? El amor se relaciona tanto con nuestras ideas, con nuestras fantasías...

--Sí, cuando no hay una sensibilidad más o menos afinada, o exagerada, que no engaña, y lleva en cambio a la fatalidad de la pasión real, profunda. Tú, como yo, estamos destinadas a una excesiva dicha o a un sufrimiento mortal. Por eso te quiero tanto, Adriana, como a una hermana, suceda lo que suceda. Nos parecemos por el modo de sentir, por la necesidad íntima del ideal, por la imposibilidad de ser felices a medias...

Pronunció con enternecimiento estas palabras y se levantó, como asustada de su propia sinceridad y de lo que todavía pudiera salir de sus labios.

Adriana quedó muda, alterado todo su ser por una emoción sin nombre.

En esto se oyó la voz de Carmen llamándola; sus gritos bajaban atravesando el vestíbulo y llenando toda la casa co

n la contagiosa  
alegría mundana que había traído José Luis.

--Subamos, lo conocerás, es un muchacho muy bien. Sí, eso, un muchacho muy bien. Entretiene, divierte, es oportuno y muy agradable.

Al entrar en la habitación de la abuelita, su cara tomó cierto aire de indiferencia que nunca tenía. Tendió la mano a José Luis y como estaba Adriana junto a ella, se lo presentó.

Era un joven alto, vestido acaso con elegancia demasiado cuidada, según el juego perfecto que hacían la ancha corbata azul oscuro, la camisa finamente rayada de azul claro, el rosado rostro lleno de salud y los vivos ojos grises. La mirada de estos ojos era franca y tenía cierta protectora bondad cuando reía. Toda su persona demostraba cortesanía y dicha de vivir.

"¿Y este muchacho, pensaba Adriana, este muchacho tan elegantón y tan absolutamente seguro de sí mismo escribía las cartas divinas que dice Camucha? ¿Es posible concebirle protagonista de la novela de amor interrumpida por Zoraida?"

Echó involuntariamente una ojeada a Laura, y en el fondo de su dulce y noble mirada, leyó en seguida: "¿Comprendes, ahora, que no podría volver a quererle?"

José Luis, que había interrumpido--intrigado por aquel mudo

lenguaje--una relación sobre costumbres típicas en el sur de España, la reanudó al momento. Su charla era chispeante, llena de comparaciones pintorescas y de reflexiones chistosas que intercalaba con evidente propósito de matizar más brillantemente su relación. Pero se advertía que algún episodio de efecto lo contaba ya de memoria. Se dirigía particularmente a la abuelita, quien le escuchaba a probándole con su gesto plácido de anciana. Carmen celebraba con alegre exageración los pasajes graciosos, y Zoraida, mucho más comunicativa que de ordinario, le interrogaba y tomaba parte activa en la conversación.

La presencia de José Luis había alterado el ambiente de la casa. Eran otras ahora las caras de Zoraida y de Carmen. Y era otra, también, la misma abuelita. Los viejos muebles coloniales que la acompañaban desde otros tiempos, parecían escuchar también, con un poco de asombro, la alegre charla, en aquella habitación impregnada de reminiscencias añosas y como poblada de vagos fantasmas.

Y galvanizada por la alegría de José Luis, la abuelita empezó a referir, con abundancia de detalles familiares, episodios sumidos en el largo pasado, y cuyos protagonistas, evocados así, parecían comparecer ante ella, adoptando un singular aire de personas resucitadas y sorprendidas de salir a la claridad del mundo. Seres que ya sólo en el recuerdo de esta anciana continuaban perdurando y que se desvan

ecerían para siempre  
cuando ella bajara a la tumba.

Y era un curioso contraste, después de la chispeante y sonora  
conversación de José Luis, el modo apacible, lento,  
con que la abuelita  
contaba las cosas de su tiempo.

Las Aliaga la escucharon con aquella misma atención  
recogida que Adriana  
había observado ya en ocasiones pasadas. Laura, sin  
embargo, atendía con  
menos avidez que las otras, como si algo en su interior atrajera con  
tenaz persistencia la preocupación más cara de su ser.

Hablaba la anciana, con muchos pormenores, de un festejante, Emilio  
Medrano, cuyos hijos, ya viejos, ni se acordarían de ella; un festejante  
que, muy rendido a ella durante algún tiempo, cesó  
repentinamente en su  
empeño galante.

--Nunca supe yo por qué se retiró. Hoy estuve toda  
la mañana pensando si  
no serían intrigas de una amiga, una compañera que  
tuve en el colegio de  
las Salesas. Porque me pareció que también ella estaba enamorada de  
Medrano.

A José Luis no le interesaban gran cosa los relatos  
de la anciana. Se  
advertía su atención distraída y la extrañeza que le  
causaba la evidente  
despreocupación de su novia de la adolescencia. "Tenemos que hablar" le  
decían de vez en cuando sus ojos, mientras con su aire cortesano fingía

no perder palabra de la abuelita, que pronto calló para sumergirse en la cavilación de las causas que habían motivado el retiro de Medrano.

José Luis reanudó su charla. Se refirió a las veces que tuvo ocasión de departir con el rey de España, quien "era una monada" por su sencillez y por la franqueza de su carácter. Y no dejó de mencionar, como cosa incidental, su amistad con tales o cuales personajes "cubiertos delante del rey", y la gracia de una duquesita a quien había tratado varias veces en Palacio.

--Y sin embargo, afirmó con enérgica sinceridad, créanlo ustedes o no lo crean, yo daría con gusto todos estos años intensos y todas las perspectivas de mi carrera diplomática, por volver a vivir el encanto de mis quince años, entre mis relaciones de aquí, donde los recuerdos me han dejado no sé qué perfume de sentimientos inolvidables.

Volvieron a encontrarse la mirada de Laura, llena de manso desvío, y la entristecida de Adriana. Movida ésta por impulso más fuerte que su voluntad y experimentando al mismo tiempo una sensación rara y penosísima, se acercó a Laura, le habló al oído y la sacó fuera de la habitación.

--¿Serías capaz, Laurita,--comenzó con la voz ligera como un soplo, cuando estuvieron solas,--serías capaz de explicarme sinceramente algo

que quiero preguntarte?

--Sí, siempre soy contigo sincera.

--¿Por qué te preocupó, aquella vez, que Camucha pudiera haber contado a Julio tu asunto con José Luis?

Laura ni pareció siquiera advertir el tono demudado con que la había Adriana interrogado.

--¿Preocuparme? Te habré dicho distraída que eso me preocupaba. En realidad no puedo habértelo dicho. O habrá sido por decir hasta qué punto Camucha es indiscreta. Son historias tristes que no deben salir de una misma.

--¡Cómo me despistas!

--¿Pero por qué?

Adriana la miró en los ojos profundamente. Nada pudo leer.

--¿Entonces, en tu vida no sucede, "ahora", algo extraordinario?

--Desde aquello que hubo con José Luis, no, puedes estar segura. ¡Tengo una indiferencia!

Adriana con ardiente alegría acarició a Laura, contentándola.

--¡Ah, qué alivio! ¿Sabes lo que se me había ocurrido, la sospecha que había empezado a atormentarme?

--No, Adriana, no puedo imaginarlo.

--¿Ni siquiera imaginarlo? ¡Oh! ¡cómo he podido crearme un motivo de tormento que no existe! Pensé que podrías haberte enamorado de... de Julio.

--¿De Julio?

--Sí, de Julio.

--¡Qué idea! Un amigo tan leal, tan bueno, que con nosotras congenia tanto, se diría casi un hermano nuestro. Y tú sabes que viene aquí hace años. ¿Cómo se te ocurre que Camucha no me hubiera dado bromas con él, alguna vez?

Y Laura llamó a gritos:--¡Camucha! ¡Camucha! ¡Pero que no venga Zoraida, ni nadie, sino Camucha!

Y alegremente declaró a su hermana que Adriana tenía celos.

--¿Adriana celosa? ¿Celosa de quién?

--De mí, de mí.

--¡Oh, Adriana!, exclamó Carmen tomándole los brazos como pasmada de asombro. ¿En media hora te has enamorado de José Luis?

--¡Tonta!--exclamó Laura, cada vez más animada y con un modo que en ella no era natural,--Adriana no podría enamorarse nunca de un muchacho como José Luis, tan pura espuma como él es. Pero empezó a sospechar, sí, a sospechar en serio, muy en serio, que yo me estaba

enamorando de Julio.

¡Y se había puesto celosa! ¡Qué alma más buena, más delicada! Tal vez estaría dispuesta, por un arranque de bondad absurda, a dejarme el campo libre. Ojalá la hubieras visto hace un rato, después que me sacó de allí con tanto misterio, cuando me preguntó confidencialmente si yo lo quería a Julio. Se puso blanca como un papel.

Calló repentinamente y en seguida empezó a reír, a reír de veras.

--¡Cómo estás colorada!--observó Camucha.

--Mejor, así ya no tendrán pretexto para llevarme a la estancia.

Se aplicó el dorso de la mano a una y otra mejilla y volvió a reír. Parecía realmente divertida con los celos de Adriana.

Aunque todas aquellas manifestaciones eran raras en su carácter de ordinario sereno y dulce, Adriana no pudo advertir, por el momento, nada de anormal. No cabía en sí de júbilo. Miraba desvanecerse una preocupación, un ligero fantasma que había flotado fugitivo, impreciso y como poniéndose siempre a sus espaldas, para no ser visto...

## XVIII

--¿Sabe, Muñoz, quién vendrá? Adriana. ¡Qué coincid



encia! En este momento iba a mandarle avisar a usted. Al fin se realizará la gran entrevista. Pero lo peor--y se lo digo con el corazón en la mano--sería para usted reanudar... ¡Qué miedo tengo de que ella le haga una escena romántica para no cortar del todo con usted! Es una muchacha que goza con hacer sufrir. ¡Lucía! ¡Lucía! No quiere oír que la llamo. Supo que usted venía y ya no concluye de arreglarse. ¿Por qué no la festeja, Muñoz? Es linda y buena. Festéjela, por lo menos durante algún tiempo. Ella sabe hacer olvidar.

--¿Está usted segura, Charito, de que Adriana vendrá?

--¡Qué obsesión con Adriana! Sí vendrá. Pero escuche. ¿Quiere que le dé un consejo? Cuando llegue Adriana, usted dedíquese a Lucía. Debe venir también un mozo que ha empezado a festejarme, a mí; y entonces, si yo me pongo a conversar con él y usted con Lucía, Adriana no tendrá más remedio que "planchar".

Todo lo iba hablando Charito sin advertir que Muñoz se había puesto pálido a las primeras palabras. Le costaba creer que Adriana vendría. Se la representó avanzando entre los fieles arrodillados, alzada hacia el altar su cara ligeramente atónita, bajo el ancho sombrero.

Había ella adquirido para su pensamiento un prestigio inasequible.

--¡Pero Muñoz, Muñoz, aquí está Lucía!--exclamó Charito,--¡salúdela!

Se levantó sorprendido, confuso, ante la joven que le miraba con su gesto de amable curiosidad.

En ese momento apareció Adriana.

Cuando vio a Muñoz se entristeció, le tendió la mano casi con timidez. Sus ojos expresaban dulzura y seriedad.

Lucía caminó rápidamente hacia ella.

--¡Qué bonita estás!--exclamó contemplándola con admiración.

En seguida, para dejarla con Muñoz, le hizo un signo de inteligencia, agrandando los ojos y sonriendo; le dio la espalda y fue a tomarle las manos a Charito. Su graciosa actitud hablaba: "¿Qué podrá pasar? Lástima no poder oír lo que éstos van a decirse".

Murmurando en seguida algo en secreto a Charito, pero dejando notar a propósito que inventaba un pretexto la llevó al saloncito contiguo.

Adriana se sentó. Muñoz, mudo, casi no la veía. La impresión de hallarse de nuevo con ella, le infiltraba una extraña insensibilidad.

Sin atreverse a mirarla en los ojos, se puso a observar atentamente la gargantilla de perlas en el triángulo de blancura que dejaba el breve escote.

--¿No quiere ahora hablar conmigo, Muñoz?

Hizo ella esta pregunta en un tono ligero, casi de queja.

Cuando quiso él responder, sintió, aterrado, la inutilidad de todo lo que podría decir, de todo lo que había cavilado muchas veces en la espera larga de una explicación definitiva. Iban a subir palabras a sus labios y su voluntad las rechazaban con desesperación. Suspiró, y cerrando los puños se hincaba las uñas en las palmas.

--¡Oh, Ricardo!--exclamó ella acentuando aquel inusitado tono de queja.

Experimentó Muñoz un halago indecible. Sólo una vez, en otro tiempo, le había llamado por su nombre. Se dejó avasallar por una idea insensata: todo lo que había sucedido y todo lo que pudiera suceder aún, no sería obstáculo para el advenimiento, tarde o temprano, de la misteriosa felicidad.

Entonces, repentinamente, las palabras le nacieron abundantes, como agua que se desborda. Se apuraba febrilmente, y sólo tenía verdadera conciencia de cada frase, cuando la había ya pronunciado. Ella le escuchó inmóvil, con los ojos bajos y las manos juntas humildemente sobre la falda. Y aquella actitud inusitada exaltaba más a Muñoz.

La habló del comienzo de su amor, evocó la pasión ardiente nacida bajo

los paisajes de la sierra, las grandes melancolías de la decepción, la inconsecuencia con que ella había destruido su ilusión de una dicha perfecta, y luego las dudas, la continuada angustia, y las bellas cartas de amor que más tarde se complacía ella en desmentir con una frialdad cruel, acaso por el simple deseo de hacerle mal.

Estos reproches no eran amargos como otras veces, sino resignados, sumisos, y contenían una suprema súplica. El último vestigio de su orgullo había muerto, y la elocuencia le venía de la sinceridad de su espíritu fecundado por el sufrimiento. Le contó que iba siempre a la iglesia, los domingos, para contemplarla furtivamente durante la misa, y le explicó cómo, imaginándola suya, y soñando con lo que no sería realidad nunca, había atravesado aquellas largas semanas de pena. Y ahora no le exigía nada, no le recordaba promesa alguna y sólo pedía que le dejara el alivio de poder algunas veces hablarla.

Calló, cubriéndose los ojos, y esperó la respuesta de Adriana. El calor de sus propias palabras había traído a su ánimo una serenidad desconocida.

--Yo lo escucho, Muñoz,--dijo ella--y comprendo que si usted me hubiese hablado así en otro tiempo, no habrían pasado muchas cosas... No me parecería un desatino, al menos, esta pasión suya... Usted no es el de antes... Sí, un desatino. Usted no sabe, yo también

he cambiado... A  
todos nos arrastra en el mundo una influencia, un n  
o sé qué, somos  
pobres criaturas, créame...

Y Adriana no podía proseguir.

--¡Por favor!--exclamó Muñoz--Una palabra sencilla,  
clara, sincera...

Su espíritu hacía un doloroso esfuerzo para entende  
r la nueva actitud de  
Adriana.

--¡Ah, si supiera con qué lealtad quiero hablarle!--  
--repuso ella.--Y es  
que procuro explicarle, para que usted no interprete  
mal.

Si no concibo ahora su pasión, si me parece un desa  
tino, es porque yo me  
engañé y pienso que usted se ha engañado también. Y  
o tengo la culpa, ya  
sé. Como le escribía esas cartas y como después me  
mostraba tan  
insensible y tan rara, usted mismo se avivó una pas  
ión que tal vez no  
hubiera nacido nunca o se hubiera apagado pronto si  
yo me hubiese  
mostrado más sencilla, más vulgar, como realmente l  
o soy. No concibo  
tampoco que usted pueda quererme; se ha enamorado d  
e una ficción, de un  
fantasma. Yo en mí misma soy tan sencilla... hasta  
soy buena ¿sabe?  
Usted se ha enamorado de mi maldad y por eso debe a  
hora olvidarme. Por  
que ahora... no sé si decírselo... pero ya Charito.  
.. no, nada. No me  
creerá si le digo que por usted sufro, sufro mucho.

Muñoz alzo la cabeza y la miró.

--¿Que sufre por mí?

Todas aquellas palabras de Adriana le impresionaban de un modo inaudito.

Tenían algo desconocido, ardiente, y Muñoz sentía la proximidad de una explicación realmente definitiva.

--¿Que usted sufre por mí?

Y esta idea de que ella por él sufriría, se agrandó en su imaginación desmesuradamente, llenándole por un instante de júbilo insensato. Creía soñar.

--Sí, Muñoz, continuó ella vacilante y como si realizara un gran esfuerzo para decidirse a pronunciar cada frase. Su fro mucho, daría no sé qué si pudiera borrar las perversidades que tuve con usted. ¡Dios mío! Si siempre hubiese sido leal... Porque yo, ahora, quiero a otro.

Se detuvo bruscamente, desolada, arrepentida de aquella confesión a que la había arrastrado un ardiente deseo de sinceridad. Muñoz palideció de nuevo, la mirada llena de espanto.

Hubo un silencio largo.

--¿Usted quiere a otro?...--pronunció él con voz lenta.

Ella hizo ahora un signo negativo, pero ninguna palabra salió de sus labios. En el silencio llegaban frases sueltas de la conversación de

Charito y Lucía, en el saloncito contiguo.

--Sí, usted quiere a otro, a Julio.

--Escúcheme...

--Sí, a Julio, ya lo sé, lo siento.

--Escúcheme, repitió ella con modo afectuoso, casi tierno,--yo no merezco su cariño... Yo, Muñoz...

--Ah, esta será la escenita romántica, interrumpió él con una sonrisa de sarcasmo.

--Yo no puedo querer, ahí está toda la complicación, todo lo indescifrable. No busque otra causa. No es verdad que yo quiera a otro...

--¡No es verdad que quiere a Julio!

--No, no, continuó ella cada vez más agitada. Si le dije que quiero a otro ha sido... no sé, porque soy mala y necesito mentir a cada paso. Durante toda mi vida mentiré. Soy una coqueta vulgar. Engañar, para mí, ha venido a ser algo así como una necesidad. No guarde sobre mí ninguna ilusión. ¡Habrá tantas que puedan quererlo! Yo soy mala, he nacido y seré siempre mala. La coquetería es algo más fuerte que mi voluntad. Tal vez Charito le haya dicho ya que soy incapaz de hacer feliz a un hombre.

Se detuvo un momento, presa de una alteración cada vez más visible, y llamó gritando a Charito. Esta y Lucía acudieron as

ustadas.--Dime,  
Charito, ¿no es cierto que soy mala? ¿Te parece que  
soy capaz de un amor  
realmente puro, te parece que soy capaz de constancia? Sé sincera,  
Charito, no te quedes callada. Confiesa que yo no podría hacer la dicha  
de un hombre inteligente y bueno como Muñoz. Confié salo, por favor. No  
quieres decirlo, pero te pones colorada. Sí, ya sé que por lealtad  
amistosa le has ocultado esto que tú no puedes dejar de pensar. Pero es  
preciso decir la verdad alguna vez. La verdad es santa. Si yo a Muñoz no  
lo quiero es porque soy mala, perdida para todo cariño verdadero. ¡Hay  
tantas mejores que yo! Lucía misma, sí, Lucía. A mí déjeme, no piense  
más en mí, abandóneme. No soy digna de que nadie, no, nadie, ponga su  
cariño en mí.

Y decía todo esto con un ardiente deseo de que él se desilusionara y  
dejara de sufrir.

Muñoz la miraba atónito. Apenas entendía aquellas frases precipitadas y  
llenas de emoción. Resonaban extrañamente en sus oídos y le aterraba en  
ellas un sentido oculto, impenetrable.

Al mismo tiempo atendía a la expresión y a la actitud de Adriana. Y  
Lucía y Charito también la contemplaban suspensas. No quedaba en su cara  
vestigio de la antigua gracia inquietante. Una hermosa nueva la  
revestía, maravillosamente, y bajo las sombras de sus pestañas brillaba  
la piedad.



De pronto, con el gesto de una criatura a quien reprenden, se cubrió con los brazos la cara y salió, precipitadamente. Charito se sentó al lado de Muñoz, descorazonada.

Un minuto después, en el penoso silencio, se oyeron gemidos ahogados que venían del saloncito contiguo. Era Adriana que sollozaba.

## XIX

Iba a inaugurarse la nueva sección del Asilo de Nueva Pompeya. Charito pidió a Julio que asistiera a la ceremonia y procurase llevar también algunos amigos. ¿No era lamentable que los jóvenes inteligentes demostraran, en su mayoría, ese despego ahora tan general para las cosas del culto y hasta el mal gusto, a veces, de hacer ironías con la religión? Esto se lo pedía, pues, con un especial interés.

Adriana escuchaba.

--Comienza por avisarle,--intervino Lucía Moreno,--que también Adriana irá.

--No, a mí me ve todos los días, pero debe ir por la religión y por el encanto de Nueva Pompeya. Su iglesia se ve desde el tren como una miniatura. ¡Qué alegría, Julio! ¡Si usted supiera l

o que me trae a la memoria!

Y evocaba la tarde en que llegara a la ciudad murmurando los versos melancólicos de "Christine" y la iglesia de Nueva Pompeya flotó suspendida en la lejanía de la sombra violácea.

--Y nos pondremos de rodillas, Lucía, en esa iglesia. Lo he soñado.

Preguntó a Julio si había estado alguna vez en Nueva Pompeya.

--Sí, el año pasado. Después de una semana de lluvias, el Riachuelo se había desbordado. Vi la inundación. Aquello es un arrabal de gentes muy pobres, que viven en ranchos o en casitas hechas casi todas con planchas de cinc y pintadas de verde y de rojo. Estas desaparecían bajo la llanura de agua; sólo asomaban algunos techos, que se iban poco a poco achicando. Por una calle más alta, que ya se había inundado también, navegaba una canoa, larga y chata; traía hombres y mujeres casi desnudos, salvados por marineros de la Prefectura. Iban echados sobre fardos de ropa y miraban mudos la llanura de agua que se perdía hacia la campaña del sur. Aquella escena, en un silencio mortal, hacía la impresión del diluvio bíblico.

--¿Y la iglesia?--preguntó Adriana.

--La iglesia, edificada en esa calle algo más alta, parecía por contraste una construcción enorme, una catedral. Y

se tenía la impresión  
de que sobrenadaba, como un milagro. El agua corría  
ya por el pavimento  
del atrio, muy mansa, y lamía las paredes laterales  
. Algunos centímetros  
más y la creciente invadiría el interior de la ige  
sia. Estaba abierta  
de par en par, salía el olor del incienso quemado e  
n la misa que  
oficiaban para conjurar el desastre. Pasó por delan  
te la embarcación  
larga y chata; sus tripulantes vieron por un segund  
o el fondo de la  
iglesia, y brillar y desaparecer el altar cuajado d  
e cirios.

La llanura de agua copiaba invertida la fachada del  
templo. Sobre la  
gran quietud vibró la campana en lo alto. Parecía u  
na queja. El sonido  
se expandió, muy dulcemente, y cada vibración, resb  
alando del  
campanario, iba a besar la superficie del agua tran  
quila.

--¡Es como si lo estuviera viendo!--exclamó Lucía.

Adriana, después de escuchar algo que Charito le di  
jo en voz baja, se  
acercó a Julio:

--Nosotras iremos mañana a Nueva Pompeya para la pr  
imera misa.

--¿Como a las siete, entonces?

--Sí, pero naturalmente usted no irá tan temprano.

Él prometió ir para la misma hora, aunque difícilme  
nte encontraría  
amigos que le acompañaran. Charito, condescendiendo  
, se conformó. Había

concluido por abandonar la causa de Muñoz, porque tenía poco temperamento para sus afectos y para sus odios.

Adriana y Julio vivían ahora en una dicha excesiva y en esa zona de adoración anormal que embellece a los amantes y los hace caros a la muerte. Y no era la muerte, sin embargo, lo que se aproximaba a ellos en la invisible trama de los acontecimientos.

También Raquel, al día siguiente, quiso ir con Adriana y Lucía a Nueva Pompeya. Cuando llegaron amanecía. Vieron la iglesia alzarse por encima del chato caserío; un débil reflejo dorado, que no era todavía sol, tocó la cruz, y envolvía poco a poco el campanario; luego fue descendiendo por los ladrillos del muro, y pronto el templo entero y todo el arrabal se bañaban en la ligera claridad de oro.

Bajo el cielo que tomaba una tersura de esmalte, las miserables casuchas de cinc pintado parecían despertar al nuevo día con una indiferencia triste.

Aquella madrugada había helado, y chicos desarrapados, descalzos, se divertían saltando sobre la escarcha y contemplándose luego los pies horriblemente enrojecidos. El pobrerío se iba amontonando frente a la iglesia.

En el atrio charlaban grupos de mujeres con niños de pecho raquíticos, que gritaban de frío, sin inquietar por eso a sus madres. Un automóvil

de librea, llegando como exhalación, paraba sin ruido frente a la iglesia. Damas abrigadas con pieles que les ocultaban el rosado rostro, bajaban difundiendo un aire de elegancia y de riqueza. Pasaban por en medio del pobrerío. Algunas distribuían al pasar, con una sonrisa compasiva, todas las monedas que hallaban en sus pequeñas bolsas, monedas que caían sobre aquella miseria como gotas al mar. Uno de los arrapiezos corrió a un almacén y volvió saltando de alegría; traía en la boca un cigarrillo y aspiraba el humo con fruición. De vez en cuando, una elegante muchacha se detenía en mitad del atrio para acariciar la carita sucia de un pequeñuelo y preguntar su edad a la madre; sus compañeras la llamaban riendo y en cuanto llegaban al dintel de la iglesia todas tomaban una expresión seria y recogida.

Adriana no quiso entrar en seguida. Le hacía una muy extraña impresión aquella escena, le pareció que nunca había comprendido el contraste de la opulencia y la miseria. Le chocaba la satisfacción fútil que se reflejaba en el rostro de las que habían vaciado su bolsa de monedas, para hacer caridad. "Sin duda, pensó, esto no me hubiera impresionado antes". Durante toda la misa, continuó pensando en el sufrimiento de la pobreza, en el drama sórdido que sin duda era la vida de aquella gente, aunque la terrible inundación del Riachuelo no les anegara la escueta vivienda. Más tarde, después de la misa, en la sala

donde se cumplía la  
ceremonia solemne de la inauguración, Adriana no pu  
do poner atención a  
nada; oyó por intervalos el cuchicheo de las person  
as que tenía cerca de  
sí, el discurso de circunstancias que leyó una seño  
ra, en el estrado,  
junto al arzobispo, y todo aquello le produjo un ef  
ecto indefinible,  
algo así como sucede a quien despierto apenas no al  
canza todavía a  
comunicarse con la realidad. Y tal estado de su esp  
íritu no cambió  
cuando la gran concurrencia apiñada salió de la sal  
a, haciendo  
bulliciosos comentarios que la aturdían, y demostra  
ndo un contento que  
resplandecía por igual en todas las caras. Se encon  
tró con amigas. Tuvo  
que mezclarse a sus conversaciones, responder a las  
preguntas y a las  
alusiones gentiles; algunas le daban bromas con Muñ  
oz, otras con Julio.  
Ella respondía al azar, equivocándose en las palabr  
as, y hasta saludó  
dos veces a un señor que le presentó Charito. Tenía  
la sensación de que  
todas las gentes vivían ciegas en el mundo, asediad  
as por multitud de  
preocupaciones triviales que las absorbían y les qu  
itaban el sentimiento  
de una realidad más profunda.

Iba cesando el rumoreo mundano. Las damas de la Com  
isión, después de  
conversar un rato con el arzobispo, salieron acompa  
ñándole. Sólo  
quedaban dos o tres grupos de personas. Uno de éstos  
lo formaban  
Adriana, Lucía y Julio. Charito, secretaria de la C  
omisión, se había  
reunido a departir todavía con las damas y el arzob

ispo, después de  
prevenir a sus compañeras que no debían irse sin el  
la.

Adriana miró a Julio. La avasalló un deseo ardiente  
de compartir con él  
todo lo que se agitaba en su alma.

Pronto Lucía los dejó solos junto a la iglesia cuyo  
atrio había quedado  
desierto.

--Escúcheme, Julio--comenzó ella--hasta ahora nunca  
he alcanzado a  
decirle lo que significa usted para mí...

--No importa, Adriana. Las palabras hubieran tal vez  
empobrecido la  
claridad que de usted me llega. A veces me imagino  
en el caso de no  
verla nunca más, y siento que continuaría queriéndola  
lo mismo, siempre.  
Aunque... si a usted la pierdo, Adrianita, viviré sin  
vivir.

--Ya lo sé, ya lo sé, pero escúcheme, tal vez pueda  
expresarme... Si  
ahora soy buena, lo debo a usted; seguramente es la  
mía una bondad  
transitoria, que sin usted moriría. Lo veo tan rendido  
a mí, tan  
humilde, tan bueno, cuando podría tenerme completamente  
dominada,  
subyugada, y ¡jugar conmigo como con una pobre criatura  
sumisa! No sé: a  
veces pienso que si yo pierdo toda clase de orgullo  
y de maldad es  
porque usted no quiere usar del imperio que tiene sobre  
mí. Y debe ser  
esta delicadeza suya la fuerza que más me domina. No,  
no se podría  
querer más, Julio, no existe dicha comparable a esta

a mía. A veces tengo  
miedo, se me ocurre que algo ha de sobrevenir para  
dañarnos, para  
deshacer toda esta trama de ilusión. Cuando estoy sola,  
en casa, siento  
impulsos de correr a buscarlo y sentirme suya y rechazar  
ese algo que  
podría quitarnos la dicha que quiero. Y ahora, Julio,  
aguárdeme aquí con  
ellas. No me diga una palabra, déjeme, voy a entrar  
en la iglesia. Voy a  
rezar ahora que todo el mundo se ha ido. No, no me  
diga una palabra, no  
podría resistir, ahora, una palabra suya.

Y corrió, muy alterada, hacia el interior del templo.

Un hombre de cabeza crespa y rojiza, vestido con traje de pana, andaba  
apagando los cirios en el silencio de la pequeña nave. Adriana buscó un  
rincón de penumbra y se recogió bajo una Virgen en cuya cara pintada  
groseramente habían figurado lágrimas de cristal. El hombre vino,  
caminando sin ruido; con su largo palo apagó, por encima de Adriana, los  
dos cirios que alumbraban el pobre altar. Ella se anegó en una vaguedad  
dulce y profunda. Murmuraban en su alma las sensaciones de aquellos  
días, y la asaltó el escrúpulo de que se juntaban a la unción de su  
espíritu vestigios profanos. Cerró entonces los ojos, apoyó la frente en  
los pies de la imagen.

Algo, poco a poco, la enajenaba, algo que ya no era sensación ni  
sentimiento, sus ideas se perdían hacia un fondo de claridad interior,



infinita; un vago canto la transportó. Y la iba abandonando toda noción del mundo, en esta irradiación y en este vago canto; su propio ser se desvanecía...

Algunos minutos después abrió los ojos y se miró las manos llenas de lágrimas que no había sentido correr. Le pareció que había dormido un sueño de siglos y que en la profundidad de este sueño había experimentado un júbilo sin límites, intraducible por acentos de la tierra.

Atravesó de nuevo la pequeña nave. Casi no sentía el suelo bajo los pies. El hombre de cabeza crespa aguardaba a que ella saliera para cerrar las puertas del templo.

XX

--Puedes leerla también, ya no quiero tener ningún secreto para ti. Has vuelto a ser mi hermana querida.

Adriana, diciendo esto, retuvo a Raquel y leyeron juntas una carta que le habían traído de Muñoz. Le anunciaba su intención de irse al campo, por una temporada muy larga. "Hágame saber, concluí a, si podrá recibirme en su casa. Es una súplica; en caso de no obtener contestación iré a casa de Charito, de todos modos, esta noche, por si usted resuelve

hacerme la caridad de atender algunas últimas palabras mías".

--¡Pobre muchacho!--suspiró Raquel.--Pero tú no debes ir, porque sería alentarle.

--No, no iré; no podría ir.

Y Adriana, entristecida, se cubrió la cara con las manos. Pero luego, tomando la carta se puso a romperla, lentamente, en pedacitos que echaba al suelo, uno por uno. Y su lástima se desvanecía en la sensación de su dicha.

Recordando que no habían convenido con Julio dónde se verían esa tarde, decidió ir a casa de las Aliaga. Acaso Julio estaba allí. Por otra parte, la anemia de Laura le había dejado una penosa preocupación. La recibió Carmen con aire muy alegre; pero esquivando su mirada parecía reprimir con trabajo las ganas de reír.

--José Luis, dijo al fin, viene ahora casi todos los días, ¿sabes?

La alegría iluminó también la cara de Adriana. Carmen comenzó entonces a reír con todas sus ganas.

--¿Se ha reconciliado con Laura?

--No, ¿por qué se te ocurre eso?

--Si dices que viene ahora todos los días...

--Pero Laura no es la única que puede inspirar amor... Imagínate: ¡ahora

me festeja a mí!

--¡Te festeja a ti!

--Sí; Laura ya no le interesa... ¿Pero por qué te pones triste?

--¡Oh, no, no! Y Adriana le tomó las manos, procurando también reír.

--Los muchachos como José Luis--prosiguió Carmen--sirven para distraerle a una la pena del gran amor que nos hace falta. Es muy posible que venga hoy.

Hablando así la llevó a su cuarto. Se miró en un espejo, atentamente, y con la punta del peine hizo caer sobre la blancura mate de su frente una ligera mecha del fino cabello dorado. Se puso después un poco de rojo en las mejillas y humedeció sus labios con agua de rosa.

--¿Ves como estoy así más linda? No creas que tengo costumbre de pintarme; solamente me pinto cuando estoy demasiado pálida, como hoy, por una razón estética. No hago más que igualarme, igualar mi cara a la que tengo los demás días. Volviendo a José Luis, yo no pienso hacerle caso. Pero me hace mucha gracia oírle decir aquellas mismas cosas que en otro tiempo eran para Laura. No ha cambiado de vocabulario. Tiene todo un catálogo de galanterías preciosas. Pero verás. Ayer nos habíamos quedado solos. Empezaron las palabras dulces. De repente le interrumpo:--No, no quiero que me diga "eso". Se qu

edó él  
asombrado.--¿Por qué, Carmencita?--Porque "eso", te  
xtualmente, ya se lo  
escribió usted a Laura en una carta hace años. Se p  
uso todo colorado. Un  
poco de caso le estoy haciendo, claro está. Pero no  
creas que Laura se  
ha resentido. Al contrario, me estimula. ¿Sabes que  
ahora tampoco la  
comprendo a Laura? Algo raro debe pasarle. Creo que  
a José Luis le tiene  
desprecio. Y está delgadísima, la pobre. Hoy llamam  
os al doctor Castro  
Fernández. Nos dijo que la anemia se agrava y que c  
onviene llevarla al  
campo, en cuanto empiece la primavera.

Adriana sintió que el corazón se le oprimía.

--Ah, ¡cómo has podido reírte así!--murmuró casi si  
n voz.

Carmen también se entristeció. Pero pronto, animánd  
ose de nuevo:--Laura  
y Zoraida están ahora arriba con abuelita. Vamos no  
sotras al cuarto de  
Laura. La vi escribiendo hoy por más de una hora, e  
n su diario. Puede  
ser que hallemos la llave del armario... ¿Comprende  
s?

Subieron. El diario estaba allí, sobre la mesita es  
critorio; Laura había  
olvidado guardarlo.

--¡Qué casualidad divina!--exclamó Carmen; y en seg  
uida, ávidamente, se  
dispuso a leerlo. Adriana se sentó junto a ella, pe  
ro sus manos  
temblaban. En las hojas de aquel ancho cuaderno de  
satinadas tapas  
negras, presentía una dolorosa revelación.

En tanto Laura, recordando vagamente que había dejado el diario en la mesita, bajaba la escalera del vestíbulo. Pero se paró, indecisa, como retenida por una preocupación. Los hermosos ojos se quedaron mirando el vacío, con aquel su modo de juntar la negrura de las pupilas con la negrura de las pestañas. En su cara se habían afilado las líneas de la nariz, las sienes acusaban finamente el rasgo de las venas azules. Parecía una cara tallada en marfil.

Abajo el pesado péndulo del reloj llenaba la amplitud del vestíbulo con un ruidito inquieto, triste.

Laura siguió bajando. Pero cuando ya se dirigía a su habitación, donde hubiera sorprendido a las lectoras de su diario, oyó sonar el timbre de la puerta de calle. Entró Julio.

No cambió la mirada de Laura.

--¿Quiere subir ya? Algo enferma está hoy abuelita.  
¿Por qué tantos días sin venir?

Y su voz, arrastrando ligeramente las sílabas, tenía un dejo resignado, manso.

Se sentaron.

--Usted también está enferma--murmuró Julio. Y mientras la iba observando, el sufrimiento de Laura se comunicaba a su semblante.

--Hoy Adriana no está, dijo ella. Hace días que tampoco viene... Ojalá llegara...

--¿Por qué, Laura?

--¡Se querrán ya tanto, usted y ella!

Era la primera vez que Laura, hablando con Julio, aludía a esta pasión.--Tal vez a usted le sorprenda oírme hablar así... o más bien... debe haberle llamado la atención de que únicamente yo no le diese nunca una broma con Adriana. Confiese que le ha sorprendido.

--Me hizo pensar, más bien...

--¿Lo inquietó? ¡Qué tontera! Yo esperaba, para darles bromas, y para ayudarlos, que se enamoraran los dos completamente. Antes de resolverme, en un asunto tan grave, quería comprobar que se trataba realmente de un gran amor.

--Esperaba usted eso... Y en caso...

--Sí, eso, convencerme de que había sobrevenido, para ustedes dos, la pasión ideal; que usted le daría efectivamente esa dicha que sólo se realiza para una muchacha entre miles que la hemos soñado y la estamos soñando con el mismo deseo, con la misma ternura...

En fin, usted penetra en las almas con tanta fineza... Yo sé por qué se queda callado. Me hace gracia. En sus ojos lo estoy leyendo todo, Julio. Hasta la pena de seguir mirándome, para no traicionarse. Soy una

perversa, le estoy  
sugiriendo cantidad de cosas que naturalmente le ha  
cen sufrir. Es que me  
aburría tanto, hoy, y esta idea de que me llevarán  
al campo, por la  
anemia... Y como me aburría, me propuse hacer una e  
xperiencia; pero todo  
es broma... Ahora, seriamente: antes usted era para  
mí un amigo mejor,  
más franco, más bueno; los dos conversábamos con fr  
ecuencia, y llegué a  
verlo como mi amigo único, un amigo insustituible,  
casi como un  
refugio... Ya ve, ésta sí que es una gran confesión  
.

--¿Y he dejado de ser su amigo?

--Por lo menos ya no es el mismo. Yo me explico muy  
bien su adoración  
por Adriana, y yo a ella la quiero también, con tod  
a mi alma. Y en mi  
cariño de amiga hay además un mérito que no tiene l  
a adoración suya...  
Un mérito que usted ha de ignorar siempre...

--Ahora, Laura, usted me habla con ese modo de inti  
midad que me gustaba  
tanto... en las raras veces que usted me la concedí  
a... Pero por la pena  
de verla tan delgada y con esa carita de enferma, n  
o puedo hacerme toda  
la ilusión de que la amistad antigua continúa.

--Es por otra cosa que no puede hacerse la ilusión.  
Pero no importa, me  
parece divino que hablemos encerrados los dos en la  
reminiscencia de  
esa intimidad antigua.

Un brillo de febril alegría animó en un relámpago l  
os ojos de Laura.

--¿Acaso ya no somos los mismos?

--Yo sí, Julio.

--No hablemos con enigmas. Usted cree, Laura, que mi amor por Adriana...

--¿Su amor por Adriana? ¡Ah! Usted anda despistado. Está imaginando cosas que no tienen ningún fundamento. Nada hay de lo que usted sospecha. Así, es inútil que me hable con ese modismo de lástima.

--¿Pero qué sospeché yo? Le pido, le suplico que me hable con sencillez.

--No puedo hablarle con sencillez.

--¿Yo sospeché?...

--La sencillez sería el silencio, y por demasiado tiempo he hablado en esa forma. También tiene su atractivo hablar complicadamente. Porque todo cansa, Julio, hasta la poesía del silencio. ¿Cómo le gusto más? ¿Silenciosa o habladora? Créame que estoy azorada y que me desconozco. No me soñé nunca semejante conversación. No haga caso, Julio. Hablo así por la alegría de volver a conversar con usted.

--Y sin embargo desea, me lo ha dicho, que llegue Adriana.

--¡Y usted también, Julio! Usted más que yo... Si llega, no la dejaremos subir. Nos quedaremos aquí, los tres, conversando sinceramente, hasta confesar la intimidad más íntima de nuestros corazos.



nes. Le propongo una cosa que será muy original: repetirle a ella hasta la última palabra de nuestro diálogo, y después decir todo lo que pensamos y todo lo que sospechamos. Será divino. Y entonces ya verá usted que sospechó mal... Si "eso" fuera cierto, ¿se imagina que yo se lo hubiera dejado adivinar nunca?

--¿Adivinar que usted pudiera quererme?

Laura, sorprendida por la inesperada pregunta, bajó los ojos y se puso a reír; sus mejillas se habían coloreado.

--"Eso" sería un secreto mío que no podría sospechar usted nunca, suponiendo que fuese cierto.

--¿Y no es cierto?

--Claro que no, Julio.

Y Laura, excitada, embellecía extraordinariamente. Sus ojos arrojaban un brillo cada vez más febril.

--¡Laura! llamó Zoraida desde arriba.

--¿Qué quieres, Zoraida?--preguntó ella con tono de júbilo.

--¿Con quién estás?

--Con Julio. Ya iremos.

Luego, subiendo la escalera, su rostro recobró la calma, y dijo a Julio en voz baja:--Ya ve usted que no hay motivos para sufrir, ni usted ni

yo. Ha sido una suerte que Zoraida llamase... He pasado unos días de pena muy íntima, tanto que tal vez hubiese concluido por desahogarme, por decirle toda la verdad... Que lo quiero como a un hermano... o todavía más que a un hermano.

Ya llegaban. Se paró:--Por eso voy a pedirle una cosa, un favor... escuche, no entremos todavía. No dejen pasar tanto tiempo sin venir, usted y Adriana. Y cuando se casen... no nos olvide n tampoco, vengan siempre, vengan, por favor. Prométalo que vendrán, por lo menos en los primeros meses...

Y Julio, mudo, la contemplaba con un asombro triste .

## XXI

Carmen apoyó las manos sobre las páginas abiertas del diario de Laura, para impedir que Adriana leyera ante todo, como pretendía, algo de las páginas últimas.

--Por favor, Carmen, sólo tres líneas, para sacarme la curiosidad de lo que ha pensado ahora, sobre la vuelta de José Luis.  
..

De pronto se arrepintió de haber venido ese día.

--Tengo miedo, murmuró, ella podría aparecer, sorprendernos... Oye, creo

que ha entrado alguien; están hablando.

Se levantaron, pero Carmen oprimiendo contra su pecho el diario abierto.

Alcanzaron a escuchar la voz de Laura y Julio que conversaban muy cerca, en el vestíbulo.

--Ya irán a la pieza de abuelita.

--Quién sabe... dejemos esto. Es una mala acción.

Aguardaron algunos minutos hasta que les oyeron subir llamados por Zoraida.

--Dejemos esto, suplicó Adriana casi trémula.

--Entonces he de leerlo sola. Debe ser todo una novela.

--Lee, Carmen.

Empezaron:

\* \* \*

"Septiembre 22 de 19...

"Hace varios días conocí a José Luis Aguirre. Presiento, no sé por qué, una pasión. Dios quiera que sea la única de mi vida y no se cumpla ese mal augurio de Zoraida. Dice ella que para nosotras sólo puede haber amores desdichados. Lo repite tanto que ha llegado a darme un poco de susto. Además, allí está el recuerdo de mamita. No importa; si José Luis llega a quererme, yo le corresponderé. ¡Qué suave y qué raro es el comienzo del primer amor! Siento que pronto me domi

nará la delicia de  
adorarlo..."

--Por favor, Camucha--interrumpió Adriana--no leamos más, yo sé por qué te lo digo. Dejemos esto.

--No, estás loca. ¡Y te has puesto pálida! No tengas miedo, tonta.  
Después subimos. La miramos con cara de muy inocentes y nunca llegará a sospechar nada. Oye; yo la miraré así, bien en los ojos; ¿se me conoce algo?

Y siguió leyendo:

"...me dominará la delicia de adorarlo. Tía lo ha invitado a pasar una temporada en la estancia, para el verano. El año pasado estuve allí. Me distraje leyendo Ivanhoe y Romeo y Julieta y pensando en lo que podía guardar para mí el porvenir. ¡Qué idea absurda la de Zoraida! La vida es amor, nada más que amor".

"Ayer he cumplido quince años".

\* \* \*

Carmen levantó los ojos pensativa: Yo pronto cumpliré veintiuno y el gran amor no viene...

--Lee, por favor.

En las páginas que seguían, Laura contaba larga y minuciosamente su amor con José Luis. Lo más conmovedor eran las interpretaciones que ella hacía respecto de cualquier frase que le escuchaba;

siempre Laura les  
prestaba una significación que no tenían, por embel  
lecerlas y dejar que  
recayera sobre él un mérito más alto.

Carmen se interrumpía, para comentar cada cosa del  
manuscrito. Pero  
Adriana la apuraba con impaciencia, angustiada; ya  
no hubiera podido  
arrancarse a la ansiedad con que devoraba los secre  
tos de Laura. El  
diario, después de referir las dolorosas consecue  
ncias que tuvo la  
intervención de Zoraida, aparecía con una página en  
blanco.

Luego se reanudaba, según la fecha, siete años más  
tarde.

\* \* \*

"5 de junio de 19...

"¿Podría asegurarse que la intervención de Zoraida  
ha sido realmente un  
mal para mí? José Luis no brilla en mi recuerdo con  
el prestigio de  
antes. ¿Volvería a quererle, si las circunstancias  
lo trajeran otra vez  
aquí? No lo creo. Aquello ha muerto para siempre. M  
ás todavía: muchas  
veces cuando releo las dos cartas tuyas que no quis  
e devolverle, y  
cuando ahora pienso en su cariño y en las cosas que  
decía, me cuesta  
trabajo concebir cómo él pudo llegar a trastornarme  
tanto. Hay alguna  
espontaneidad, alguna frase sentida entre otras muc  
has vulgares y de mal  
gusto, tontamente literarias..."

\* \* \*

--¡Oh! ¡Y a mí que me parecían divinas!--exclamó Carmen. ¿Estaría yo enamorada, también?

--Cállate, Camucha, no tenemos tiempo de conversar ahora. Hagamos los comentarios después.

Continuaron leyendo:

"Sí, acaso debo más bien agradecerle a Zoraida lo que hizo entonces. Acaso... No puedo saberlo todavía. El porvenir vuelve a espantarme".

\* \* \*

Seguían muchas páginas referentes a un período de indecisión, reflexiones escritas sin la sospecha siquiera de que otros ojos que los suyos pudieran leerlas nunca; el alma de Laura asomaba por ellas con toda su gracia interior, como una vestal que descubriera sus hechizos a la luna. Adriana las leía con encanto, sus ojos y sus labios sonreían. Pero pronto le volvió la inquietud. Laura contaba sus impresiones de Julio.

\* \* \*

"12 de noviembre.

"Julio se quedó anoche hasta muy tarde. Retraídas como vivimos, su compañía nos resulta inapreciable. Es un amigo leal. En realidad, no creo que puedan encontrarse fácilmente muchachos así. Lo digo pensando

en los mismos parientes nuestros, aunque sólo de tarde en tarde nos tratamos con alguno, y por los amigos que suele traer Eduardo. Hay en ellos no sé qué de superficial o de incomprensivo. ¿Cómo diré? Aunque sean inteligentes, carecen como quiera que sea de suficiente tacto espiritual".

\* \* \*

"22 de noviembre.

"Eduardo tiene de Julio la más alta opinión. Todavía más alta es la opinión mía. ¡Qué interesante y qué bueno es! Me hace mucha gracia cuando la pelea a Camucha, por broma. Pero ella es viva y le contesta con habilidad.

"Hoy, cuando él vino, se había puesto en una postura romántica, el codo en la rodilla y la cara apoyada en el dorso de la mano. Julio la comparó con "El Pensador" de Rodin. Ella se quedó callada.

--"¿Una pena de amor?

--"Peor que eso, Julio. Me ha pedido Lorenzo en matrimonio, y Zoraida no sabe qué contestar.

--"Lorenzo... Lorenzo...--Julio quería recordar. Había oído ese nombre varias veces en la casa.

--"Dile quién es, Laura, para que él nos aconseje.

"Le dije quién era, un viejecito algo opa, que fue peón en la estancia

nuestra.

"Y Camucha, sin cambiar de postura, le explicó muy seria:

--"Figúrese, Julio; cuando Zoraida era criatura la llevó en los brazos,  
y ahora quiere llevarme a mí al registro civil.

"En realidad, yo creo que si en vez de Lorenzo la pidiera Julio...  
¡Quién sabe! Es capaz de estar un poquito enamorada. Por eso pelean".

\* \* \*

Carmen suspendió la lectura para protestar vivamente.

--¡Qué desatino! No lo creas, Adriana, no lo creas.  
En todo caso a ella,  
tal vez, en aquel tiempo, le gustaba Julio.

Adriana suspiró y la obligó a continuar, volviendo otra hoja del  
manuscrito. En su cara había cada vez más ansiedad,  
más angustia. Pero  
el manuscrito se interrumpía nuevamente, para reanudarse tres meses más  
tarde.

\* \* \*

"4 de marzo de 19...

"¡Cuánto tiempo sin escribir en mi diario! Estoy de  
sganada, triste. Algo  
raro pasa en mí. Ni quiero pensarlo. Pensar es inquietarse, sufrir".

\* \* \*



"5 de marzo.

"¡Qué cosas lindas ha dicho Julio esta tarde, así, al azar de la conversación! Y no acostumbra, como suelen hacerlo otros hombres inteligentes, abordar asuntos difíciles para demostrar que viven en un mundo de ideas superiores. Al contrario, nunca le he oído hasta ahora hablar sino de temas que nosotras comprendemos. Ese tacto que tiene su alma es lo que en él más me gusta. Hoy, por ejemplo, nos habló de un autor ruso, Nicolás Gogol. Nos ha hecho vivir durante media hora en un mundo de cosas primitivas y al mismo tiempo misteriosas, de seres raros, de sentimientos toscos y grandes. Y él, generalmente tan sereno, tan despreocupado, se apasionó. Este muchacho no podría enamorarse de una manera vulgar. Camucha estuvo preciosísima. A toda costa quería que Julio continuara hablando.--¡Más, más!, le decía; y quería seriamente obligarle a seguir".

\* \* \*

--Me acuerdo muy bien, dijo Carmen, interrumpiendo de nuevo la lectura. Y como yo así le pedía que siguiera hablando, nos contó un cuento jocoso de ese mismo autor, titulado "La Nariz", sobre un panadero que un día se despierta, se mira al espejo y observa muy asustado que ha perdido la nariz. Y entonces, la mujer del panadero...

--¡Oh, Camucha, después me lo contarás! Ahora sigamos, que ella puede

venir de un momento a otro.

--Sí, después te contaré, te morirás de risa.

\* \* \*

"9 de marzo.

"¿Por qué conmigo no bromea nunca? Al contrario, me habla con seriedad.

No deja de preocuparme esa curiosa diferencia que establece entre Camucha y yo. A Zoraida, en cambio, la trata... ¿cómo diré? con una especie de término medio: ni le da bromas ni la habla con esa carita tan seria...

"Sí, ¿porqué viene tan seguido a casa? ¿Por alguna de nosotras? Camucha, a la menor sospecha se entusiasmaría en seguida".

--¿Y ella?--saltó Carmen. ¿Te crees que ella no estuvo tal vez enamorada de Julio? ¿Cómo se explicaría, si no, esa manera de apuntar tan minuciosamente todo lo que a él se refiere?

Adriana no la miró, no habló. La mano le temblaba sobre el manuscrito abierto. Iba surgiendo, desgraciadamente, la revelación temida, aquello que fuera sólo indecisa sospecha, ligero fantasma rechazado siempre, pero que no había cesado de rondar invisible, a sus espaldas. Su alma se llenó de desesperación. ¿Y cómo era posible que Carmen no comprendiera todavía?

\* \* \*

"16 de marzo.

"Largo rato estuve hoy hablando con Julio, sólo. Me comprende bien.

¿Qué clase de sentimiento es este que se va formando entre nosotros?

Una muy delicada amistad, tal vez... Su voz parece que tuviera un alma".

\* \* \*

"25 de marzo.

"Se diría que Julio Lagos no es feliz. Idealista, demasiado idealista.

Se queda encantado cuando yo le cuento alguna intimidad mía. Alguna

intimidad disfrazada, naturalmente. Le dejo ver un chiquito de mi alma,

alguna rareza mía, y después me asusto de que él pueda adivinarme toda".

\* \* \*

"28 de marzo.

"Hemos jugado anoche a la lotería por moneditas, con Julio y varios

muchachos que también estuvieron. Pero Julio y Eduardo nos dejaron

temprano. Claro, la lotería resulta un juego tan tonto, y tenían tan

poca gracia los chistes que hacía uno de los muchachos. Y comenzó por el

chiste más desagradable: sentarse al lado mío, cuando Zoraida le había

ya indicado ese asiento a Julio".

\* \* \*

"21 de abril.

"Hace dos semanas que Julio no viene. ¿Por qué? Es cierto que antes estaba a lo mejor meses enteros sin venir. Sin embargo, ahora lo extraño, lo extraño mucho".

\* \* \*

"22 de abril.

"Hoy nos visitó Adriana Zumarán. Estuvo una vez el año pasado y entonces fue una gran sorpresa para nosotras. Yo me pregunto si ella sabrá o no lo que pasó con su papá.

"Será una gran amiga. Sin embargo, su visita me ha dejado triste".

\* \* \*

"30 de abril.

"Anoche Julio nos leyó, a Carmen y a mí, Ligeia de Edgar Allan Poe. ¡Cómo siente y hace sentir las cosas realmente divinas!

"Seguramente Julio no se enamorará nunca, si no encuentra en el mundo un ser así, sobrenatural, como Ligeia. Afortunadamente, no hay Ligeias..."

\* \* \*

"3 de mayo.

"Hoy volvió a visitarnos Adriana Zumarán. La llevé a mi cuarto, le mostré mis libros, le presté uno. Estuvimos conversando mucho. No podría soñar, como amiga, nada mejor. También a Zoraida y

a Carmen les gusta mucho. Abuelita nos ha reprochado que no se la hubiésemos llevado, para verla. Ella conoció mucho a los bisabuelos de Adriana".

\* \* \*

"12 de mayo.

"Ya somos con Adriana las más íntimas amigas. ¡Qué admirable su espíritu, su modo! Nos queremos entrañablemente. Hay en ella una sensibilidad finísima. Todos los elogios serían pocos para ella".

\* \* \*

"13 de mayo.

"Decididamente Julio nos ha olvidado. ¿Diré a Camucha que le escriba?

\* \* \*

"14 de mayo.

"Finalmente Julio ha vuelto. Lo hemos cargado de reproches, sobre todo Camucha. Zoraida tuvo que reprenderla por una broma bastante atrevida que le dio. Y ella lo hace de inocente, porque no se da cuenta de lo que significan ciertas cosas. No contenta con eso se puso a contar un sueño rarísimo, lleno de disparates tan atrevidos, que Zoraida y yo nos pusimos coloradas. ¡Y Julio, cómo se reía!

"Al fin no dio ninguna explicación del por qué había faltado tantos

días. Alguna aventura, con seguridad.

"Zoraida lo ha invitado para mañana a comer".

\* \* \*

"15 de mayo.

"Mientras oíamos la música de Zoraida, en el piano, Julio me ha mirado mucho. Yo me fingía absorta en la música. Como una puede ver sin necesidad de mirar, noté que él no cambiaba de expresión, me miraba y sin embargo parecía distraído de mí.

"Tengo siempre un miedo mortal de decir alguna cosa que le desilusione o que no corresponda a la idea pura que debe haberse formado de mí. Que no le soy indiferente, es seguro. Pero procura descubrirme, tal vez le intrigo algo. Quisiera confiarme a él, contarle cosas de mi alma... Pero no puedo. A veces sufro cuando nos quedamos solos.

"El gran problema a resolverse es este: si el final desdichado de mi amor con José Luis ha sobrevenido para darme la ocasión de una felicidad más grande, más verdadera, la única, la indecible felicidad que sueño, o al contrario, para hacer que caiga sobre mí una desdicha todavía más irreparable y más triste".

\* \* \*

Ambas levantaron los ojos del manuscrito y se miraron con desolación. Adriana sintió que el corazón se le desgarraba.

Le pareció que el fantasma temido tomaba formas y se sentaba frente a ella, familiarmente, con una sonrisa de curiosidad irónica bajo la sombría capucha.

Siguieron leyendo.

\* \* \*

"20 de mayo.

"Yo le demuestro ahora una gran indiferencia. Me atterra la idea de que él adivina las preocupaciones mías. Me atterra, también, que yo pueda enamorarme inútilmente. No debo ser el ideal de Julio. No existe su ideal.

"Cualquier galantería suya me halaga de un modo indescible. No puedo creer que mi cariño por él esté condenado a vivir o cultamente, para mí sola".

\* \* \*

"22 de mayo.

"Esta tarde, con gran espontaneidad, me habló de su vida, de su infancia, de lo que ha buscado inútilmente cuando cortó sus estudios y viajó por Europa. Para realizar grandes cosas sólo le ha faltado un amor que le diera alas. Es un idealista imposible. Sus confesiones me impresionaron, claro está, porque yo también soy un idealista imposible. Tuve que bajar los ojos y luego fingirme distraída, para que

él no pudiese advertir la exaltación que me producí  
an sus palabras. Mi  
actitud le ha sugerido seguramente una idea errónea  
. Me dio cierta  
lástima cuando noté que la incomprensión mía le hac  
ía sufrir. Es curioso  
lo que sucede entre nosotros. Yo lo desconcierto si  
n querer. Es que yo  
misma tampoco sé qué pensar con respecto de mí. No  
responde a coquetería  
ni menos a cálculo mi modo de ser. Pero existe en e  
l interior mío una  
muy curiosa inconstancia: de pronto me posee un des  
eo ardiente de que  
nuestra amistad se convierta en amor, y al rato rec  
hazo como absurdo  
semejante anhelo y prefiero prolongar indefinidamen  
te esta situación  
ambigua, para que él pueda seguir añadiendo a los e  
ncantos que tengo los  
hechizos que me faltan. ¡Cómo debo haber embellecid  
o en su imaginación!  
Si sobreviniera la intimidad sentimental con él, te  
ndría que despedirme,  
a la larga, de las mejores prendas con que él me ad  
orna; en cambio, como  
no sé hablar, las prendas que realmente poseo queda  
rían invisibles, de  
todos modos. No podré nunca, por ejemplo, describir  
le un ángel que se  
posesiona de mí cuando en él pienso..."

\* \* \*

"27 de mayo.

"Ya nada puedo esperar y acepto lo que disponga Dio  
s. Vino Adriana, y  
Camucha nos hizo bajar a Julio y a mí; se miraron c  
on curiosidad, ella y  
él; pude notar en los dos, el deseo de hablarse, de  
tratarse



íntimamente".

\* \* \*

"4 de junio.

"Hoy he pasado dos horas con Adriana, conversando sin interrupción, de mil asuntos y de Julio. ¡Con qué naturalidad hablé de Julio! Ella ni nadie hubiera podido sospechar que se trataba de mi pasión. Le dije que era nuestro mejor amigo, nuestro único amigo de verdad, lo puse por las nubes. No sé por qué lo hice. Mientras hablaba, comprendía muy bien que mis palabras le aumentaban el prestigio. En mí existe una necesidad muy inexplicable de atarme a ella. La acaricio y la beso con una especie de sinceridad dolorosa".

\* \* \*

"5 de junio.

"El pensamiento de que Adriana y Julio pueden enamorarse, ha hecho avivar mi pasión. Ahora, sí, es una verdadera pasión. Lo veo de continuo en mi pensamiento, lo siento en mi alma y me cantan en los oídos las palabras que llegó a decirme. Estoy arrepentida de no haber precipitado las cosas entonces; para entrar en su alma con más prestigio, hice demasiado misterio y concluí por sugerirle, acaso, la idea de que se estaba él engañando y de que yo carecía de capacidad para el gran cariño soñado. Cuando él buscaba la intimidad mía, cuando con tanta reserva y

tanta habilidad procuraba vencer mi resistencia tonta, yo, en vez de sonreír enigmáticamente debí abrirle mi corazón. ¡Qué júbilo hubiera él tenido, con qué abandono nos hubiéramos puesto a querernos!"

\* \* \*

"6 de junio.

"No está todo perdido. ¡Qué mal hice de ponérselo y o misma por los ojos!  
En adelante ya no le hablaré más de Julio. Realmente no tengo motivos para pensar que mi felicidad se ha desvanecido. Han vuelto a encontrarse hoy. Ni en él ni en ella he notado nada de particular. Hasta se han hablado con cierta indiferencia. Seguramente el otro día yo he visto visiones. Ella hoy se fue temprano. El saludo que se hicieron sólo demostraba afecto amistoso. Claro está que si cometí la torpeza de pintárselo como un héroe, ella no podrá menos que enamorarse.

"Decididamente mi opinión es esta: con el recuerdo de la ocasión en que se hablaron con tanta galantería, el año pasado, los dos se habían llenado la imaginación y deseaban volverse a ver; se vieron y la pasión no se produjo. Yo deseo infinitamente que así sea. La esperanza de mi vida volvería a brillar.

"Sin embargo, si esa indiferencia no fuera sino fingida, en los dos...

"Nada hay peor que esta clase de incertidumbres. Pa

ra distraerme, para  
arrancarme un poco la preocupación, acompañé a Camu  
cha al taller de  
repujado que tiene una profesora francesa. Son much  
as las señoras y las  
niñas que aprenden ese trabajo. Camucha está en la  
tarea muy seria de un  
bargueño. Quién sabe cuándo lo terminará, porque no  
permite que nadie la  
ayude. Ella se lo piensa regalar a abuelita, y la v  
erdad que el bargueño  
haría juego con el armario y con la cómoda. Yo desd  
e el lunes también  
comenzaré a ir".

\* \* \*

"11 de junio.

"Hoy Adriana trajo violetas, que Zoraida puso encim  
a del piano. Nos  
quedamos conversando, todos. En cierto momento Juli  
o se levantó, y  
pasando junto al piano, se detuvo a mirar las flore  
s. Fingiendo que  
aspiraba el perfume, las tocó con los labios. Lo hi  
zo tal vez  
distráido".

\* \* \*

"12 de junio.

"Tengo un gran desgano para todo; no he querido ir  
al taller de  
repujado. Me sorprenderían a cada rato dejando el p  
unzón para ponerme a  
pensar. Cuando tomo un libro, obligándome a mí mism  
a a leer, ocurre que  
al poco rato ni sé lo que estoy leyendo. Comencé un  
a novela que, según  
dice Zoraida, es interesantísima. No he podido pasa

r del segundo  
capítulo. Han dejado de interesarme, ahora, los dramas puramente  
imaginados y la hermosura del estilo me entristece,  
no sé porqué.

"No puedo quitarme la visión de Julio cuando tocó con los labios, como  
distráido, las violetas de Adriana.

"Hasta los dramas reales han dejado de interesarme.  
Hoy Camucha entró  
corriendo para contarnos cómo acaba de romperse el  
compromiso de una  
prima nuestra que iba a casarse el mes que viene. Una  
cuestión de  
intrigas, complicadísima, y ella que amenaza con envenenarse. Una hora  
estuvo Camucha contando los detalles. Yo la oía sin  
escucharla. Entonces  
sucedió algo cómico. A propósito de lo que contaba reclamó mi  
opinión.--¿A ti te parece, dime?--Sí, Camucha, le contesté al azar.  
Todos pusieron una cara de sorpresa.--¿Entonces tú lo defiendes, a ese  
pillo? Yo había aprobado, sin vacilación, inconscientemente, la actitud  
del novio indigno".

\* \* \*

"13 de junio.

"Anoche casi me desmayé. Se trata de algo tan penoso y desagradable que  
no puedo arrancarme a la impresión. He dado al hecho mayor trascendencia  
de la que tiene, porque en realidad ¿puede importarme algo, ahora, que  
Julio sepa o no sepa mi asunto con José Luis? ¿Acaso abrigo todavía

esperanzas? Estábamos en el comedor conversando, cuando a Camucha se le ocurrió hablar de mi antigua pasión por José Luis. Yo sentí como si me dieran un golpe en el pecho y no pude dejar de mirar a Julio. Noté muy bien en su cara una pequeña sorpresa y también se me ocurrió que la noticia le producía algo así como un desencanto. ¿Me habrá puesto demasiado alto, me habrá figurado inasequible cuando parecía festejarme? Todo esto se junta en mi alma con reflexiones oscuras y me sería difícil escribirlo. Pero no me cabe duda de que él, al notar cómo yo me conturbaba, fingió no oír la frase de Camucha. ¿Para qué fingió? ¿Sabe que yo lo quiero? ¿Lo adivinó en ese momento al pensar, lógicamente, que yo le había ocultado esa pasión? No puedo salir de las conjeturas".

\* \* \*

"14 de junio.

"¿Por qué se habrán conocido? Tal vez ella hubiera sido feliz con otro. Yo, en cambio, sin él estoy perdida. Lo que me mata es una duda egoísta. Tengo el deseo, la esperanza última, de que no lleguen a un amor duradero. Me pongo a pensar, a meditar horas y horas sobre qué clase de sentimiento puede haber entre ellos. Dicen que una pasión violenta pasa pronto; en tal caso, ojalá se quieran con la pasión más ardiente, hasta la locura, ojalá lleguen a los minutos de la dicha más grande, a la embriaguez de la dicha, ojalá sean felices como jam

ás podría serlo  
nadie. Mi alma, mi corazón, los bendecirá. Y después,  
después... que el  
uno al otro se dejen para siempre. ¡Yo entonces lo  
llamaré, yo misma lo  
llamaré; y si ha quedado triste, mi consuelo será c  
omo una dulzura  
tibia, tomaré para él una delicadeza de lirio, y se  
ré tan íntegramente  
suya que nada podrá nunca más separarnos!"

\* \* \*

"30 de junio.

"¿Por qué vienen ahora con tan poca frecuencia? Est  
oy segura de que se  
ven en otra parte. Se me ocurre que ella ha sospech  
ado.

"Y yo conservo por Adriana, cosa curiosa, una simpa  
tía íntima, mientras  
comprendo que toda la desdicha me viene de ella. Ya  
ni yo misma me  
entiendo. Hubiera preferido mil otras rivales. Es m  
uy extraño que no la  
pueda odiar ni tampoco dejar de quererla mucho. Si  
ella supiera el amor  
mío por Julio, estoy segura que tampoco me perdería  
el cariño. Al  
contrario ¡y yo le daría una lástima!

"Es una verdadera pena que se hayan conocido".

\* \* \*

"18 de julio.

"¡Si mis hermanas comprendieran lo que me hacen suf  
rir con sus alusiones  
a José Luis! Parece que llegará pronto. Yo lo esper  
o con indiferencia.

Estoy segura que no sentiré ninguna emoción al volverlo a ver. Me mostraré con él tan amable como ellas; si es posible, más. Se sorprenderá mucho de no ver en mí sino la sonrisa amistosa. Pensará que finjo, que me han hecho coqueta. Le pareceré así más interesante.

"He tenido un susto, nunca en mi vida he tenido un susto igual. Esta tarde, en vez de guardar mi diario en el cajoncito del escritorio como hago siempre, lo dejé bajo el almohadón para seguir después escribiendo. Pero vino Adriana, y más tarde Julio. Camucha, no sé para qué, los trajo a mi cuarto. Después se sentó en la cama y empezó a jugar con el almohadón. De repente me acordé que allí estaba mi diario. Camucha es irreflexiva, no tiene conciencia de la gravedad de ciertas cosas. Corrí en seguida, saqué a Camucha de mi cama y me senté apoyando la mano en el almohadón. Todos me miraron sin saber lo que me estaba pasando. Para no parecerle a Julio una "tocada", saqué el diario y fui a guardarlo en el cajoncito.

"Pero Carmen se viene detrás mío a las calladas, me lo arrebató, sale corriendo y desde el vestíbulo se pone a llamar a gritos: "¡Julio! ¡Julio! ¡El diario de Laura! ¡Venga!" Yo me precipité, pero todos salen también detrás mío, y Julio, Zoraida y yo la acorralamos a Camucha contra la baranda de la escalera para quitárselo. Ella se defiende y quiere entregárselo a Julio. Yo la abrazo a Carmen

para hacérselo  
soltar, pero con la agitación y con el miedo, me faltan las fuerzas.  
Llamo a Juana, la sirvienta, en mi auxilio. Todos gritamos. Por encima de mi cabeza Carmen levanta el brazo, tira el diario y Julio lo caza en el aire.

"Sucedió todo en un abrir y cerrar de ojos. Yo me quedé fría, mirando en las manos de Julio estas páginas que contienen, desnudas, tantas cosas íntimas y ardientes que a él se refieren.

"No sé si tuvo Julio la intención de abrirlo. No sé si lo hubiera hecho.  
Pero yo debí poner tal cara, con el susto, que dejó de reír y me lo entregó. ¿Me habré traicionado? ¿Habrá él adivinado?

"Tampoco Adriana se reía".

\* \* \*

"3 de julio.

"Hace ya quince días que no viene. ¡Qué tristeza! Estoy adelgazando mucho. Dicen que es anemia.

"Esta mañana me quedé un buen rato delante del espejo, mirándome en los ojos, fijamente. No podría escribir lo que sentí. Me pareció leer, en el fondo de mis ojos, mi destino. Les pedí una expresión de esperanza, y sólo vi negrura. Ahora he perdido hasta la dulzura de la resignación".

\* \* \*



"19 de julio.

"Me ha visto otro médico. Estuvo examinándome durante una hora. Creo que se sorprendió, como el doctor Castro Fernández, de no encontrar vestigios de tuberculosis. Dice que tengo pulmones de roble. ¡Qué exageración! Pero también recomendó que me llevaran a la estancia o sino a Mendoza, por el clima.

"Yo creo que me agravo tanto porque no me desahogo, porque no digo a nadie la pena que me mata. Claro que si los médicos supieran esto no andarían tan despistados. Castro Fernández preguntó, es cierto, si no había pasado disgustos, pero yo lo miré riendo, a todos los miré riendo. Y al médico se le fue en seguida la sospecha".

\* \* \*

"22 de julio.

"Camucha me señaló en el diario la noticia de que José Luis ha llegado de Europa hoy. Gran indiferencia mía que a Camucha sorprendió muchísimo. Dice que hago "pose".

"Seguramente José Luis nos visitará".

\* \* \*

"24 de julio.

"Adiviné: hoy nos visitó José Luis y anuncia para pasado mañana otra visita.

"Lo recibieron Camucha y Zoraida. Yo demoré bastante para salir. Habrá creído que era por arreglarme. Según dice Camucha, él no podía disimular su impaciencia. Después, como estaba invitado a una comida en la Legación de España, no hemos tenido tiempo de conversar mucho. Se mostró inquieto por mi palidez, nos aconsejó un viaje a Europa.

"Me ha sucedido con José Luis lo que yo preví, lo que yo sabía. Un poco de curiosidad por ver cómo había cambiado su cara y para explicarme el motivo de haberme enamorado tanto, en aquel tiempo. Ahora tengo casi la impresión de que no fue pasión mía".

\* \* \*

"Agosto 5 (11 p. m.).

"Como el médico ha ordenado que me acueste temprano, ellas ahora todas las noches, para obligarme a obedecer, se privan de hacer sobremesa y de quedarse, como antes, levantadas hasta tarde. Se han puesto en cama y toda la casa está a oscuras, menos aquí, en mi cuarto. Con tal que no se despierten. ¡Qué raro me parece estar así, sola completamente, a esta hora, mientras todo el mundo duerme! Es como si esto fuera la soledad de mi vida misma. Pero en medio de este silencio, tengo en mí como una gran dulzura. Estoy libre de las angustias que me dominaban. Es como si no sintiera mi desdicha. Todo me parece más ligero y más claro.

"Adriana, hace ya dos semanas que no te vemos. Julio, algo más constante que tú, no mucho más, vino ayer. Es cierto que apenas estuvo durante media hora. Parecía triste, pero bajo esa capa de tristeza creí adivinar la plenitud de la dicha. No te guardo rencor ninguno, Adriana. Al contrario. Nadie sospecha la pasión que con tanto cuidado procuro ocultar, esta pasión que no me conocen Camucha ni Zoraida; y si, por desgracia, la sospecha influye para que dejes pasar tantos días sin venir, quiero hacer a toda costa que ella desaparezca de tu espíritu. Diré a Camucha que te escriba y cuando estés aquí hallaré la manera de persuadirte. Te daré bromas con él y reiré mucho, mucho; así me saldrá un poco de color en la cara. No quiero que mi desdicha sea una sombra en la felicidad tuya. Oigo ruido. Zoraida que se ha levantado."

\* \* \*

"1 a. m.

"Me acosté delante de Zoraida, luego me finjé dormida. Ella misma apagó la luz, después de besarme en la frente. Me besó y se fue suspirando. ¡Qué buena es, qué íntima lástima me tiene!

"Adriana, mi único desahogo es escribirte aquí, en estas páginas que nadie ha de leer nunca. Pero se me ocurre que te escribo a otro mundo, donde un día, dentro de mucho tiempo, podrás leerlas sin que pueda

hacerte daño su amargura. ¡Si supieras lo que a pesar de todo hay para ti en mi corazón! ¡Y si supieras la extraña alegría con que pienso a veces que voy a morir, idealizada por el sacrificio, perdonando a todos y bendiciendo tu gran amor a Julio! Pasé varios días mortales, es cierto, en que no hubo delante de mis ojos ni la sombra de la esperanza. Pero ahora ya no la tengo en Julio, ahora es otra clase de esperanza, muy distinta, aunque muy inexplicable. Inquietud ya no siento. Es algo así como si tuviera júbilo de morirme y dejarlos a ustedes felices. Yo quiero que se acuerden de la pobre Laura, pero sin sospechar nunca por qué se puso anémica y por qué murió..."

Adriana y Carmen no pudieron seguir. Las lágrimas les anegaban los ojos y caían sobre las páginas del manuscrito. Las dos se pusieron a sollozar. Oyeron un ruido de pasos ligeros que se acercaban. Apareció Laura. Hizo un ligero gesto de susto, al ver el cuaderno en las manos de Carmen; luego se llevó las manos a la cabeza como a tontada por un golpe.

Adriana levantándose, caminó hacia ella, acercó su cara dolorida a la cara pálida de Laura y la abrazó con desatinada vehemencia, sacudida por los sollozos.

Parecían querer fundirse la una en la otra, para formar o un mismo amor o una misma desolación.

En tanto Zoraida y Julio, dejando a la abuelita, ha

bían bajado también y  
conversaban con tranquilidad en el vestíbulo. De pr  
onto oyeron los  
sollozos de Adriana; iban a levantarse, sorprendido  
s, cuando ella cruzó  
corriendo, con el pañuelo en los ojos y desapareció  
como una sombra por  
la escalera, sin oír a Zoraida que asomándose por e  
ncima de la  
barandilla la llamaba desesperada, a gritos.

## XXII

Precisamente a esa hora del anochecer salía Muñoz d  
e la casa de Julio.  
Le había esperado durante dos horas, a pesar de afi  
rmarle el sirviente  
que no volvería antes de la una. Le hubiera esperad  
o dos horas más, por  
la sensación de oscuro alivio que le produjo estars  
e allí, solo, y  
sentado al escritorio y entre las cosas de un hombr  
e a quien odiaba  
ahora con toda su alma. Pero no se quedó más tiempo  
por cierto temor:  
había sacado de su marquito de plata un retrato de  
Adriana y después de  
romperlo se había metido los fragmentos en el bolsi  
llo. Era indudable  
que el sirviente, al entrar, podría advertir la des  
aparición; le hubiera  
preocupado mucho menos la idea de que pudiese adver  
tirlo Julio.

Nada le hacía más daño, en aquellos momentos, que e  
l recuerdo cercano de  
la Adriana transfigurada por misteriosa luz de bond  
ad, y no podía

soportar la suposición de que la bondad le hubiese nacido con el amor a Julio. A éste le exigiría, y tal era el propósito de su fracasada visita, un esclarecimiento definitivo para sus tristes dudas. Lo malo estaba en que había escrito a ella suplicándole, para esa misma noche, la última entrevista en casa de Charito, contando con ir en seguida que Julio le pusiera al corriente de toda la verdad. Pero le tranquilizó la amarga evidencia de que Adriana no iría a casa de Charito. "¿Cómo pudo ocurrírseme, pensó, que ella me tendrá en cuenta ahora, justamente ahora que todas sus preocupaciones van hacia Lagos? Se habrán citado, con seguridad, en alguna parte, en casa de las muchachas fantásticas, por ejemplo. Tal vez han pasado toda la tarde allí. Y he sido tan torpe para no adivinarlo. Y habrán quedado a comer, los dos, para luego seguir conversando; por eso me ha dicho el sirviente que no volvería antes de la una".

Y Muñoz experimentaba una nueva y muy extraña sensación de desahogo revolviéndose en el corazón, mediante tales conjeturas, el puñal atravesado de los celos.

Pero no había andado veinte pasos por la acera, cuando vio llegar a Julio en un carruaje. Chistó al cochero, subió y se sentó al lado de su rival. Por la emoción misma no advirtió la falta de respuesta que había seguido a su breve saludo. Ambos bajaron del carruaje sin haber

conversado una palabra.

--Debías echar a tu sirviente--dijo Muñoz al fin;--  
me aseguró que no  
volverías hasta la madrugada.

Luego le detuvo en el vestíbulo, por la idea del re-  
trato desaparecido,  
cuyos fragmentos apretaba nerviosamente en el bolsi-  
llo. Entonces, como  
Julio, sin atenderle, se dejara caer en un sillón,  
le miró: había  
cerrado los ojos, palidísimo, y apoyaba la cara de  
perfil en el  
respaldo; una de sus manos colgaba inerte.

Se sorprendió Muñoz extraordinariamente. En seguida  
una alegría  
frenética le agitó. Adriana, sin duda, había hecho  
una de las suyas, se  
había burlado de Julio. La sospecha se le hizo cert-  
idumbre; recordó que  
también él había regresado una vez a su casa así, a  
brumado, aplastado  
por uno de aquellos fríos desaires con que ella aco-  
stumbraba a  
contradecir la hechicería de su dulzura. No era, pu-  
es, la única víctima.

Experimentaba, pensando esto, un alivio para todos  
sus celos. Adriana,  
como una divinidad, prodigaba a capricho su favor y  
su desdén sobre los  
infortunados que alzaban hacia ella los ojos. Y Jul-  
io también se  
humillaría, Julio también buscaría avergonzado la m-  
ediación de Charito,  
y acaso en la mañana de los domingos, para la misa  
de las once, se  
deslizaría como él, furtivamente, en la iglesia del  
Socorro, por el  
miserable consuelo de contemplarla arrodillada en l

a penumbra.

Y como si Julio le hubiese efectivamente confesado la innegable causa de su abatimiento:

--Yo te lo advertí muy sinceramente aquella vez, en casa de Charito.

Adriana es una muchacha perversa, diabólica. Lo declaran sus amigas

mismas: Charito, por ejemplo. Ella goza en hacer sufrir, su

voluptuosidad es esa. Pero tú, en vez de hacerme caso, tomaste su

defensa, ¡te pusiste a idealizarla!... Se detuvo, sintiendo que la

inflexión floja de su voz traslucía la satisfacción vengativa que le

subía de las entrañas.

Luego le entró cierta lástima y sentándose en un brazo del sillón,

sacudió a Julio. Le vio abrir los ojos y fijarlos en él cansadamente.

--¿Pero qué ha pasado, al fin?--le preguntó.

--Nada. Estoy muy bien.

Y los párpados volvieron a recaerle sobre los ojos.

La alegría de Muñoz desapareció, sustituida por una idea espantosa.

--¡Adriana ha muerto!

Julio movió negativamente la cabeza, y su mano, alzándose como la de un enfermo, tomó la de Muñoz.

--No puedo explicarte nada. No hay nada que explicar. Vengo de allá. Si

quieres hacerme un gran bien, ahora, déjame solo. L



a parte de la tierra,  
tal vez, te corresponda a ti.

Muñoz no pudo sacarle más una palabra. Y se retiró intrigado por aquella última frase. En la calle tiró los fragmentos del retrato de Adriana. Pero al punto, desandando el trecho andado, volvió a recogerlos.

\* \* \*

Durante largo rato todavía quedó Julio abatido por la gravedad de la imprevista catástrofe. Francisco, su sirviente, se había acercado varias veces, de puntillas, sin valor para llamarle.

Julio al fin se levantó, echó sobre Francisco una mirada vaga y entrando al escritorio lo alumbró. Vio el marco vacío y comprendió que Muñoz había robado el retrato. No atribuyó a esto mayor importancia. Apenas si podía comenzar a recoger sus energías para considerar el doloroso suceso que había caído como un rayo sobre la plenitud de su dicha. Todo aun eran imágenes que rápidamente pasaban y volvían a pasar en su cavilación: así la silueta de Adriana huyendo con el pañuelo sobre los ojos, inútilmente llamada por los alarmados gritos de Zoraida, o la cara consternada de Carmen cuando les refirió lo sucedido con la lectura del diario.

Arrancándose a la impresión que pesaba sobre él como un manto de plomo, pudo ponerse, poco a poco, al análisis de la situación, a ese extraño

análisis que suele desprenderse del espíritu forman  
do como un espíritu  
nuevo, fríamente lúcido y despojado de todo lo que  
al otro apasiona y  
conturba. Asoció las circunstancias del caso, y med  
itando sobre cada uno  
de sus aspectos, contempló las cosas como si se tra  
tara de un drama  
ajeno. ¿Qué sucedería ahora? ¿Qué actitud tomaría A  
driana ante él y con  
relación a la pobre Laura? ¿Y cuál sería su propia  
actitud?

Se formuló por orden estas preguntas, para derivar  
consecuencias  
lógicas. Pronto empezaron a brillar las terribles r  
espuestas. Era  
evidente, desde luego, que su amor por Adriana habí  
a cambiado de sentido  
y de realidad. El viento de la triste tragedia se l  
levaba consigo la  
atmósfera de ensueño que les envolviera durante aqu  
ellos últimos meses.  
Desvanecido el encanto, tanto Adriana como él rehui  
rían seguramente la  
ocasión de encontrarse y la posibilidad de cualquie  
r mezquina  
transigencia, y esto a causa de la tendencia angéli  
ca que habían tomado  
sus sentimientos en las alturas ideales. Más valdrí  
a, sin duda, que  
ningún azar volviese a juntarlos nunca: a la desesp  
eración de no poder  
mirarse ya con los mismos ojos ni sentirse con la m  
isma alma, era  
preferible la larga pesadumbre de una separación de  
finitiva. El  
idealismo ardiente que los había unido, alzaba ahor  
a entre ellos una  
muralla de desolación.

A ratos, como vencido por esta hostil certidumbre,

el espíritu de  
análisis flaqueaba, y Julio recaía en la contemplación interior de su  
tristeza, ¡Cómo había cambiado todo, repentinamente  
! Su vida la hubiese  
dado sin vacilar a cambio de que retrocedieran los  
acontecimientos y a  
ocultas del sombrío presente le fuera concedida una  
hora del hechizo  
muerto: ¡una hora revivir con Adriana la tranquilidad de las  
conversaciones que traían, a lo íntimo de sus almas  
, los júbilos alados!

Tuvo la sensación indecible de que en aquella tarde  
habían pasado años y  
años. Y ni siquiera podía reconstruir el cercano recuerdo. La cara de  
Adriana se le representaba cubierta por el dolor. Julio cansaba su  
imaginación sin lograr que aquellos ojos tomaran para él la dulzura  
conocida.

Hasta la voz de Adriana se modulaba en su memoria con una inflexión  
distinta: aquella voz que más de una vez escuchara desatendiendo adrede  
el sentido de lo que ella hablaba, para sólo percibir el secreto de la  
idea en el rumor musical de las palabras.

¿Y Laura? Era fácil imaginar la consternación de su alma exquisitamente  
susceptible. En otro tiempo y otras circunstancias, el conocimiento de  
aquella pasión tan celosamente oculta, hubiera sido para él motivo de  
insensata delicia. Ahora era causa de aflicción, con un algo de  
reminiscente melancolía. Se le representaron los días en que ella le

intimidaba con sus desvíos vagos, cuando en las frases de Julio moría la indecisa ternura como flor que al punto de brotar se hiela. Había concluido por ver, en el excesivo afecto amistoso que le demostrara ella, la manera de un fino agradecimiento, para compensarle de no poder corresponder al adivinado deseo de adoración. Después, ya en pleno idilio con Adriana, solía preguntarse, intrigado aún, si alguna llama de amor no habría flotado invisible para él, entre aquellos desvíos, que tan mansamente contradecían la atención demasiado seria y dulce con que otras veces le escuchaba.

Meditando de esta suerte, le entraba gran lástima y piedad para Laura, para Adriana y para sí mismo.

Procuró adivinar el probable porvenir de Adriana. Sin duda ningún otro amor nacería nunca en su corazón. Pero la vida y el ambiente recobrarían sobre ella sus derechos. Revestida entonces de una engañosa superficialidad, se recogería en esa penumbra íntima que suele ser, para las mujeres semejantes a ella y a las Aliaga, el ignorado refugio de los ensueños, el mundo interior que nadie sospecha.

Mucho antes de conocerla, ya su anhelo de ideal, apartándole de los afectos comunes, había tomado un camino casi místico hacia la adoración de aquel cierto tipo porteño cuya originalidad le asombrara y sedujera como una fina revelación. Y había amado un poco a todas las mujeres que

de él traían algún inconfundible signo, en el óvalo suave, en la sombra de una mirada serena, en la gracia de una actitud o en la ligera armonía del andar.

Recordó la noche en que se explayara acerca de este tema, en una salita del Jockey Club, con Ricardo Muñoz.

Sí, era indudable que Adriana aceptaría a la larga, divina resignada, la realidad del mundo, casándose, al azar, con un hombre que no llegaría a conocerla nunca.

Y la vio alzarse ahora como una bella imagen, iluminada por el sacrificio y despojada de toda materialidad.

Julio entraba, poco a poco, en una tranquilidad semejante a la que suelen experimentar algunos, a la hora de la muerte, cuando los sentidos ya sólo subsisten para dar, al espíritu lúcido, una última y original visión de la vida que dulcemente les abandona.

Pero de súbito la miseria humana le dominó, como una alimaña que le hubiera saltado a los hombros. Pensó con desagrado en la visita de Muñoz. ¿Acaso le había atraído a su casa un mal instinto, como atrae al buitre el olor de la presa? Miró con gesto sombrío el marquito de plata vacío, y ahora el robo del retrato le irritó. Inútilmente procuraba rehacer en la memoria la frase que se le había ocurrido en el momento de irse Muñoz. Y sintió que se le metía en el alma la flaqueza de los

celos. Ya no pudo pensar en ella como en una Beatriz inmaterial; sus pensamientos se quedaban abajo. Y vio lucir en el aire, reflejados desde el fondo de su espíritu, los ojos turbios de la Angustia.

## XXIII

Muñoz entró en casa de Charito sin esperanzas de encontrarse con Adriana, pero sí con la idea de que su amiga pudiese darle noticias de cómo andaban sus relaciones con Julio. Probablemente estaría al tanto de la ruptura, o del suceso que había motivado aquel estado de mortal lassitud en que había visto a Lagos.

Pero Charito le recibió con una mirada compasiva, buena, y comenzó a repetirle sus consejos de otras veces, procurando decepcionarle de Adriana.

Muñoz, intrigado, pensó por un momento que Julio se había fingido tan abatido para evitar una explicación, o por alguna rara delicadeza de rival afortunado.

--¡Lo que menos necesito es eso, su cortesía!--exclamó en voz alta.

--¿La cortesía de quién?--le preguntó Charito.

--No haga caso, esta noche han de perdonarme cualquier desvarío. Es un

mal momento de mi vida.

En el salón estaba Lucía Moreno, sentada al piano, fastidiada porque no podía sacar una pieza de memoria.

Muñoz fue a sentarse a su lado. Empezó a divagar extrañamente, bajo la influencia de su obsesión.

--Haga música triste, Lucía. Por ejemplo, la marcha fúnebre de Chopin, o de Sigfrido. Las amigas que vengan podrían vestirse de Walkirias. ¡Qué terrible sería Adriana transformada en una Walkiria! Yo, haciendo el papel de Sigfrido, me meteré en el ataúd. Ella, si quiere, puede venir montada en un caballo con alas, en un gran caballo negro, con largas crines negras, las alas negras, castigando con manos negras el aire del cielo.

--¡Pero Muñoz, Muñoz!--gritó Charito alarmada.

Se retuvo y miró a las dos muchachas como asombrado de sus propias palabras o como si una fuerza ajena se las hiciera pronunciar.

--Todo esto son fantasías--explicó--para distraerlas a ustedes. Cuando uno ha perdido la dignidad de sus actitudes, no debe servir más que para quitar el aburrimiento a sus amigas.

Ambas procuraron calmarle. Se rió con risa inexpressiva, y apoyó la cabeza en el brazo de un sofá.

--¡Es que sufro tanto, tanto!

Lucía fue a sentarse a su lado. Se sentía enternecida y llena de piedad. Charito, desesperada, frente a ella, murmuraba frases de condenación contra Adriana.

Durante un buen rato, Lucía se quedó contemplando a Muñoz. Extendió luego la mano sobre su cabeza abatida y se puso a acariciarle, muy suavemente, como se acaricia a una criatura que llora. Le rozó con los dedos la frente, los párpados cerrados, parecía a punto de acercarle los labios. Pero hacía todo con actitud tan espontánea, tan natural, que Charito no se sorprendió.

Y el sentimiento de Lucía no era sólo de lástima. Una secreta delicia, una sensación íntima de encanto la envolvían por la idea de que ella, una niña, prodigaba a un muchacho aquellas caricias, sin malicia alguna y con el puro propósito de consolarle.

En esto resonó el timbre de la puerta de calle.

--¿Quién podrá venir a esta hora?--dijo Charito sorprendida. ¡Son las once pasadas! Su sorpresa aumentó más todavía cuando apareció la visitante: era Adriana.

Lucía, que no había cesado de acariciar la cabeza de Muñoz, se levantó enrojeciendo, mientras él clavaba la mirada, fijamente, en la figura de Adriana.

Esta demostraba una extraordinaria agitación. Procu



raba sonreír.

--¡Ya ve, Muñoz, que no lo olvidan!--exclamó Lucía.  
Pero advirtió  
entonces en Adriana la palidez y un ligero temblor  
de los labios. Y  
comprendiendo que algo grave ocurría, tomó a Charit  
o aparte.

Ella se sentó al lado de Muñoz, quien se había inco  
rporado y la miraba  
con expresión de curiosidad. Ambos quedaron por un  
rato en silencio.

--He recibido su carta y he venido.

--Gracias, Adriana. Yo debo agradecerle este acto d  
e bondad.

Ambos callaron. Adriana volvió la cabeza, como busc  
ando una tabla de  
salvación. Pero Lucía y Charito hablaban en voz alt  
a, al otro extremo  
del salón. Echó ella una mirada de odio a Muñoz. La  
desolación de su  
semblante revelaba una violenta lucha interior. Iba  
a levantarse,  
parecía a punto de llorar. Pero en seguida, con un  
aire de gran  
resolución, acercándose más a Muñoz, le habló en vo  
z baja, insinuante,  
una voz que no parecía la suya.

--Óigame... Todo lo anterior, lo que ha sucedido en  
estos últimos meses,  
ha sido farsa, pura coquetería de mi parte, por ver  
si usted de veras me  
quería. Tal vez lo hice inconscientemente. Usted sa  
be, las mujeres somos  
tan raras... A lo mejor no nos conocemos nosotras m  
ismas. No conseguimos  
saber si queremos o si no queremos. Para saberlo, h

acemos experiencias  
con nosotras mismas. ¡Ah! Son experiencias que suelen costarnos caras.  
Pero Dios debiera perdonarnos tanta perversidad. Porque... mire, fingir  
es una defensa contra la posibilidad de engañarnos.  
Fingimos  
indiferencia, fingimos que andamos enamorándonos de otro... Y yo le  
explicaré, para que todo se aclare. No, no me interrumpa, aguarde un  
poco, por favor. Los otros días, cuando lloré, usted hubiera debido  
adivinar que comencé llorando como fingimiento, para concluir llorando  
por la idea de que no podía dejar de hacerle sufrir... Me dominaba el  
espíritu de la perversidad. Es espantoso cuando una se siente así  
poseída por esa maldad extraña... No fui yo, fue mi maldad la que le ha  
simulado indiferencia, la que ha buscado el amor de Castilla, la que le  
ha hecho sufrir. Perdóneme, Muñoz, a usted lo quise siempre y ya es  
tiempo de que nos comprendamos. Se lo exijo... se lo pido.

Muñoz la miró con asombro. Después, levantándose, llamó con voz muy  
alterada a Charito y a Lucía.

--No podrían ustedes imaginarse lo que ella acaba de decirme. Con  
seguridad se trata de una nueva farsa, parecida a la farsa de las  
cartas... parecida...

Se interrumpió de golpe y las miró, ruborizándose y como arrepentido de  
haber provocado una situación incómoda.

--Tenga más calma, Muñoz, dijo Adriana con dulzura. Siéntese aquí, al lado mío. Y ustedes perdónenle. ¡Ha sufrido tanto por mi culpa!

--¿Pero qué lío es este, Adriana? interrogó Charito con aire de sorpresa y de reproche.

--Ya lo sabrás, cuestión de algunos minutos. Todo se aclarará. Ya lo sabrás también tú, Lucía, aunque sospecho que también te estabas enamorando un poco de Muñoz... ¿Qué le decías, con tanto mimo, cuando yo entre? No, no quiero saberlo. Te lo perdono y ahora te pido por favor que no digas nada, que no nos interrumpas. Tú también, Charito. Venga aquí, Muñoz, venga.

Volvió él a sentarse. Las manos le temblaban. Sus facciones tenían una expresión de pasmo. Nunca la había sentido más lejos de su alma, ni más inasequible. Su instinto percibía una misteriosa falsedad en aquella sumisa actitud de Adriana.

--Si usted me hubiese escuchado hasta el fin, prosiguió ella, nos habríamos ahorrado esta interrupción tan desagradable. Déjelas conversar allí, mientras no solucionemos el asunto. Me es horriblemente penoso tener que emplear tantos argumentos. Oiga... para no gastar palabras inútiles y sobre todo para no hacerle afirmaciones que usted puede poner en duda, no he de repetirle que lo quiero... pero en cambio le propongo algo que será una prueba decisiva de mi sinceridad.

--Adriana, deje primero que le haga una última súplica. Si no fuese verdad lo que me dice ahora, si esas palabras, que me parece oír soñando, fuesen como aquellas cartas que usted desmentía siempre, después de escribirlas... o si no está segura de hablarme con sinceridad, como lo asegura, yo le pido, yo la conjuro... No, un golpe más yo no podría soportarlo.

--Por eso, para que usted pierda toda mala sospecha, para que no quede la posibilidad de un engaño y todo se aclare por sí solo, voy a proponerle, si acaso usted no ha empezado a despreciarme, que nos casemos... No es el antiguo compromiso que yo exigí a lo mantuviéramos secreto; la prueba que quiero darle es inmediata, y a mismo, en estos días. Pídame mañana a mamá... Aunque es inútil, ya le he dicho yo a mamá que nos casaremos en seguida si usted no hubiera desistido. Disponga de mí. Le suplicaría que nos casáramos cuanto antes. Soy suya, enteramente suya. Iremos los dos, usted y yo, a la gran felicidad, a esa gran felicidad que soñé, que soñé tanto en estos días, y rezando delante de la Virgen, en la iglesia de Nueva Pompeya...

Dijo con exaltación las últimas frases, palideciendo. Muñoz la contemplaba sin poder hacerse a la idea de que sus angustias concluían y de que Adriana sería suya.

--¡Adriana! ¡Adriana!

Ella se quedó como extática, cayó de rodillas, pero casi dando la espalda a Muñoz. Alzó la mirada, juntó las manos en actitud de apasionado arretrato; le caían lágrimas de los ojos fijos. Mientras pronunciaba las palabras decisivas que le apartaban de Julio para siempre, en medio de la sombra de su congoja una especie de júbilo le nacía, como una luz, y le bañaba el semblante. Muñoz, maravillado, creyendo soñar, tomó entre las suyas aquellas dos manos juntas.

--¡Adriana! ¿Puedo creer a mis ojos? ¿Puedo pensar que esta alegría es alegría de su ternura por mí?

--Sí, Muñoz. A usted lo he querido siempre, lo he querido siempre.

Pero ella ya no estaba en sus palabras, y ni siquiera sentía el contacto de las manos de Muñoz.

## XXIV

La madre de Adriana llamó con urgencia a Ernesto Molina para pedirle consejo. Por más que siempre consideró a Muñoz un marido ideal para su hija, le alarmaba grandemente la repentina decisión de casarse con él después de haberle burlado por otro. Informó a su hermano,

minuciosamente, acerca de las circunstancias que ella la conocía.

--Tú podrías interrogarla--añadió--contigo fue siempre más "dada".

Cuando Raquel o yo procuramos hacerla hablar, ella suplica que la dejemos, que las cosas marcharán así mucho mejor, y para bien de todos.

En fin, yo nunca he tenido de sus asuntos más noticias de las que hubiera podido recibir un extraño. Tú comprenderás, hace tiempo he

perdido sobre ella mi autoridad de madre. Por cierto, en estos últimos

meses cambió mucho; se hizo muy buena y muy compañera con Raquel. Antes

casi no se hablaban. No sé si ahora Raquel me oculta algo. Eso de volver

a comprometerse así, de un día para otro, y pretender que ha de casarse

ya mismo, podría significar un simple capricho. Yo no pasaría tanto

cuidado si Raquel no anduviese preocupada ella también. "Tú no

intervengas para nada--me ha dicho hoy--si algo grave le sucede, no

serás tú la que pueda remediarlo". Y así las dos me dejan con las manos atadas.

--Y por el mismo Muñoz, hija, ¿nada has podido averiguar?

--Pero si él sabe menos que yo, ni está en estado de preocuparse. Ayer

me tomó aparte, me dijo que era el hombre más feliz de la tierra y

Adriana su Dios. Parece que no podía resignarse a que ella le dejara.

Anda todo el día en la calle, arreglando las cosas, comprando muebles.

Ha tomado casa en Belgrano, sobre la barranca; me l  
levó a verla, es un  
chalet precioso. Adriana, en cambio, no fija su at  
ención en nada. Ayer  
habían salido los dos con Raquel y con Charito Gonz  
ález y a la media  
hora volvieron. Adriana se sentía mareada, les pidi  
ó que la dejaran sola  
y se ocuparan ellos de todo. Después tomó un libro,  
estuvo dos o tres  
horas con el libro abierto en la falda sin volver u  
na hoja. En fin ¿qué  
piensas tú?

Ernesto Molina meneó la cabeza.

--Esta muchacha se casa por lástima.

Pero la viuda de Zumarán no pensaba lo mismo.

--Cuando ella le dejó, no te puedes imaginar su ind  
iferencia: le ha  
visto humillarse, llorar, y como si tal cosa. Muñoz  
no la preocupaba un  
chiquito.

--¿Y ahora se casa con él?... Algún despecho, enton  
ces.

--Eso sería más posible, ¿ves? Pero entonces sabe D  
ios lo que puede  
suceder.

La insinuación de su hermano abrió del todo la viej  
a herida de su  
corazón, y con voz que temblaba refirió cómo Adrian  
a se veía con Julio  
Lagos, no sabía ella desde cuando, en casa de las A  
liaga.

--¿Y Adriana visita a las Aliaga?

--Sí, yo he venido a saberlo no hace mucho.

--¿Pero tu hija conoce aquello?...

--Tampoco podría decírtelo. Tú comprenderás que hacerle una revelación semejante... ¡Ah! Lo que más me asusta es pensar que de esa casa podría venir otra vez, para mí, alguna gran desgracia.

--Son gente algo rara, como lo fue tu marido, y los abuelos de tu marido. Todos han tenido fama de raros.

--Y anda Adriana con ese mismo aire de misterio que tenía Zumarán antes de matarse por la viuda de Aliaga.

--No seas supersticiosa, hija.

--Es que tú no sabes, ella ha salido a su padre.

--Nunca me pareció, a la verdad, sino una chica muy inteligente, muy discreta...

--Porque contigo siempre se ha hecho la niña mimada... Te repito que ha salido a su padre en todo. Extremosa, llena de fantasías, inquieta, siempre soñando locuras.

Asomaron a sus ojos lágrimas de recelo presente y lágrimas que le hacía derramar la visión lejana de la tragedia: el cadáver de Zumarán tendido en el suelo, el revólver en la mano y un redondel de sangre formando como una aureola a la cara lívida.

El señor Molina se quedó perplejo. Era incapaz de afrontar situaciones



reñidas con el carácter de los hechos comunes y con su criterio rectilíneo de viejo patricio. La herencia del antiguo convencionalismo español había encuadrado sus ideas en fórmulas precisas, limitadas, que no permitían la intervención de sentimientos ajenos a la naturaleza de los suyos. El suicidio de su cuñado lo confundió, muy sencillamente, con los actos incomprensibles de la locura, actos que debía tapar el silencio. Uno de sus principios era precisamente la conveniencia de evitar el escándalo, y hasta las alusiones a cualquier suceso que no estuviera en el orden.

Ahora, para el caso de Adriana, su extrañeza y su perplejidad eran producidas por la precipitación con que iba a realizarse el matrimonio. No hallaba, en su experiencia, un hecho análogo que pudiera servirle como elemento de juicio.

--¿Dónde está Adriana?--preguntó.

--De un momento a otro la verás, está por salir con Raquel, para la confesión.

Ambas, en efecto, aparecieron. Adriana, sin hablar, abrazó y besó a su tío. Parecía mucho más tranquila que Raquel, cuyos ingenuos ojos verdes tenían algo de doloroso y de adusto bajo el triángulo de blancura que dejaban sobre su frente los cabellos lacios.

Como Adriana, un momento después, quisiera marcharse, el señor Molina la

retuvo.

--Si no tiene apuro, hijita, venga para acá. Ya sabe que siempre la he querido como si fuese mía. ¿Qué anda ocultando en esa cabecita?

Ella le echó una rápida ojeada. Hizo visiblemente un gran esfuerzo sobre sí misma, y dijo riendo:

--Dale la carta, Raquel, que llevábamos para poner en el primer buzón. Era para usted, ábrala.

Pero se sentía algo de penoso en la tranquilidad de su actitud, en su sonrisa misma y hasta en el descuido con que se había puesto el sombrero de fieltro.

En la carta le pedía, con mucho mimo, que accediera a servirle de padrino.

Pero como él comenzara de nuevo a interrogarla, Adriana le miró seria y cariñosamente:

--Tío, estos asuntos no tienen explicación.

Bajó los ojos, nerviosamente se ajustó el sombrero, tomó a Raquel por la cintura y ambas salieron.

--¿Viste? Contigo también ha cambiado.

El señor Molina, inquieto, asombrado, se puso a cavilar en silencio. Aquella sobrina que tanto quería y tanto había regalado desde pequeña, surgía ahora para él, repentinamente, c

omo un mundo cerrado.

Pero tampoco hubieran podido esclarecerle el misterio las más francas confidencias. En su espíritu no había, decididamente, puntos de apoyo para apreciar las razones íntimas que movían los actos de Adriana.

--Debemos dejarla hacer--declaró al fin--ella sabe de sus cosas mucho más que nosotros.

\* \* \*

No quiso Adriana ver a su confesor ordinario, en la iglesia del Socorro.

Prefirió un desconocido; acudió a la capilla de las Victorias. Vino un sacerdote viejo, algo encorvado, con cejas canosas, espesas, sobre unos ojos muy pequeños que brillaban inexpresivamente en las órbitas hundidas. Se metió, sin mirarla, en el confesionario, y comenzó a formular preguntas, rápidamente, sin atender casi a las respuestas que recibía. Raquel, mientras tanto, había ido a hincarse, descorazonada, cerca del altar.

Adriana tenía prisa de concluir cuanto antes. Generalmente, cuando iba a confesarse, la dominaba una impresión de misterio, y cierto receloso pudor le impedía referir nada relacionado con los secretos íntimos de su conciencia o con los pecados que más la inquietaban. Ahora, en cambio, le parecía cumplir con una obligación pueril, superflua. Sentía una especie de fría hostilidad en las caras de las imágenes y en el brillo

de las cruces doradas. Sin hacer mayor memoria de pecados, respondió brevemente a cada pregunta que oía musitar al sacerdote.

Iba a levantarse, cuando sin saber por qué murmuró:

--Padre, me olvidaba decirle que me caso por casarme.

El sacerdote requirió una explicación. Pero Adriana, arrepentida, repuso con indiferencia:

--Sí, por casarme, como se casa casi todo el mundo, padre.

El sacerdote la absolvió.

Ella llamó a Raquel. Regresaron a pie, cortando por la plaza Libertad para seguir por la calle Cerrito. Pero a mitad del camino Adriana quiso doblar hacia la izquierda, una cuadra, para cruzar la Avenida Quintana. Y allá en el fondo del paseo arbolado, vio asomarse la iglesia del Pilar, aquella iglesia pequeña, que más de una vez, bajo el oro del otoño en las hermosas tardes, ella contemplara desde la casa de las Aliaga imaginando idilios con Julio. ¡Cómo se había alejado de pronto, hacia una irrealidad extraña, aquellos tiempos! Ahora le parecía otra, la iglesia del Pilar. A la distancia, en la fuerte claridad del día sereno, su apariencia atónita, simple, tenía para ella algo de hostil, como algunos minutos antes, en el templo de las Victorias, las caras de

las imágenes y las cruces doradas. Adriana apresuró el paso, con una amargura sin nombre. No hablaron una palabra en el camino. Pero estaba Raquel decidida a saberlo todo y calculaba el momento más propicio para interrogar a su hermana. Había notado que todo lo hacía como en una especie de alucinación, y comprendía que marchaba a l casamiento con la muerte en el alma. Era preciso disuadirla a toda co sta, salvarla.

Esquivando al señor Molina, entraron ambas en el do rmitorio de Adriana. También ésta sentía ahora la necesidad de un desaho go y sus palabras se anticiparon al deseo de Raquel. Arrojó sobre la cam a, con un gesto de desolación, la piel y el sombrero, y empezó a conta rle, minuciosamente, lo que había ocurrido tres días antes en casa de la s Aliaga. Cuando refirió cómo ella y Carmen fueron sorprendidas por Laura en la lectura del triste diario, a Raquel se le anublaron los ojo s y por largo rato quedó muda, sin acertar con la manera de encarar la situación. Al fin, en voz baja, mirándola atentamente y como si procur ase arrancarla de un mal sueño:

--Pero de cualquier modo, tu casamiento es un absur do. ¿Qué obligación es esta de casarte con Muñoz?

--¡Oh, repuso Adriana, tú no relacionas las cosas, no sabes, no te pones en mi caso!

--¡Y casarte así, con este apuro, a la carrera, com

o si te persiguiera  
la muerte!

--La muerte mía no, pero sí la muerte de Laura. De casarme con Julio, Laura se moriría.

--¡Cómo exageras!

--Tú no la conoces, supones que se trata de una novelera. Al contrario, hay en ella una sinceridad absoluta para consigo misma, y en todas sus cosas tiene la reserva y la discreción más delicadas. Pero llena de alma como es, lo cifró todo en el amor y el amor no ha tenido piedad para con ella.

--En cualquier caso, Adriana, casándote con Muñoz no remediarás nada.

--¡Oh, sí!

--Julio te quiere a ti, te quiere locamente. ¿Cómo puedes imaginar, entonces, que se casará con Laura?

--En realidad, no se trata de que se case con Laura.

--¡Pero entonces cada vez te comprendo menos!

Y Raquel, acalorándose, procuró convencerla de que si ella se casaba con Muñoz y Laura se quedaba sin embargo sin el amor de Julio, su sacrificio sería un desatino inútil.

Adriana, sin responder, hizo un gesto de cansancio. Sus ojos anegados de tristeza parecían explicarle todo lo que no podía d

ecir con palabras.

Pero Raquel insistió, y volviendo a su tono persuasivo, suave, le pidió que al menos postergara el casamiento hasta una semana más.

--Que no sea este lunes que viene, sino el otro.

--¿El otro lunes?

--Sí, no te pido más.

--Tú quieres ganar tiempo. Postergarlo hasta una semana...

--Te lo suplico.

--No, si el casamiento se postergara tres días, nada más que tres días, tal vez ya no me casaría, estoy segura. Óyeme... Precisamente, una de las ideas que me aterran es la de no tener valor para ir hasta el fin.

--Ah, ¿de modo que quieres tú misma atarte las manos?

--Ya no me casaría; y por el contrario, me daría horror el pensar que me caso con un hombre sin quererlo.

--Pues entonces, yo se lo diré todo a mamá, y a tío, para que no te permitan cometer esta locura.

--No lo harás.

--Te juro que lo haré.

--Raquel, si llego a sospechar, por cualquier palabra de mamá, que le

has contado algo, haré una locura peor. Oh, no me, conoces.

--Por mi vida, por la vida de mamita...

--No, no me supliques nada.

--¡Casarte con Muñoz queriéndolo a Julio tanto!...

--Adorándolo, como no podrías formarte una idea. Por eso, si no me casara con otro, para poner cuanto antes una barrera delante de mí, sería capaz de correr a casa de Julio y suplicarle que nos marcháramos de aquí, lejos, a cualquier parte, a un sitio donde no pudiera perseguirnos el fantasma de la pobrecita Laura. ¿Comprendes, ahora, porqué debo casarme con Muñoz?

--¡Ojalá venga Julio mismo a salvarte!

--Nada sabe, Raquel. Ya he tomado mis precauciones. Lo sabrá cuando todo haya concluido para los dos. Y entonces, si la vida de Laura dependiera de su cariño... ¡Ah, no! Tampoco puedo sufrir la idea de que Julio se casará con Laura. ¡Qué gran tristeza, Raquel! Sin mí, Julio la hubiera querido. Sí, eso está escrito en su diario. Yo intervine, en realidad, para destruir esa dicha cuando nacía. ¡Ojalá llegue a casarse con él, más adelante!

Y Adriana se puso a referirle las conversaciones que con Julio había tenido, y procuró explicarle la clase de felicidad que concibieran juntos. Sus frases se exaltaron, sus ojos despidier



on un fulgor  
ardiente.

Experimentaba, hablando así, el alivio ilusorio de  
revivir  
imaginariamente el breve pasado radiante. Y de su c  
ara huía el dolor  
dejando una pasajera expresión de dicha sin límites  
.

--Óyeme,--prosiguió--no llores, no me impidas ver l  
a verdad. En mí no se  
casará con Muñoz el alma, sino simplemente la mujer  
. Sufriré mucho menos  
si es que puedo darme cuenta más clara de mis actos  
. Tú debes ayudarme.  
Si no me casara con Muñoz, tendría que morir. ¡Y Ju  
lio también tendría  
que morir! ¿Comprendes, Raquel? Porque ya nada podr  
ía detenernos, yo  
sería suya, sería suya sin casarme, esto lo sé, lo  
siento, y después los  
dos moriríamos sin remedio, para purificarnos y par  
a escapar al  
pensamiento de Laura.

Raquel, anonadada, palpando en la actitud de Adrian  
a algo  
inquebrantable, ya no respondió una palabra.

Sin embargo, no dejó de espiarla, para encontrar ac  
aso la oportunidad de  
una última tentativa. Sorprendió en ella indicios d  
e pánico. Más de una  
vez pudo observarla que se arrodillaba, creyéndose  
sola, y que  
oprimiendo contra el pecho un crucifijo, parecía pe  
dir una inspiración  
al cielo. Era evidente que se sentía aterrada por l  
a proximidad del día  
fatal.

En la misma mañana fijada para el acto civil (al día siguiente se realizaría la ceremonia religiosa), Raquel tuvo la idea de escribir a Julio. "¿Cómo es posible--pensó--que sólo ahora, tal vez demasiado tarde, se me haya ocurrido llamarle?" No vaciló. Si Julio acudía, su presencia inesperada desarmaría en seguida la voluntad de Adriana, aun en aquellos momentos, cuando apenas faltaban horas para que llegaran los testigos. Su alma ingenua ya no pudo dudar que Adriana estaba salvada. Únicamente se asustó por la posibilidad de que Julio no llegara a tiempo. Pensó hablarle por teléfono; pero desistió, temiendo que Adriana la sorprendiera. Llamó furtivamente a Lola, la sirvienta.

--Oye, tú llevarás una carta al señor Lagos, pero que nadie te sienta salir. Tomarás un auto, aquí tienes dinero; que dentro de cinco minutos tenga él esta carta.

Trazó nerviosamente algunos renglones, suplicando a Julio, en nombre de Adriana, que viniese sin demora. Puso el papel en un sobre y escribió la dirección. Pero cuando Lola iba a salir, entró Adriana. Adivinándolo todo, le quitó la carta.

Tuvo un ligero gesto de vacilación. Cerró los ojos, suspirando. Por un segundo se abandonó, desfallecida, a esta imaginación de Julio que sobrevenía para salvarla de Muñoz. Y ambos huían de la pobre Laura. Pero luego estrujó el papel con impaciencia y sonrió con

angustia.

Raquel se retorció las manos, consternada.

--¡Déjala ir!

--Si supieras, Raquelita, qué inútil sería también esta carta.

--A Muñoz no podrás quererlo nunca.

--Nunca, ya lo sé--respondió ella,--y si alguna vez, dentro de cinco, dentro de diez años, tú notarás que algo parecido al amor me ata a mi marido, si te dieras cuenta que el hábito me ha trabado hasta inspirarme por él algún sentimiento real, no pongas entonces en duda que la Adriana de ahora ya no existe y ha dejado en su lugar una criatura puro instinto, una criatura muy vil y muy despreciable.

--¡Déjala ir!--gritó Raquel abrazándola y procurando recobrar la carta.

Pero dos golpes sonaron a la puerta de la habitación. Apareció sonriendo Charito, vestida de claro; una rica piel blanca envolvía, bajo el sombrero negro, su rostro ligeramente acalorado.

Tomó con efusión las manos de Adriana.

--Anduvimos hasta esta hora con Muñoz y con mamá, haciendo compras para ti.

Y Charito se puso a charlar, loca de contento, encantada por haber llevado a buen término una obra que significaba, se

gún ella, la  
felicidad de sus dos mejores amigos.

Raquel sintió que con Charito había entrado, atavida de alegres  
apariencias, para posesionarse de Adriana, la inevitable realidad.

## XXV

Poco antes de mediodía llegó, acompañado por otro empleado, el jefe de  
la correspondiente oficina del Registro Civil. Era un señor gordo,  
tieso, de cabello y bigotes grises, y cuya apostura digna parecía  
afirmar la importancia de la ceremonia que iba a realizarse. Al entrar  
en la sala hizo una gran reverencia. Su empleado, un joven moreno,  
pobremente vestido, tenía por el contrario el semblante apático;  
adelantándose como aburrido, puso el libro sobre la mesa dispuesta en  
mitad de la sala y buscó, sin apuro, el folio en que debía formularse el  
contrato matrimonial. Una sirvienta corrió a llamar a los novios.

Raquel se cubrió la cara con las manos y comenzó a sollozar. Su madre,  
que lloraba en silencio, la reconvino en voz baja, casi suplicante.  
Entonces se alzó la voz grave del señor Molina.

--Está demás llorar ahora, dijo lacónicamente.

Había venido con sus hijas. Como la noche antes oye

ran dialogar a su padre sobre la desgracia del inesperado casamiento, más que nunca les hacía Adriana la impresión de una rara. Tenían la vaga idea de que ahora expiaba las consecuencias de sus fantasías absurdas. Y se miraban con un gesto de aprensión, casi asustadas.

Adriana entró con Charito y con Muñoz. Traía el traje sencillo con que solía ir a la iglesia, para la misa de las once. No era su aspecto el de una novia, y por su actitud natural, casi distraída, en medio de las caras solemnes, parecía moverse en otra atmósfera. Difundía una gracia singular. Sus primas se ruborizaron, humilladas por su belleza y su serenidad. Charito fue hacia ellas, y en voz baja, cuchicheando:--¿Han visto? Se cumple hoy lo que yo siempre anuncié. Adriana nunca quiso a otro. Las rarezas, las maldades, eran todas fingidas. ¿La ven ahora, con ese aire de indiferencia? Yo les aseguro que no cabe en sí de felicidad.

De pronto, cuando el jefe del Registro llenaba las primeras formalidades, Raquel dejó de sollozar. Dijo algunas palabras ininteligibles y se dirigió impetuosamente hacia Adriana. Estaba resuelta a interrumpir el acto. Todo el mundo la miraba con sorpresa, sin adivinar su propósito. Los mechones del pelo la ciego se le habían pegado, con las lágrimas, sobre las sienes; la tristeza y la indignación se pintaban juntas en su semblante enrojecido.

Pudo al fin hablar.

--¿Y tú, con esta tranquilidad, vas a casarte?

Adriana comprendió al punto su intención. Entonces la miró con fijeza; después, besándola, la empujó suavemente hacia su madre. Como si hubiese leído alguna trágica amenaza en el fondo de aquellos ojos que no cambiaron de expresión para los demás asistentes, R aquel retrocedió, ahogando un grito.

--¡Qué nervios tiene esa chica!--dijo alguien en voz baja.

Adriana se acercó a la mesa y escribió su nombre al pie del acta, con la naturalidad de quien pone su firma al terminar una carta. Muñoz, en cambio, tomó la pluma temblando, y no pudo ocultar su emoción en aquel instante que ataba para siempre a la suya la misteriosa existencia de Adriana.

Ella, terminada la ceremonia, llenó de licor varias copitas y sirvió ante todo a los empleados del Registro. El jefe, luego de agradecer y de pronunciar algunas respetuosas frases de circunstancias, hizo la misma reverencia que al entrar, y ambos se retiraron.

Después, por largo rato, nadie habló. Raquel seguía sollozando, y Charito la contemplaba intrigada, sin comprender.

Adriana estaba pensativa. La triunfante tranquilidad de su rostro había desaparecido. Empezó a oír en su interior, repetida

como un estribillo,  
la dulce frase murmurada por Julio, pocos días antes, junto a la iglesia de Nueva Pompeya: "Si a usted la pierdo, viviré sin vivir". Pero esta frase no llegaba todavía a conmoverla. Porque la gravedad misma de los sucesos, había en cierto modo anulado su sensibilidad, tal como ocurre cuando atraviesa por el organismo vivo una corriente eléctrica que por demasiado intensa los nervios no la sienten pasar.

En el almuerzo, apenas comió. En seguida suplicó que la dejaran sola, declarando que no había dormido en toda la noche anterior y necesitaba descansar. Insistió, sobre todo, en que se marchara Muñoz. El señor Molina dispuso que nadie la contrariara. Ahora miraba a su sobrina con otros ojos, intimidado por ella y por el enigma de su actitud.

Adriana se echó vestida en la cama y durmió durante varias horas. Cuando quisieron despertarla no se movió. Parecía el suyo un sueño de muerte. Sin embargo, tenía las mejillas acaloradas y junto a la raíz de los cabellos brillaban pequeñas gotas de sudor. La dejaron dormir hasta el anochecer. Pero vinieron algunas de las pocas personas a quienes se había comunicado el casamiento. Contra las súplicas de Raquel, su madre logró, al fin, despertarla. Ella, con un ademán de desesperación, sin abrir los ojos, pidió que la dejaran. Escondió la cara en los almohadones y volvió a dormirse en seguida.

Soñó.

En la iglesia de las Victorias, iluminada con millares de cirios, ella salía por el medio de la nave, vestida de blanco. Su esposo era Julio, que le murmuraba al oído palabras ininteligibles. Llegaron a la calle. Vetas de sombra temblaban sobre los transeúntes, pero ninguno de éstos se paró para ver salir el cortejo; corrían y se esfumaban como fantasmas. En la plaza Libertad, los troncos de los árboles habían crecido desmesuradamente, las ramas formaban como una selva que se sumergía en un cielo borroso.

Subió con Julio al único carruaje que aguardaba frente a la iglesia. Vio al cochero levantarse en el pescante y castigar con todas sus fuerzas a los caballos, sin que éstos aceleraran su marcha ni se oyera tampoco el chasquido del látigo.

Procuraba Adriana, vanamente, recordar las circunstancias en que sin duda desistiera de casarse con Muñoz. Tampoco pudo recordar las personas que habían asistido a la ceremonia; sólo tenía presente la cara del cura, muy viejo y con cejas canosas sobre los ojos pequeños que brillaban inexpresivamente en las órbitas hundidas. Se parecía al sacerdote que la confesara días antes. Después de escuchar la bendición se había inclinado sobre ella cuchicheándole maliciosamente al oído: "Con este no te casas por casarte".



El carruaje paró. Descendieron. Instantáneamente se vio con él en la sala nupcial. Había un gran lecho, muy ancho y muy bajo; brillaba indecisamente el moaré de los almohadones.

Y la idea de que Julio era al fin su esposo querido y que se hallaban juntos en aquella tibia intimidad, irradió en su espíritu como una gloria, sin rastro alguno de impureza.

Pero notó, sorprendida, que el traje de novia se le había desceñido por los hombros y se deslizaba sobre sus brazos desnudos.

Entonces cerró los ojos con un ligero espanto, a tiempo que la envolvía la sensación de una dicha excesiva. Ardiéndole el rubor en las mejillas, fue a sentarse en un sillón, de espaldas al lecho. Julio se arrodilló y comenzó a sacarle, delicadamente, los zapatos blancos. Ella sintió que su ser se diluía en una vaguedad semejante a la que había experimentado en algunos momentos extáticos, así junto a la Virgen en la iglesia de Nueva Pompeya, y le pareció que morir no sería sino prolongar por toda una eternidad la delicia de aquellos momentos. ¡Una eternidad para las manos que le quitaban con tan suave modo los zapatos blancos! Julio se incorporó y la miró con sonrisa extasiada; y como si hubiese entendido sus mudos y apasionados deseos, le tomó la cabeza en una caricia, y se puso a murmurarle palabras ligeras, humildes, que llegaron como una adoración a sus oídos. Después la besó en los ojos

y en los labios.

Adriana se oprimió contra él, con un deseo dulce de morir.

\* \* \*

De pronto advirtió con inquietud que Julio ya no estaba con ella. Al

mismo tiempo se abría la puerta de la alcoba; asomó una cara pálida, que

se puso a mirarla con triste asombro. Reconoció a Laura y dio un grito.

Pero Laura, precipitándose, se abrazó a ella. Todo el decorado de la

alcoba nupcial desapareció en un remolino, y la figura de Laura fue

sustituida por Raquel, que era quien la abrazaba y procuraba calmarla.

Entonces, despertando del todo, se le representó la escena de su

casamiento civil con Muñoz.

--¿Me casé ya?--preguntó, con la instintiva esperanza de que no se

hubiese realizado todavía la ceremonia. Pero entrando en la plena

conciencia de la realidad, comprendió lo absurdo de su pregunta.

\* \* \*

Al día siguiente, en medio de la agitación que trajeron los preparativos

del acto religioso, ya no le fue posible apartar su pensamiento de la

terrible obsesión. Muñoz ahora se le antojaba un extraño, un hombre a

quien no hubiese tratado nunca. Su galantería solícita la hería como una

ofensa, la idea de que era su marido se le hizo insoportable.

Iba la ceremonia a celebrarse, según sus deseos, en la casa misma. No hubiera tenido valor para casarse con Muñoz en una iglesia.

El señor Molina recorría, muy caviloso, las habitaciones de la casa, y al pasar junto a su sobrina, sin atreverse a consolarla, echaba sobre ella una mirada penetrante.

--¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!--murmuraba hablando consigo mismo, pero con el propósito de que ella, oyéndole, comprendiera que no le engañaba su apacible indiferencia exterior.

Adriana, sintiéndose a punto de abrazar llorando a su tío, furtivamente se retiró a su cuarto, sin advertir que Muñoz la seguía. Cuando de pronto se vio sola con él, tuvo, azorada, la tentación de huir. Dominándose, fingió que había entrado a su habitación para buscar algo en la mesita de luz. Pero él, acercándose, le enlazó la cintura. Adriana, pálida de susto, se defendió.

--¡No! ¡No, Muñoz!--exclamó sin atinar con lo que decía.--¡Si no ha venido el cura todavía!

Y llamó gritando a Raquel.

Muñoz retrocedió asombrado, inquieto. La sintió, como en otros tiempos, protegida por un gran resplandor.

--¿Vuelve a despreciarme, ahora?

Ella ensayó una explicación. Y dirigiéndose a Raquel que acudía:--Te llamé... para que le digas que no debe sorprenderse de algunas rarezas mías.

--Sí, venga, Muñoz, dejémosla.... Ella es algo enferma, ¿usted no sabe?

Y le miraba seria, enrojecidos por las lágrimas sus ojos verdes.

Muñoz obedeció. Pero su espíritu se había turbado y le asaltó la antigua sospecha de que Adriana jamás podría quererle. Por primera vez, después de la inesperada confesión de amor en casa de Charito, le intrigó el apuro singular con que se habían llevado las cosas. Recordó el motivo aducido por ella: demostrarle la sinceridad absoluta de sus palabras, quitarle toda sospecha de una nueva falsedad. Sin embargo, esta tierna precipitación no se avenía, por cierto, con su actitud subsiguiente, tan llena de silenciosas reticencias, ni menos con la enigmática aprensión con que había rehuido su caricia. ¿Eran desigualdades de su carácter, simples rarezas, como ella decía? Se sorprendió de no haber puesto la atención, hasta entonces, en la manera casi hostil con que le trataba Raquel. La felicidad sin duda le había traído una especie de inconsciencia, y más con el trajín de arreglar la casa en un par de días. Ahora le resultaba curiosa, por ejemplo, la tenacidad con que ella había rehusado el viaje de bodas a Montevideo.

Comprendió que el golpe de la dicha imprevista le había desquiciado y sumergido en una suerte de sonambulismo. Pero ahora se restregaba los ojos, al fin. ¿Qué significaba aquel aspecto caviloso con que el señor Molina se paseaba, desde hacía dos horas, por las habitaciones de la casa, sin hablar con nadie y hasta esquivando francamente toda conversación? ¿Por qué no relataba, con su flema de costumbre, anécdotas históricas? Aquella misma mañana Muñoz le había abordado, expansivamente, para consultarle sobre diversas compras propuestas por Charito.--Sí, sí, todo eso me parece muy bien, respondió el señor Molina, sin tomarse el tiempo indispensable para considerar la pregunta. Luego, sacando su reloj:--Hasta luego, amigo, tengo por ahí un asuntito.

Mientras tanto el cura no tardaría en llegar para consagrar la unión, y esa misma tarde iría él con Adriana, con "su mujer", a un chalet rodeado de viejos árboles, en las barrancas de Belgrano... ¿No lo habría soñado? ¿Era realmente "su mujer" esta criatura que le desdeñara y le humillara tanto y a quien durante los últimos meses no pudiera contemplar sino furtivamente, como un ladrón, en la penumbra de la iglesia del Socorro? ¿Era esta la misma Adriana que tantas veces resplandeciera para él, transfigurada, en la indecisión de una portentosa lejanía?

En tanto que su imaginación sobreexcitada la miraba

regresar así al antiguo hechizo inquietante, no se preguntó una vez siquiera si era un bien o un mal su casamiento con ella. Por el contrario, perdido en las presentes conjeturas, experimentaba la inconfesable satisfacción de que este matrimonio era ya, de todos modos, un hecho consumado. Los largos deseos atados a su amor, las humillaciones devoradas en silencio, habían concluido por anular su dignidad de otro tiempo y por corromperle hasta en las raíces de su ser. Ahora el corazón le latía con violencia agitado por esta sola idea: "el cura no tardará en venir, Adriana será de todos modos mía". Y ya no quiso pensar en otra cosa.

Pero sobrevino un episodio extraordinario que impidió la realización del acto religioso.

## XXVI

Apenas Adriana quedó sola, después de rechazar a Muñoz, entró en su cuarto Lola, para anunciarle con mucho misterio que abajo, en la puerta de calle, estaba la sirvienta de las Aliaga.

Ella palideció.

--¿Está sola?

--Sí, ha venido en un carruaje. Dice que trae un mensaje de la niña Laura.

Entonces, con el mismo ímpetu desordenado que pusiera días antes para resolver el casamiento con Muñoz, decidió ahora correr a casa de las Aliaga. ¿Qué pasaría a la pobre Laura? Acaso su anemia se había agravado...

--Oye, ordenó a Lola, dame el saco de piel, dame el sombrero gris, pronto, y no digas nada, tú no me has visto salir, tú no sabes nada de mí.

Dos minutos después, subiendo al carruaje, interrogó ansiosamente a la sirvienta de las Aliaga.

Esta la informó. Laura estaba en cama, muy enferma, y los médicos no lograban ponerse de acuerdo en las consultas; sin embargo, la fiebre, desde el día anterior, sin que nadie lo esperase, había cedido.

--Y ahora, niña,--agregó--quiere verla a usted, le ha entrado una desesperación por verla, le dijeron que usted se casa, pero ella porfía que no puede ser.

Por un momento, Adriana imaginó la confusión que se produciría en su casa cuando llegara el cura y la buscaran inútilmente. Pero esto le pareció de una importancia irrisoria; en su espíritu ya no había sino el anhelo de ver a Laura.

Cuando subió la escalera que una semana antes había bajado llorando,

tuvo que detenerse en el rellano y oprimirse con las dos manos el corazón. Al cruzar el vestíbulo y entrar en el corredor que conducía a la habitación de Laura, la atmósfera de aquella casa en que había nacido su gran amor tan súbitamente perdido para siempre, y donde ahora acaso estaba muriendo su dulce rival querida, la envolvió como en una realidad ardiente. Le parecía de cierto modo revivir.

La habitación de Laura estaba ahí, a pocos pasos.

Había en toda la casa un silencio de muerte. Sacándose el anillo de Muñoz, sin saber por qué, se volvió a la sirvienta y le pidió en voz baja que lo guardara.

Parándose en el umbral, suspensa, lo primero que vio fue la cara de Laura hundida en el blanco almohadón. Sentado a la cabecera de la cama, Julio tenía una mano de la enferma entre las suyas. Una arruga vertical en la frente y las comisuras contraídas de sus labios, revelaban insomnios y noches en vela. Contemplaba a Laura adormecida.

Carmen, en medio de la habitación, preparaba un remedio mirando la copa al trasluz. También era otra, Carmen: parecía más recida, más mujer; la aflicción persistente le había borrado del semblante la expresión infantil.

Adriana tuvo la sensación viva de todo lo que se había llorado en la casa durante la espantosa semana transcurrida. Y se



sintió oprimida,  
avasallada por aquel dolor común. Volvió Carmen hacia ella, muy  
dulcemente, los ojos enrojecidos bajo la hinchazón  
de los párpados.

--¡Qué bien has hecho en venir!--dijo con la voz abatida y al mismo  
tiempo tierna, sin interrumpir la preparación del remedio.

Al oír hablar, Laura se incorporó, retiró vivamente su mano de las manos  
de Julio y tendió los brazos a su amiga. Adriana se precipitó, la besó  
una y otra vez, y parecía no tener caricias bastantes para aquella pobre  
cara devastada por la pasión y por el sufrimiento.

Laura sonreía.

--¡Qué miedo tuve de que no vinieras! Estoy muy enferma, ¿sabes? Me  
agravé más porque nos dijeron que te casabas con otro, con Muñoz. Es un  
cuento, claro está; pero pensar que se te pudiera ocurrir un desatino  
así, me afligió como no puedes darte idea. Tú has de casarte con Julio,  
todo eso que leíste en mi diario ya no tiene importancia. Te voy a  
explicar...

Carmen la interrumpió, para hacerle tomar la medicina ya preparada.

--Y no hables tanto, ahora; volverá a subirte la fiebre.

En esto bajó Zoraida para pedir a Julio que hiciera compañía a la  
abuelita. Era preciso tranquilizarla de cualquier modo.

odo; ya resultaban  
inútiles los esfuerzos que ella y Eduardo hacían pa  
ra darle a entender  
que no tenía gravedad el estado de Laura. A toda co  
sta quería que la  
bajaran en una camilla.

Pero Laura se opuso a que saliese Julio y suplicó,  
por el contrario, que  
la dejaran con él y con Adriana, pues entre los tre  
s debían resolver un  
asunto aparentemente difícil pero muy sencillo en r  
ealidad. Era  
necesario aclarar toda mala inteligencia.

Zoraida y Carmen obedecieron, sabiendo que lo peor  
sería contrariarle  
aquel ansioso deseo que ella abrigaba desde el día  
anterior.

Adriana, que no había mirado a Julio una sólo vez,  
declaró a Laura que  
su casamiento no era un chisme, que se habían ya un  
ido civilmente y que  
era ésta, por otra parte, la única solución que con  
venía.

Laura se incorporó, la miró con un gesto de sorpres  
a; una sombra de  
fastidio pasó sobre su cara adelgazada por la enfer  
medad y que parecía,  
más que nunca, tallada en fino marfil. Luego sonrió  
con incredulidad.

--Tú quieres engañarme. Piensas que esta mentira po  
drá contribuir a  
curar mi anemia. ¡Todo lo contrario! Si tu matrimo  
nio de pacotilla fuera  
cierto, eso no haría sino empeorarme. Precisamente  
te llamé para impedir  
que te comprometieras con Muñoz.

Fue inútil que Adriana insistiera en convencerla. Laura, cada vez más incrédula, seguía burlándose.

--¿Y quién es Muñoz? ¿Tiene algo de común contigo, al menos? ¡Hacerle a Julio la afrenta de casarte con otro! Tu propósito lo adivino, pero no tiene ninguna razón de ser, porque Julio no es para mí sino un amigo, como tú. Óyeme: en un tiempo tuve celos, sí, te lo confieso. Ya lo habrás leído en mi diario... Y a propósito, ¡qué picardía la tuya y la de Camucha, ir a leer el diario de mi vida!

--Perdóname, Laura. Pero eso ha servido para que yo supiera a tiempo la verdad.

--Para mal tuyo y mío.

--No, porque todo ahora se arreglará. Tú te casarás con Julio; demasiado sufriste en estos meses, la felicidad final debe ser tuya.

Ambas rivalizaban, así, en el deseo de sacrificarse, y no parecían reparar en la presencia de Julio. Después Laura alternativamente los miró.

--Ustedes, prosiguió, son ahora para mí dos amigos, los quiero con un mismo cariño. Mi pasión, te lo juro, Adriana, ha terminado. Tus ruegos de que me case con Julio son así absurdos. ¡Ah! Pero por favor, pónganse los dos del mismo lado, me cansa mucho tener que dar vuelta la cabeza a cada rato.

Julio se levantó, la cara tranquila bañada en lágrimas, y obedeció.

--¡Y llora!--exclamó Laura conmovida. Es la primera vez que lo veo llorar. Tú lo has hecho llorar con tu cuento del matrimonio.

Adormecida por aquella mansa charla, Adriana se puso a pensar que junto a ella, anegado en la misma pena, estaba el hombre elegido por su corazón. Brillaron en su espíritu los maravillosos recuerdos. Se vio con él en la salita apartada del Museo, bajo el cuadro de la maja provocativa, y después de la intimidad de las citas que de tan mala gana les proporcionara Charito. Se representó también las graciosas actitudes de Lucía Moreno, con sus grandes ojos llenos de fina sensualidad y de malicia; y luego vio la ruidosa escena en que Carmen escapara al vestíbulo y arrojara a las manos de Julio el diario de Laura. Y esto y todo un tropel de imágenes pasaban ahora como a trastruque de su vida; porque al renunciar a su dicha, había renunciado también al deseo de la vida y del mundo. El casamiento con Muñoz era eso, un acto de renunciamiento. En verdad no se arrepentiría nunca de su decisión. Pero su alma se llenaba de amargura por la idea de que aquella separación hubiese ocurrido con tan áspera presteza, sin el consuelo de una despedida.

Y a él, ¿qué pensamientos le llenaban ahora el alma

? Adriana se hubiese  
acercado a enjugarle el silencioso llanto con largos  
besos de ternura,  
para unir esta tristeza de su amor ya imposible a la  
piedad inmensa que  
le inspiraba su amiga enferma.

Ya se entraba la tarde, una de esas tardes templadas,  
casi tibias en  
mitad del invierno, que suelen suceder a una semana  
de frío intenso.  
Comenzaba a oscurecer. A través de los cristales y  
sus cortinas blancas,  
entraba con el crepúsculo una luz tan azulada, que  
el aire de la  
habitación y las caras se revestían de su azul.

--Y ahora--dijo Laura después de un silencio--les p  
ediré un favor, muy  
en serio. Quiero que delante de mí, ahora que todo  
está explicado, y  
para que no haya entre nosotros ninguna cosa ambigua,  
se den los dos un  
abrazo de reconciliación.

Ambos quedaron inmóviles. Pero Laura insistió, suplicó,  
y al fin tendió  
hacia Julio su mano, voluntariosamente. Entonces él  
obedeció. Sintió  
Adriana repentinamente que el mundo y la misma Laura  
se desvanecían ante  
la realidad de Julio que acercaba a la suya la cara  
querida, como en el  
vivo sueño de la víspera. El exceso de la emoción la  
hizo palidecer, y  
oprimirse como un pájaro aterido. Le tomó él la cabeza  
entre las manos y  
la besó. Pensaron ambos que ya no volverían a verse  
nunca. Entonces se  
abrazaron con abandono, y ella apoyando la mejilla  
en la cara de Julio,  
sólo sentía un deseo dulce de morir.

En ese momento acudieron precipitadamente Zoraida y Carmen.

--¡Ha venido un hombre, no sabemos quién es!

El desconocido visitante estaba en el vestíbulo. La sirvienta, que no había podido detenerle, trajo la tarjeta. Leyeron el nombre: "Ricardo Muñoz".

Se le oía pasear en el vestíbulo.

--Ha sospechado que estás aquí, dijo Zoraida, pero es de todos modos un atrevimiento. Y dirigiéndose a la sirvienta:--Dile que no estamos para nadie, que hay enfermos.

Adriana se hincó de rodillas y escondió el semblante entre las ropas de la cama.

--¡Ahora lo sabremos todo!--dijo Laura con resolución.

Y contrariando la actitud de su hermana, llamó gritando tan alto como pudo con sus débiles fuerzas:

--¡Muñoz! ¡Señor Muñoz!

--¡Estás loca!--exclamó Zoraida azorada. ¡No podemos dejar que entre aquí!

Pero ella siguió llamándole.

--¡Entre, Muñoz!

Apareció, su cara se iluminó también con la indecis

a claridad azul.

Traía el cabello revuelto y miraba con extravío a las muchachas fantásticas. No cambió su expresión a la vista de Adriana, ni pareció sorprenderle la presencia de Julio.

Laura le saludó gentilmente y con un gesto le indicó que se acercara.

Pero él, rígido en el umbral de la puerta, parecía querer pronunciar una frase, sin conseguirlo. Laura le observaba ahora con una curiosidad infantil.

--¿Podría la sirvienta--dijo Muñoz al fin--acompañarla a su casa?

--¿Por qué, señor?--le preguntó Laura.--¿Usted no sabe que Adriana quiere a Julio?

--Cállate, Laura, por piedad, interrumpió Zoraida, no sabes lo que dices.

--No, déjame hablar, él comprenderá, necesito explicarle.

--¡Te subirá la fiebre!

--Zoraida, déjame hablar, te lo pido.

--¡Te subirá la fiebre!

--Al contrario, Zoraida; si no permites que hable, la desesperación me matará. Aquí hay un verdadero contrasentido. Considere un momento, señor Muñoz, que Adriana sólo se casaría con usted por la compasión que yo le inspiro y es capaz, para llegar a este fin, de habe

que fingido que lo  
quiere.

Laura hablaba exaltada hasta la pureza de una sinceridad diáfana,  
mientras Muñoz, adusto, con los ojos bajos, apretándose las manos,  
parecía aguardar, impaciente, que ella concluyera.--  
-¡Y no se conmueve!  
continuó Laura. Los hubiera visto un momento antes de que usted llegara.  
¡Con qué pasión dolorosa se besaron, obligados por mí!

Sacudido por estas últimas palabras, Muñoz se adelantó, sin responder a  
Laura, y tocó el hombro de Adriana. Pero su gesto autoritario no  
correspondía al verdadero estado de su espíritu. Temblaba de inquietud,  
y la noticia que tan bruscamente le daba Laura, el beso a Julio, sólo  
alcanzó a herirle la imaginación.

Su amor propio había muerto, estaba dispuesto a pasar por todo para  
conseguir que Adriana le siguiera. A ser necesario, se habría humillado  
hasta arrastrarse a sus pies o hasta suplicar al mismo Julio que  
intercediera para convencerla. Porque la deseaba.

Pero ella obedeció, ajustándose el sombrero para marcharse.

--¡Cómo!--exclamó Laura sorprendida. ¿Usted pretende imponerse? ¡No!  
¡Déjela! ¡Perverso! ¡Pícaro!

Adriana acalló sus palabras con una caricia, y luego hizo a la sirvienta  
seña de seguirla. Y salió, después de besar, rápida



mente, a Zoraida y a Carmen. Sus pasos y sus sollozos resonaron en la escalera del vestíbulo.

Muñoz, saludando, se retiró también.

Laura había enmudecido, dándose cuenta de que los dos eran ya, efectivamente, marido y mujer.

\* \* \*

A través de los cristales entraba todavía el resplandor de la luz azul, pero ya muy velado por la indecisión que ponían las tinieblas. Julio estaba otra vez a la cabecera de la cama, y tenía una mano de la enferma entre las suyas. El rumor de la ciudad llegaba en el silencio como la resignación de una lejana queja. Y la cara de Laura, sobre la blancura de los almohadones, parecía diluirse cada vez más en la penumbra azul.

## EPILOGO

Se llevó a cabo, tres días después, la ceremonia del casamiento religioso. Adriana dejó que su madre y su tío dispusieran todo lo que a la situación convenía. Hubo que buscar a otro sacerdote, porque se negó rotundamente a consagrar la unión el que la primera vez viniera en balde. Muñoz ni siquiera pidió cuenta a su mujer de la huida a casa de las Aliaga. Y comprendió, ahora, aquellas palabras

de Julio que tanto le habían intrigado: "La parte de la tierra ha de corresponderte a ti".

Laura, trasladada a la estancia, comenzó a mejorar, excitada por el sol y el aire áspero del campo. Pero tuvo una recaída y murió. Acaso no vino a sostener sus débiles fuerzas una suficiente voluntad de vivir.

Las Aliaga volvieron a la ciudad y al cabo de un año Carmen aceptó a José Luis Aguirre, aun cuando la persona de éste no coincidía con su secreto ideal... Pero al fin, menos apasionada que la pobre Laura, más resignada a la realidad del mundo y enseñada, además, por la verdad que parecían realmente encerrar los extraños temores y presentimientos de Zoraida, había cesado de cifrar esperanzas en el peligroso amor. Fingió por eso la común alegría de las novias y se casó. Como luego, poco a poco, su imaginación cesó de volar a las nubes, y por otra parte José Luis, aunque siempre presumido, era un marido excelente, concluyó por hallar en el mundo la relativa felicidad.

Adriana y Julio no volvieron a encontrarse. Viajó él por Europa y al fin se estableció en España.

Un día Eduardo recibió de él una larga carta y se la leyó a Zoraida. Con relación a su amor con Adriana y a la muerte de Laura sólo contenía estas palabras: "No te asombre mi silencio sobre las tristes cosas pasadas. El alma humana tiene una capacidad limitada

a: durante aquellos  
días apuré todo mi poder de amar, de gozar y de sufrir. No me quedan más  
que sombras de sentimientos".

En el chalet rodeado de viejos árboles, sobre las hermosas barrancas de  
Belgrano, Adriana vive desde hace años retraída, en  
cerrada, y contra  
todos los ruegos de Muñoz rehusa cualquier ocasión  
de mostrarse en  
sociedad. Ha esquivado relacionarse con las gentes  
que habitan los  
chalets vecinos. Como Julio, sólo tiene sombras de  
sentimientos.

El matrimonio equivale para ella a la paz de un retiro conventual.

FIN

End of Project Gutenberg's Adriana Zumarán, by Carlos Alberto Leumann

\*\*\* END OF THIS PROJECT GUTENBERG EBOOK ADRIANA ZUMARÁN \*\*\*

\*\*\*\*\* This file should be named 25054-8.txt or 25054-8.zip \*\*\*\*\*

This and all associated files of various formats will be found in:

<http://www.gutenberg.org/2/5/0/5/25054/>

Produced by Chuck Greif and the Online Distributed Proofreading Team at <http://www.pgdp.net>

Updated editions will replace the previous one--the

old editions  
will be renamed.

Creating the works from public domain print editions means that no one owns a United States copyright in these works, so the Foundation (and you!) can copy and distribute it in the United States without permission and without paying copyright royalties.

Special rules, set forth in the General Terms of Use part of this license, apply to copying and distributing Project Gutenberg-tm electronic works to protect the PROJECT GUTENBERG-tm concept and trademark. Project Gutenberg is a registered trademark, and may not be used if you charge for the eBooks, unless you receive specific permission. If you do not charge anything for copies of this eBook, complying with the rules is very easy. You may use this eBook for nearly any purpose such as creation of derivative works, reports, performances and research. They may be modified and printed and given away--you may do practically ANYTHING with public domain eBooks. Redistribution is subject to the trademark license, especially commercial redistribution.

\*\*\* START: FULL LICENSE \*\*\*

THE FULL PROJECT GUTENBERG LICENSE  
PLEASE READ THIS BEFORE YOU DISTRIBUTE OR USE THIS WORK

To protect the Project Gutenberg-tm mission of promoting the free distribution of electronic works, by using or distributing this work (or any other work associated in any way with the phrase "Project Gutenberg"), you agree to comply with all the terms of the Full Project Gutenberg-tm License (available with this file or online at <http://gutenberg.org/license>).

## Section 1. General Terms of Use and Redistributing Project Gutenberg-tm electronic works

1.A. By reading or using any part of this Project Gutenberg-tm electronic work, you indicate that you have read, understand, agree to and accept all the terms of this license and intellectual property (trademark/copyright) agreement. If you do not agree to abide by all the terms of this agreement, you must cease using and return or destroy all copies of Project Gutenberg-tm electronic works in your possession. If you paid a fee for obtaining a copy of or access to a Project Gutenberg-tm electronic work and you do not agree to be bound by the terms of this agreement, you may obtain a refund from the person or entity to whom you paid the fee as set forth in paragraph 1.E.8.

1.B. "Project Gutenberg" is a registered trademark. It may only be used on or associated in any way with an electronic

work by people who agree to be bound by the terms of this agreement. There are a few things that you can do with most Project Gutenberg-tm electronic works even without complying with the full terms of this agreement. See paragraph 1.C below. There are a lot of things you can do with Project Gutenberg-tm electronic works if you follow the terms of this agreement and help preserve free future access to Project Gutenberg-tm electronic works. See paragraph 1.E below.

1.C. The Project Gutenberg Literary Archive Foundation ("the Foundation" or PGLAF), owns a compilation copyright in the collection of Project Gutenberg-tm electronic works. Nearly all the individual works in the collection are in the public domain in the United States. If an individual work is in the public domain in the United States and you are located in the United States, we do not claim a right to prevent you from copying, distributing, performing, displaying or creating derivative works based on the work as long as all references to Project Gutenberg are removed. Of course, we hope that you will support the Project Gutenberg-tm mission of promoting free access to electronic works by freely sharing Project Gutenberg-tm works in compliance with the terms of this agreement for keeping the Project Gutenberg-tm name associated with the work. You can easily comply with the terms of this agreement by keeping this work in the same format with its attac

hed full Project  
Gutenberg-tm License when you share it without charge with others.

1.D. The copyright laws of the place where you are located also govern what you can do with this work. Copyright laws in most countries are in a constant state of change. If you are outside the United States, check the laws of your country in addition to the terms of this agreement before downloading, copying, displaying, performing, distributing or creating derivative works based on this work or any other Project Gutenberg-tm work. The Foundation makes no representations concerning the copyright status of any work in any country outside the United States.

1.E. Unless you have removed all references to Project Gutenberg:

1.E.1. The following sentence, with active links to, or other immediate access to, the full Project Gutenberg-tm License must appear prominently whenever any copy of a Project Gutenberg-tm work (any work on which the phrase "Project Gutenberg" appears, or with which the phrase "Project Gutenberg" is associated) is accessed, displayed, performed, viewed, copied or distributed:

This eBook is for the use of anyone anywhere at no cost and with almost no restrictions whatsoever. You may copy it, give it away or re-use it under the terms of the Project Gutenberg

License included  
with this eBook or online at [www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)

1.E.2. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is derived from the public domain (does not contain a notice indicating that it is posted with permission of the copyright holder), the work can be copied and distributed to anyone in the United States without paying any fees or charges. If you are redistributing or providing access to a work with the phrase "Project Gutenberg" associated with or appearing on the work, you must comply either with the requirements of paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 or obtain permission for the use of the work and the Project Gutenberg-tm trademark as set forth in paragraphs 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.3. If an individual Project Gutenberg-tm electronic work is posted with the permission of the copyright holder, your use and distribution must comply with both paragraphs 1.E.1 through 1.E.7 and any additional terms imposed by the copyright holder. Additional terms will be linked to the Project Gutenberg-tm License for all works posted with the permission of the copyright holder found at the beginning of this work.

1.E.4. Do not unlink or detach or remove the full Project Gutenberg-tm License terms from this work, or any files containing a part of this work or any other work associated with Project Gutenberg-tm.



1.E.5. Do not copy, display, perform, distribute or redistribute this electronic work, or any part of this electronic work, without prominently displaying the sentence set forth in paragraph 1.E.1 with active links or immediate access to the full terms of the Project Gutenberg-tm License.

1.E.6. You may convert to and distribute this work in any binary, compressed, marked up, nonproprietary or proprietary form, including any word processing or hypertext form. However, if you provide access to or distribute copies of a Project Gutenberg-tm work in a format other than "Plain Vanilla ASCII" or other format used in the official version posted on the official Project Gutenberg-tm web site ([www.gutenberg.org](http://www.gutenberg.org)), you must, at no additional cost, fee or expense to the user, provide a copy, a means of exporting a copy, or a means of obtaining a copy upon request, of the work in its original "Plain Vanilla ASCII" or other form. Any alternate format must include the full Project Gutenberg-tm License as specified in paragraph 1.E.1.

1.E.7. Do not charge a fee for access to, viewing, displaying, performing, copying or distributing any Project Gutenberg-tm works unless you comply with paragraph 1.E.8 or 1.E.9.

1.E.8. You may charge a reasonable fee for copies of or providing access to or distributing Project Gutenberg-tm elec

tronic works provided  
that

- You pay a royalty fee of 20% of the gross profits you derive from the use of Project Gutenberg-tm works calculated using the method you already use to calculate your applicable taxes. The fee is owed to the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, but he has agreed to donate royalties under this paragraph to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation. Royalty payments must be paid within 60 days following each date on which you prepare (or are legally required to prepare) your periodic tax returns. Royalty payments should be clearly marked as such and sent to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation at the address specified in Section 4, "Information about donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation."
- You provide a full refund of any money paid by a user who notifies you in writing (or by e-mail) within 30 days of receipt that s/he does not agree to the terms of the full Project Gutenberg-tm License. You must require such a user to return or destroy all copies of the works possessed in a physical medium and discontinue all use of and all access to other copies of Project Gutenberg-tm works.

- You provide, in accordance with paragraph 1.F.3, a full refund of any money paid for a work or a replacement copy, if a defect in the electronic work is discovered and reported to you within 90 days of receipt of the work.
- You comply with all other terms of this agreement for free distribution of Project Gutenberg-tm works.

1.E.9. If you wish to charge a fee or distribute a Project Gutenberg-tm electronic work or group of works on different terms than are set forth in this agreement, you must obtain permission in writing from both the Project Gutenberg Literary Archive Foundation and Michael Hart, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark. Contact the Foundation as set forth in Section 3 below.

## 1.F.

1.F.1. Project Gutenberg volunteers and employees expend considerable effort to identify, do copyright research on, transcribe and proofread public domain works in creating the Project Gutenberg-tm collection. Despite these efforts, Project Gutenberg-tm electronic works, and the medium on which they may be stored, may contain "Defects," such as, but not limited to, incomplete, inaccurate or corrupt data, transcription errors, a copyright or other intellectual property infringement, a defective or damaged disk or other medium, a

computer virus, or computer codes that damage or cannot be read by your equipment.

1.F.2. LIMITED WARRANTY, DISCLAIMER OF DAMAGES - Except for the "Right of Replacement or Refund" described in paragraph 1.F.3, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, the owner of the Project Gutenberg-tm trademark, and any other party distributing a Project Gutenberg-tm electronic work under this agreement, disclaim all liability to you for damages, costs and expenses, including legal fees. YOU AGREE THAT YOU HAVE NO REMEDIES FOR NEGLIGENCE, STRICT LIABILITY, BREACH OF WARRANTY OR BREACH OF CONTRACT EXCEPT THOSE PROVIDED IN PARAGRAPH F3. YOU AGREE THAT THE FOUNDATION, THE TRADEMARK OWNER, AND ANY DISTRIBUTOR UNDER THIS AGREEMENT WILL NOT BE LIABLE TO YOU FOR ACTUAL, DIRECT, INDIRECT, CONSEQUENTIAL, PUNITIVE OR INCIDENTAL DAMAGES EVEN IF YOU GIVE NOTICE OF THE POSSIBILITY OF SUCH DAMAGE.

1.F.3. LIMITED RIGHT OF REPLACEMENT OR REFUND - If you discover a defect in this electronic work within 90 days of receiving it, you can receive a refund of the money (if any) you paid for it by sending a written explanation to the person you received the work from. If you received the work on a physical medium, you must return the medium with your written explanation. The person or entity that provided you with

the defective work may elect to provide a replacement copy in lieu of a refund. If you received the work electronically, the person or entity providing it to you may choose to give you a second opportunity to receive the work electronically in lieu of a refund. If the second copy is also defective, you may demand a refund in writing without further opportunities to fix the problem.

1.F.4. Except for the limited right of replacement or refund set forth in paragraph 1.F.3, this work is provided to you 'AS-IS' WITH NO OTHER WARRANTIES OF ANY KIND, EXPRESS OR IMPLIED, INCLUDING BUT NOT LIMITED TO WARRANTIES OF MERCHANTABILITY OR FITNESS FOR ANY PURPOSE.

1.F.5. Some states do not allow disclaimers of certain implied warranties or the exclusion or limitation of certain types of damages. If any disclaimer or limitation set forth in this agreement violates the law of the state applicable to this agreement, the agreement shall be interpreted to make the maximum disclaimer or limitation permitted by the applicable state law. The invalidity or unenforceability of any provision of this agreement shall not void the remaining provisions.

1.F.6. INDEMNITY - You agree to indemnify and hold the Foundation, the trademark owner, any agent or employee of the Foundation, anyone providing copies of Project Gutenberg-tm electronic works in accordance

with this agreement, and any volunteers associated with the production, promotion and distribution of Project Gutenberg-tm electronic works, harmless from all liability, costs and expenses, including legal fees, that arise directly or indirectly from any of the following which you do or cause to occur: (a) distribution of this or any Project Gutenberg-tm work, (b) alteration, modification, or additions or deletions to any Project Gutenberg-tm work, and (c) any Defect you cause.

## Section 2. Information about the Mission of Project Gutenberg-tm

Project Gutenberg-tm is synonymous with the free distribution of electronic works in formats readable by the widest variety of computers including obsolete, old, middle-aged and new computers. It exists because of the efforts of hundreds of volunteers and donations from people in all walks of life.

Volunteers and financial support to provide volunteers with the assistance they need, is critical to reaching Project Gutenberg-tm's goals and ensuring that the Project Gutenberg-tm collection will remain freely available for generations to come. In 2001, the Project Gutenberg Literary Archive Foundation was created to provide a secure and permanent future for Project Gutenberg-tm and future generations. To learn more about the Project Gutenberg Literary

Archive Foundation  
and how your efforts and donations can help, see Sections 3 and 4  
and the Foundation web page at <http://www.pglaaf.org>  
.

### Section 3. Information about the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

The Project Gutenberg Literary Archive Foundation is a non profit  
501(c)(3) educational corporation organized under the laws of the  
state of Mississippi and granted tax exempt status by the Internal  
Revenue Service. The Foundation's EIN or federal tax identification  
number is 64-6221541. Its 501(c)(3) letter is posted at  
<http://pglaaf.org/fundraising>. Contributions to the  
Project Gutenberg  
Literary Archive Foundation are tax deductible to the full extent  
permitted by U.S. federal laws and your state's laws.

The Foundation's principal office is located at 455  
7 Melan Dr. S.  
Fairbanks, AK, 99712., but its volunteers and employees are scattered  
throughout numerous locations. Its business office is located at  
809 North 1500 West, Salt Lake City, UT 84116, (801)  
596-1887, email  
[business@pglaaf.org](mailto:business@pglaaf.org). Email contact links and up to date contact  
information can be found at the Foundation's website and official  
page at <http://pglaaf.org>

For additional contact information:

Dr. Gregory B. Newby  
Chief Executive and Director  
gbnewby@pglaf.org

#### Section 4. Information about Donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation

Project Gutenberg-tm depends upon and cannot survive without wide spread public support and donations to carry out its mission of increasing the number of public domain and licensed works that can be freely distributed in machine readable form accessible by the widest array of equipment including outdated equipment. Many small donations (\$1 to \$5,000) are particularly important to maintaining tax exempt status with the IRS.

The Foundation is committed to complying with the laws regulating charities and charitable donations in all 50 states of the United States. Compliance requirements are not uniform and it takes a considerable effort, much paperwork and many fees to meet and keep up with these requirements. We do not solicit donations in locations where we have not received written confirmation of compliance. To SEND DONATIONS or determine the status of compliance for any particular state visit <http://pglaf.org>

While we cannot and do not solicit contributions from states where we



have not met the solicitation requirements, we know of no prohibition against accepting unsolicited donations from donors in such states who approach us with offers to donate.

International donations are gratefully accepted, but we cannot make any statements concerning tax treatment of donations received from outside the United States. U.S. laws alone swamp our small staff.

Please check the Project Gutenberg Web pages for current donation methods and addresses. Donations are accepted in a number of other ways including checks, online payments and credit card donations. To donate, please visit: <http://pglaf.org/donate>

Section 5. General Information About Project Gutenberg-tm electronic works.

Professor Michael S. Hart is the originator of the Project Gutenberg-tm concept of a library of electronic works that could be freely shared with anyone. For thirty years, he produced and distributed Project Gutenberg-tm eBooks with only a loose network of volunteer support.

Project Gutenberg-tm eBooks are often created from several printed editions, all of which are confirmed as Public Domain in the U.S. unless a copyright notice is included. Thus, we do not necessarily

keep eBooks in compliance with any particular paper edition.

Most people start at our Web site which has the main PG search facility:

<http://www.gutenberg.org>

This Web site includes information about Project Gutenberg-tm, including how to make donations to the Project Gutenberg Literary Archive Foundation, how to help produce our new eBooks, and how to subscribe to our email newsletter to hear about new eBooks.